NATALIA OLMEDO

Querido destino, ¡NO ME GUSTA MI VECINO!



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Querido destino, ¡no me gusta mi vecino!
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

A mis lectores, que siempre están.

NATALIA OLMEDO

Querido destino, ¡NO ME GUSTA MI VECINO!

Prólogo

La vida era un juego de equilibrios, y yo, Alba, siempre intentaba mantener un pie en la realidad y el otro en el mundo de las posibilidades. Aunque debo confesar que había ocasiones en las que el azar parecía tomar atajos y colisionar con mi existencia, haciendo que me cuestionara si el universo tenía un sentido del humor retorcido.

Era una escéptica de lo místico, ya sabes, ese mundo de señoras con bolas de cristal y rituales en cada fase lunar, pues mi puesto de trabajo en una importante agencia de publicidad de Madrid, y no me dejaba tiempo para leer los posos del café o buscar señales en las nubes.

No obstante, a pesar de mi escepticismo, debo admitir que hubo momentos en los que las coincidencias sacudieron mi realidad y desafiaron mi raciocinio.

Tanto, que llegué a cuestionarme muchas cosas.

El Universo hizo sus propias travesuras y me metió de lleno en situaciones absurdas, como si alguien en todo lo alto estuviera arrojando dados cósmicos solo para ver cómo reaccionaba.

No es que mi vida estuviera llena de desgracias perpetuas, pero en ocasiones todo se alineó de una manera tan extraña, que hizo que me cuestionara si había algo más que meras casualidades.

Ese conjunto de planetas, estrellas y meteoritos no hacía más que guiñarme el ojo y susurrarme: ¡Sorpresa, aquí tienes un desafío!.

Así que, querido lector, prepárate para adentrarte en un mundo en el que la fortuna y el infortunio se entrelazan en un baile caótico y a veces desconcertante.

Haré un repasito de las situaciones más absurdas que el destino tenía reservadas para mí, porque no necesitaba leer las líneas de mi mano para saber que la vida tenía sus propias cartas bajo la manga y estoy aquí para compartirlas contigo.

¿Estás *ready?* ¡Te doy la bienvenida a mi vida!

1
El amuleto del metro

Toda esta ida de olla en la que se convirtió mi vida desde un tiempo a esta parte, comenzó un día cualquiera. Salía del trabajo con la mente hecha trizas de tanto pensar y con un hambre feroz.
Trabajaba en una agencia de publicidad en el centro de Madrid, en el departamento de marketing, concretamente.
Y, en serio, aquel día estaba deseando llegar a mi casa.
Mi vida era perfecta, ¿sabes? O eso creía yo, porque había cumplido exactamente las expectativas de todo el mundo.
Mis padres, mis jefes, mi novio y su santa madre.
En mis expectativas no pensaba, ¡es que no me daba tiempo!
Así que, bueno, estaba felizmente ennoviada con Héctor, el chico perfecto.
Ya sabes, cara de empotrador, sensible, culto, inteligente y una buena tranca para satisfacerme bajo las sábanas.
Tenía trabajo estable, un apartamento que compartía con Héctor en Príncipe Pío, y un coche familiar recién compradito guardado en el garaje, porque para moverme por la ciudad lo hacía en transporte público.
Así que, aquel día allí estaba yo, en medio del caos del metro, agarrada a una barra que se movía más que la dentadura postiza de mi abuela Fina cuando comía.
Observé mi alrededor pensando en la cantidad de gente que utilizaba ese transporte cada día y, por ende, que habría tocado la barra que estaba tocando yo en aquel momento.
Hice una mueca de asco y posé la mirada en el suelo. El covid había hecho mucho daño.
Fue entonces cuando lo vi: un destello en medio del vagón. Entrecerré los ojos, observando aquel brillo resplandeciente.
¿Sería mi oportunidad de ganar algo más que dolor de pies?
Me agaché con la elegancia de un elefante en una sala de *ballet*, es decir, ninguna, y recogí el objeto brillante que había capturado mi atención.
Se trataba de un amuleto peculiar, pues tenía forma de media luna y estaba lleno de piedras que deslumbraban como los dientes de una estrella del pop.
Lo sostuve algunos segundos entre mis manos y sentí una sensación extraña, algo parecido a un escalofrío de energía recorriendo mi espina dorsal.
No obstante, una voz desconocida rompió aquel momento al hablarme desde su asiento.
—Ese amuleto da buena suerte, ¿sabes? —dijo con una sonrisa que parecía ocultar más secretos que la caja fuerte de un multimillonario.
Reparé entonces en la dueña de la voz, una señora que parecía la versión moderna de la Pitonisa

de Delfos.
Yo, con mi escepticismo en la mano a pesar de la sensación que había sentido al cogerlo, le lancé una mirada interrogante. ¿Cómo podía saber el significado de ese objeto *random* que había encontrado tirado en el suelo?
Pero la señora, como si supiera leer mis pensamientos, algo que me dio un poquito de canguelo, me contó una historia fascinante sobre el amuleto, el cual había sido forjado por una tribu ancestral experta en cambiar el rumbo de las cosas con un parpadeo cósmico. Se suponía que aquel colgante tenía el poder de atraer la buena fortuna y alejar la mala suerte.
Entendí que tenerlo era como llevar una antena de señales positivas pegada al cuello o algo parecido.
Mientras escuchaba su relato, mi cerebro luchaba entre el escepticismo y el deseo de creer.
Mi cerebrito de publicista se debatía en dos en aquel instante.
Una parte, la racional, me gritaba: ¡Superstición!
Y la otra, esa donde la magia se hacía un huequito, me dijo: ¡Pruébalo, Alba, pruébalo!
Entonces la señora concluyó el relato y me miró con complicidad.
—Tómalo, cielo. Abraza la magia del Universo y deja que la suerte te envuelva como un abrazo apretado.
«¿Que abrace qué?», pensé.
Sonreí débilmente y miré el amuleto en mis manos que, después de aquella presentación que había hecho la señora, parecía más brillante y encantador que un unicornio de discoteca.
Reconozco que lo guardé en mi bolso dispuesta a darle una oportunidad, pero mientras salía del vagón, eché una última mirada a la señora que había aparecido como una especie de hada madrina del metro. Ella me sonrió como si supiera algo que yo no sabía, y reconozco que me dio miedito.
Tras sopesar varias veces si quedarme con él o no, finalmente, de camino a casa, lo tiré en el contenedor de la esquina de mi calle.
¿Qué sabía nadie? Quizá ese amuleto era mi billete de primera clase al tren de la buena suerte.
O tal vez solo era un colgante bonito para lucir en las fiestas.
Lo hecho, hecho estaba.
Y no veas cómo la cagué aquel día.

2
Travesuras del destino en la oficina

¿Has oído alguna vez esa frase de: todo lo malo viene junto?
Bien.
Fui la protagonista principal de todas y cada una de las palabras que la conforman.
El Universo se las vio conmigo y yo apenas me di cuenta, porque tuvo un don especial para atraer el caos y convertir mi rutina laboral en un espectáculo circense.
La diversión comenzó con una mañana en la que mi taza de café decidió traicionarme. Justo cuando estaba a punto de dar el primer sorbo revitalizador, el asa se rompió en mis manos y el café, en estado de ebullición, se derramó por toda mi ropa y el informe que había sobre la mesa.
Casi pude escucharle decir a Cloti con una sonrisa burlona: ¡Jódete!, hoy no te va a acompañar el poder de la cafeína.
Te estarás preguntando quién es Cloti, y yo te voy a dar la respuesta.
Clotilde Saez es la persona más odiosa sobre la faz de la tierra y mi archienemiga en la agencia de publicidad. Una mente brillante acompañada de un corazón negro, como la mayoría de los psicópatas. Sus padres debieron anteponerse a su futuro como ser humano en la sociedad vengándose con el nombrecito que le pusieron al nacer. Aunque no es de extrañar, pues tiene las cejas anchas como si se las hubieran perfilado con un rotulador Edding 1200 y parece la mismísima hija de Belcebú. Siempre parece estar enfadada, debe costar gesticular la frente con tanto pelo.
Me odia desde el minuto uno que puse un pie en la oficina, es un hecho. Le fastidia hasta que yo tenga un nombre más bonito, además de que consiga más campañas publicitarias, pero lo segundo solo es mérito mío.
Cogí un clínex del paquete de pañuelos desechables que había a mi izquierda y di pequeños golpecitos sobre el informe que ya parecía empezar a deshacerse delante de mis ojos.
Ataquito en tres, dos…
—Alba, necesito los informes para la reunión de las diez. ¿Dónde están?
El gruñido del señor Martínez, mi jefe, hizo que diera un respingo sobre mí misma cuando apareció en escena.
Su mirada era severa y el porte autoritario.
—Señor Martínez, disculpe, he tenido un pequeño percance con el café —tartamudeé con las manos llenas del líquido marrón y chorreando gotitas sobre ese informe que, quisiera yo reconocerlo o no, ya estaba muerto—, pero estoy trabajando en ello.
Pinté una sonrisa forzada en mis labios, muerta de nervios, tratando de ganar tiempo mientras buscaba desesperadamente una solución.
El señor Martínez iba a responderme, pero me quedé sin saber el qué, porque la situación empeoró cuando David, mi compañero de trabajo, decidió hacer de las suyas. Siempre había tenido una habilidad especial para perder los documentos importantes y ese día no fue la excepción.
—Alba, ¿has visto el informe mensual? Lo tenía en mi escritorio y ahora ha desaparecido. Es como si se lo hubiera tragado la tierra, no entiendo nada —dijo con una mezcla de incredulidad y

resignación.
Lo miré mientras ocupaba mis manos en seguir secando el café de mi escritorio.
—Eh… no te preocupes, David. Seguro que está en algún rincón oscuro de la oficina, jugando al escondite. —Hice una mueca al tiempo que formaba una bola con todos los pañuelos manchados de café, observando de reojo cómo el señor Martínez se marchaba de allí tras resoplar—. Voy a buscarlo y lo encontraremos en un abrir y cerrar de ojos.
Traté por todos los medios de mantener la calma mientras mi mente maquinaba una estrategia de búsqueda.
Y así, entre tazas rotas, informes desaparecidos o ahogados en café, Clotildes en acción, y el temor de que el señor Martínez estallara en ira, pasé el primer día de lo que se convirtió en una pesadilla.
Aquel día logré encontrar el documento perdido junto a David y volví a imprimir el informe que necesitaba para la reunión de las diez el señor Martínez, así que tuve la suerte de que mi jefe no montara en cólera.
—Bueno, has salido airosa de la situación —comentó Héctor cuando, mientras cenábamos, le conté todo lo acontecido durante el día.
Moví la cabeza de un lado a otro intentando pensar en sus palabras y sacar el lado bueno de aquello.
—Sí, claro. Como siempre —contesté.
—Como siempre, porque mi chica es la mejor. —Me dio un beso en la mejilla y siguió partiendo su filete.
¿Era la mejor? En aquel momento el cielo tronó y no tardó en comenzar a llover.
Bueno, no desempeñaba nada mal mi trabajo.
Las campañas publicitarias eran mi pasión, me encantaba preparar el eslogan y hacer que el cliente captara el mensaje que lanzábamos en la empresa mediante el producto.
Me gustaba mucho mi trabajo, era para lo que había estudiado y, a mis treinta años, me sentía muy orgullosa de mí misma y de la vida que tenía.
Me recogí el largo cabello castaño en una coleta alta tras dejar el tenedor sobre la servilleta, y seguí dando cuenta de mi ensalada de canónigos que tenía por cena aquella noche.
No obstante, aquella racha acababa de empezar, y al día siguiente me tocó volver a ser resolutiva y, dio la casualidad, de que era uno de esos días en los que solamente tenía un objetivo en la vida: llegar a tiempo a una de las presentaciones más importantes del año. Había pensado en un eslogan muy sororo para una conocida marca de productos de higiene femenina, en concreto para unos nuevos tampones que conseguían neutralizar el olor hasta el punto de convertir tu flora vaginal en un disco olor marino de Pato WC. Pero no era la única competidora por conseguir la cuenta de Lasonia, Cloti y su equipo también harían su presentación a los clientes aquel día, aunque estaba segura de que ganaría yo la partida.
Me levanté con entusiasmo y me preparé con esmero, asegurándome de que mi mejor traje estuviera impecable y mi cabello en su punto.
Maquillaje sutil pero efectivo, en tonos tierra combinando a la perfección con el traje color salmón *new season* de Stradivarius. Zapatos *nude* a juego con el bolso.
Estupenda de la muerte y con el *pendrive* de la presentación en mano, salí de casa a comerme el mundo y a meterme en el bolsillo a los señores de Lasonia.
No obstante, la desgracia puede ser una compañera de oficina y de vida muy persistente.
Justo cuando salía de casa, un autobús se llevó por delante a un chaval en patinete, generando el

caos y obligándome a socorrerlo y acompañarlo mientras venía la ambulancia. Por suerte estaba consciente y no presentaba heridas graves. Cuando los sanitarios lo subieron de aquella manera al vehículo sanitario y me liberé para ir a coger el metro, me di cuenta que sí o sí iba a llegar tarde.

—-Me cago en mi vida… —rezongué a punto de llorar.

Miré al cielo con resignación, pues el destino se burlaba de mí una vez más y del pobre chico del patinete.

Claro, aquellos momentos que perdí maldiciendo al azar fueron cruciales, pues llegué aún más tarde al metro que cogía cada mañana y, por ende, un poquito más también al trabajo.

La presentación estaba en pleno apogeo cuando hice acto de presencia y todos los ojos se posaron en mí mientras intentaba encontrar un lugar vacío en el que sentarme.

¡Anda!

¿La única silla disponible?

Efectivamente, justo al lado de mi jefe.

Tócate el chocho, Mari Carmen, pensé muy acorde con la presentación *tamponil* de aquel día, intentando encontrar una explicación a por qué de pronto me sentía el ser más desgraciado del planeta.

—¿Podrías explicarnos por qué llegas tarde? Te hemos esperado, pero la presentación debía comenzar —dijo el señor Martínez con una mezcla de frustración y sarcasmo.

—Lo siento mucho, señor Martínez —dije intentando controlar la bola de nervios que tenía apostada en la garganta—, un accidente sorpresa en el camino. —Forcé una sonrisa torpe mientras me sentaba, sintiendo cómo las miradas de mis compañeros me juzgaban en silencio.

La presentación continuó, pero mi mala racha no estaba dispuesta a abandonarme.

Cloti presentaba su proyecto, por lo que saqué una libreta y un bolígrafo para dibujarla como un caricaturista en un juicio en California, con sus pobladas cejas en todo su esplendor. Me encantaba hacerlo, guardaba miles de dibujos ridículos de mi odiosa compañera en el cajón de mi mesa como un trofeo por las cuentas de clientes que le ganaba.

En un intento desesperado por darle más énfasis a sus cejotas, mi bolígrafo decidió explotar y soltar un estallido de tinta azul, manchando la libreta y mis manos con aquel color que no se parecía en nada a la seriedad que pretendía transmitir a pesar de lo que estaba haciendo en mi libreta. El Karma se presenta inesperadamente para darte una lección, no lo olvides nunca.

—Alba, tu boli… —La compañera que tenía al lado señaló el objeto manchado de tinta azul mientras miraba el dibujo horrendo de Cloti, en el cual se le reconocía perfectamente, aunque no era muy ducha en ilustración, con los ojos como platos.

Hube de contener las ganas de llorar por la impotencia, pero cada vez me resultaba más difícil.

Algunos compañeros se rieron disimuladamente, y el tiempo pasó hasta que la presentación de Cloti terminó.

Miré a los clientes, a los que, por su expresión, ni el eslogan ni el anuncio que había presentado les había convencido. Eso me devolvió un poco la confianza en mí misma a pesar de llevar las manos teñidas de azul simulando dos guantes de vinilo.

No obstante, el clímax de mi día de desdichas estaba reservado para minutos más tarde.

Empecé a hablar con seguridad, presentando aspectos fundamentales para empatizar con el público femenino a la hora de venderles un trozo de algodón gigante y compacto para introducirse en el mejillón. No dije esa palabra, obviamente, pero es para que me entendáis.

—El eslogan sería: ¡Fluye con humor y sin drama! Ni Chuck Norris podrá detenerte.
Los clientes aplaudieron satisfechos.
Sé que lo de utilizar al señor Norris era arriesgado, pero los mejores eslóganes son los que calan para bien o mal en la gente.
—El señor Martínez nos ha dicho que ha preparado un preanuncio y nos gustaría verlo —dijo uno de los hombres de Lasonia, y yo muy orgullosa, le di el *pendrive* a David para que pusiera en marcha el proyector.
—Así es, me gusta trabajar con lo audiovisual para que los clientes se hagan una idea más real de lo que vamos a presentar en los principales canales de televisión.
Sentí la mirada de Cloti sobre mí y soltó un gruñido casi imperceptible para el resto, pero completamente reconocible para mis oídos. Estaba hecha a sus desprecios.
—Adelante, David, dale al *play* —ordenó el señor Martínez con una sonrisa de satisfacción, la misma que ponía siempre que me ganaba a los clientes con mi buen hacer.
Tengo que decir que lo que viene a continuación, no es algo de lo que me sienta orgullosa y que ningún animal vivo sufrió ningún daño.
Yo, con las manos entrelazadas y una estúpida sonrisa en la cara.
Los señores de Lasonia, el señor Martínez y el resto de compañeros, excepto Cloti que sonreía tanto o más que yo, con los ojos fuera de las órbitas mientras David, maldito pajillero, subía el volumen hasta reconocer mis gemidos de perra en celo retumbar en la sala de juntas.
Cuando me di la vuelta y vi a Héctor con Salmoncín en mano, metiéndolo y sacándolo de mi chochamen en 4K como si estuviera serrando un tronco de secuoya a toda velocidad, sentí de primera mano lo que es un ictus.
—Te gusta Salmoncín, ¿eh? —la voz de Héctor saliendo de su mandíbula desencajada como si fuera Monchito poseído y yo respondiendo entre gemidos que sí, que me flipaba cómo me follaba Salmoncín, que no Ramoncín, ese señor no me pone nada, frente a todo el mundo.
Nota aclaratoria, hoy en día ya puedo hablar de ello sin querer arrancarme la cara: Salmoncín es un dildo de color salmón.
Sí, me encanta el color salmón y mi sombra de ojos aquel día no solo hacía juego con mi traje, sino con la imagen a tecnicolor que había a mis espaldas.
Mi calor corporal se reunió directamente con mis neuronas haciendo cortocircuito y me desplomé contra el suelo como una muñeca de trapo.
Cerré los ojos, ni siquiera pude articular palabra para pedir a algún alma caritativa que parara aquel vídeo infernal, y sentí un miedo atroz cuando entremezclada con mis gemidos y el zumbido del vibrador, escuché la risa maliciosa de Clotilde.
El horror se hizo eco de la poca cordura que me quedaba, al pensar que tras abrir los ojos todos los hombres de la oficina estarían rodeándome dispuestos a practicar un bukake.
Siento ser tan explícita, pero me había convertido en un abrir y cerrar de ojos, nunca mejor dicho, de publicista a la mismísima Maria La Piedra.
—La verdad es que la señorita Fernández tiene muy claro cómo se usa un tampón, lo que no sé es cómo encajaría algo así el público —dijo uno de los directivos de Lasonia, visiblemente por su tono de voz, divertido.
—Paren esto de inmediato y, señorita Fernández, levántese de ahí y venga directa a mi despacho —gritó el señor Martínez arrastrando la silla y saliendo del despacho dando grandes zancadas.
Nadie me ayudó a levantarme, lo hice solita. Me aferré a lo primero que encontré para no

caerme, que fue una silla vacía que, por mi peso, también cayó al suelo y arrastró algunas cosas más en la caída.
Algunos papeles volaron por el aire y la sala de juntas se convirtió en una zona de guerra, pues mis intentos desesperados por detener la caída solo empeoraron la situación.
—¡Por favor, que alguien lo grabe! ¡Esto va a ser el vídeo viral del año! —exclamó Carlos, otro compañero, entre risas incontenibles.
¿Por qué narices Héctor no había borrado aquel vídeo y lo guardaba en un *pendrive* idéntico al que utilizaba para el trabajo?
¡Él y su dichosa manía de comprar packs de Carrefour con los productos clonados!
Intenté recoger todo lo que mi paso destructivo había provocado de forma torpe.
Y justo cuando pensaba que aquello ya no podía ir peor, mi brazo, en un giro incontrolable, chocó contra la mesa vertiendo una taza de café recién preparado directamente sobre el flamante ordenador portátil de uno de los directivos de Lasonia.
—Hostia… —murmuré, tornándose mi cara pálida por momentos, de nuevo.
El silencio se apoderó de la agencia, escuchándose solamente el goteo del café y mi respiración entrecortada tras un increíble orgasmo en la pantalla.
¿Mis acelerados latidos también se escucharían?
—Joder, Alba… —dijo Cloti cuando se acercó a mí, mirando el estropicio con la sonrisa de una hiena.
—Eres una hija de puta —le dije, me di el lujo. En un mundo ideal las mujeres se ayudan, se solidarizan con otras. En el nuestro, todo eso es pura mentira, como la publicidad en sí misma.

3
Un empalme de desgracias

Cuando por fin llegué casi sin fuerzas para enfrentarme al furioso señor Martínez, el Universo tenía de nuevo una venganza personal contra mí, porque me hizo tropezar con la puerta y caí de bruces ante él, cual cucaracha maltrecha.

Pero no solo sufrí el escarnio de caerme, sino de ver frente a mi cara al levantar la cabeza, la entrepierna de mi jefe algo abultada apuntándome como un torpedo.

—¡Madre mía! —exclamé, el señor Martínez no es que fuera un Adonis, pero gastaba buena herramienta.

Lo vi taparse pudorosamente, llamémoslo por su nombre, el empalme que llevaba.

—Levántese de una vez, tenemos que hablar.

Sonreí por educación, pero lo cierto es que no me sentó nada bien aquella frase. Estaba agotada mentalmente y todavía no era ni medio día.

Sabía que mi destino estaba sellado, no precede nada bueno tras un: tenemos que hablar.

Ni qué decir que no se andó con rodeos.

—Alba, estás despedida —dijo con los ojos inyectados en sangre. Lo podía entender, había hecho que se avergonzara y que se excitara al mismo tiempo.

Pero yo no había tenido la culpa ni de lo uno de lo otro, el señor Martínez era un facilón en ese aspecto. Me dieron ganas de preguntarle si es que él nunca se había grabado manteniendo relaciones y equivocado de *pendrive* en la vida.

—Señor Martínez, ha sido un accidente, yo…

—Ya es suficiente, Alba. ¿Crees que soy ciego? ¿Sordo? Tu racha de desastres termina aquí.

—No, no lo creo dadas las circunstancias —dije mirando mientras levantaba las cejitas a su entrepierna.

—Eso está fuera de lugar en estos momentos.

—En eso estamos de acuerdo —contesté con cierta sorna.

Aun así, intenté explicarle lo sucedido, balbuceando excusas y prometiendo pagar los daños morales a su pilila, pero sus ojos llenos de enfado me dejaron claro que ya no había vuelta atrás.

Así que, de esa manera, la aventura de tres años en esa empresa había llegado a su fin.

Pum.

De un plumazo.

De repente mi vida había cambiado sin que yo lo pudiera evitar.

La mala suerte me había llevado a una situación tan extrema que no había tenido escapatoria.

Salí de la oficina con sentimientos encontrados, sabiendo que había perdido mi empleo, pero también me sentía liberada de las cadenas del caos que me había perseguido durante toda esa

semana.
¿Había terminado ya?
Estaba realmente cansada, pero tal vez fuera la oportunidad que necesitaba para encontrar algo mejor, quizá más acorde con mi habilidad para atraer el desastre, que aquellos días estaba en todo su esplendor.

4
Tiempos de desempleo

Me encontraba sumida en un mar de lágrimas y desesperación, esa era la verdad. Había dedicado tres años de mi vida a esa empresa y al maldito señor Martínez.
¡Joder!
¿Qué narices estaba pasando en mi vida?
En otra existencia debía haber sido vaga como Niebla, el perro gigante de Heidi, y por eso ahora estaba siendo castigada por el Señor.
El Señor, el Universo o lo que fuera que existiera ahí arriba.
Llámalo Dios, llámalo energía, pero algo me estaba jodiendo.
Maldita sea.
La cuestión era que mi vida profesional parecía estar en caída libre y no sabía si reír o llorar.
Bueno, en realidad hice las dos cosas, porque la risa histérica cual hiena loca no me la quitaba nadie.
Los nervios, hija.
Acababa de llegar a casa y el salón parecía querer engullirme. Le había escrito a Héctor por el camino contándole todo y fue en ese instante cuando me devolvió la llamada.
—Alba, mi vida. Acabo de leer tu mensaje.
No pude evitar soltar un sollozo mezclado con un grito. No sabía si quería que me consolara, no como en el vídeo, obviamente, o matarlo a voces por el auricular del teléfono. Había aguantado durante todo el camino, incluso dentro del metro, las lágrimas impacientes por salir de mis ojos, pero escuchar su voz provocó que me derrumbara.
—Héctor, estoy en un agujero negro de desesperación.
«Por tu culpa», pensé, pero en esos momentos no lo dije.
—Cielo, entiendo que estés hecha un manojo de nervios por todo lo que ha pasado en el trabajo, pero recuerda que eres como el MacGyver de la oficina. ¡Siempre encuentras una solución creativa a los problemas!
¿Qué coño me estaba contando? ¿Solución creativa?
—¿Y qué sugieres que haga? ¿Qué les proponga una línea completa de Alba Fernández de productos eróticos? ¿Por qué no borraste el vídeo?, te lo pedí después de visualizarlo juntos.
Suspiré, limpiándome las mejillas de lágrimas. Debía tener la cara roja por el llanto.
—Ojalá pudiera inventar yo una solución a eso al estilo MacGyver, pero en lugar de un clip y un chicle, necesitaría algo más mágico como una varita de Harry Potter, por ejemplo —contestó.
—Una varita he tenido yo apuntándome directamente la punta de la nariz, Héctor, no estoy para frases tontas que no responden a la pregunta que te he hecho.

Escuché la risa de Héctor al otro lado de la línea, y debo admitir que aquello no me reconfortó.
—Lo siento, me parecía demasiado sexi y quise conservarlo.
—¿Para qué, si me tienes todos los días en vivo y en directo?
—¿Y si te mueres de repente, Alba? Es un acto romántico desesperado por guardar tu recuerdo para siempre.
—No lo definiría como romántico el hecho de que contemples la idea de que me puedo morir de un momento a otro.
—Tienes razón, debería aprender más de ti y ser un poco más frío.
—¿A qué te refieres? Porque hoy he calentado a toda la oficina en todos los sentidos.
—Eres demasiado pragmática, esto puedes verlo como una aventura.
—Sí, aventura entre salmones y mejillones. Héctor, asume tu parte de culpa, ¡joder!
Tardó algunos instantes en responder.
—Está bien, siento que te equivocaras de *pendrive*, ¿contenta?
—No sé si te lo he dicho ya, pero en estos momentos me caes bastante mal.
—Entonces queda con tus amigas. Seguro que están dispuestas a soportar tus lamentos mientras bebéis un par de cervezas y se ríen de tus chistes malos. Yo hoy llegaré algo tarde del bufete.
—¡Oye, mis chistes no son malos!
—Oh, sí. Lo siento, pero lo son. ¡Y mucho! Pero te quiero y finjo que me hacen gracia —exclamó Héctor.
En aquellos momentos no entendí demasiado su actitud.
He de reconocer que a veces podía resultar un poco pedante, egocéntrico y gilipollas, pero siempre lo había achacado a su lado de abogado despiadado y por lo visto, en aquella ocasión, quería ganar el juicio entre él y yo.
Sí, yo me había equivocado de *pendrive*, pero porque eran iguales.
¿Podría haber comprobado previamente qué contenía y si era el correcto? Sí, señoría, no habrá más preguntas.
—Está bien, cuando llegues quizá ya esté dormida. Pienso inducirme el sueño con vino y Valium —le dije toda resignación.
—Controla las dosis, nos vemos luego.

5
Una noche de risas, cócteles y teorías absurdas

¡Madrid! Esa ciudad que nunca duerme.
En una noche tan vibrante como aquella en la que quedé con mis mejores amigas tras aquel despido infernal, el destino me llevó a un bar del centro de la ciudad que parecía haber sido diseñado por la diosa de la diversión.
Un lugar mágico, con una atmósfera que invitaba a soltar las penas y dejarse llevar por el disfrute sin medidas.
Mis compinches de aventuras, conocidas como las dos mosqueteras de la risa, me esperaban en un reservado del bar.
El lugar, decorado con estilo *vintage*, contaba con sofás de colores chillones y lámparas que parecían recién sacadas de un museo de antigüedades.
La música hacía vibrar el suelo y las paredes.
Mis mosqueteras eran dos fieras de la diversión. La primera, Sonia, era como una bomba de energía desbordante. Con el pelo rizado y una sonrisa de esas que iluminaban habitaciones enteras, era capaz de convertir cualquier situación en un espectáculo digno de un teatro cómico.
La otra mosquetera, Inés, era una mezcla perfecta de cerebro y ocurrencias. Con su melena castaña y una mirada llena de chispa, tenía un humor inteligente y una habilidad innata para soltar frases que te dejaban pensando durante días. Una maestra en el arte de transformar problemas en anécdotas dignas de ser compartidas en fiestas.
Aquella noche, el pub se convirtió en nuestro propio parque de atracciones, en un lugar donde las risas fluían como ríos desbocados y los cócteles, porque al final pasamos de tomar cervezas, tenían nombres tan extraños que parecía que habían salido de un experimento científico.
La gente bailaba y disfrutaba, pero nosotras finalmente decidimos salir al exterior y colocarnos en una de las mesas de la terraza del local. Era necesario si queríamos escucharnos hablar un rato en condiciones.
Así que mis amigas no tardaron en sacar a relucir el tema de mi mala suerte laboral. Sonia, copa en mano, me miraba con una mezcla de preocupación y diversión.
—Alba, cariño, es oficial: de ahora en adelante pasarás a ser “La Reina de la Mala Suerte, matadora de luz al final del túnel y rompedora de tréboles de cuatro hojas” —dijo Sonia haciendo un guiño a la icónica serie de Juego de Tronos, de la que era muy fan—. ¿Tienes idea de cuánta gente quisiera tener tus habilidades para convertir cualquier trabajo en una auténtica montaña rusa?
Inés estalló en carcajadas y, obviamente, se sumó a la conversación. Yo simplemente me limité a poner los ojos en blanco. ¿No se suponía que iban a animarme? Menudas perras del infierno.

—Sonia tiene razón —dijo, aunque a mí no me hacía ni pizca de gracia—, podríamos patentar tu mala suerte y, con tus conocimientos en marketing, venderla como un método infalible para hacer que las empresas se vayan a la quiebra en tiempo récord. ¡Serías millonaria!
Finalmente, acabé sucumbiendo a la ocurrencia de Inés, y no pude evitar reírme, por lo que las tres acabamos doblándonos de la risa. No obstante, sabía que tenían razón, mis últimos días en el trabajo se habían convertido en una colección de desastres.
Cuando les conté a Sonia e Inés todo lo que había sucedido en mi vida laboral aquella última semana, no daban crédito.
Y eso que omití hablar de Samoncín, del vídeo porno que había protagonizado en medio de la presentación y de la erección del Señor Martínez que, de verdad, ojalá no hubiera visto.
Me avergonzaba soberanamente de aquello, y no quería que nadie lo supiera. Debía salvar la poquita dignidad que me quedaba, y eso solo podía conseguirlo manteniéndolo en secreto.
—Se me ha ocurrido algo —dijo Sonia poniendo morritos. Miedo me daba, porque solía tener ideas de bombero retirado—. ¿Qué te parece si visitamos a una pitonisa? Igual te hace descuento por tus poderes naturales de atracción de problemas.
Inés asintió, emocionada, pero yo no las tenía todas conmigo. Jamás había visitado un lugar así ni tampoco a nadie que se dedicase a ese tipo de cosas. ¿Para qué?
—¡Me mola la idea! —exclamó Inés.
—¿Qué estáis diciendo? No, no, no —negué repetidas veces con la cabeza.
—¡Jo, Alba! —me animó Sonia.
—Ni hablar, ¿para qué?
—Es que ya estoy viendo la escena —dijo Inés dibujando una línea imaginaria con la mano derecha en el aire, mirando al infinito—. La pitonisa te mira fijamente, lee tu futuro en la bola esa de bruja y en lugar de decirte cosas bonitas, se les escapa algo tipo: “Ups, esto no tiene solución”.
Mis dos amigas estallaron en risas, pero a mí no me hacía ni puñetera gracia. Con eso no se jugaba.
Fue entonces cuando me acordé de aquel objeto que encontré en el metro. Había olvidado lo que había hecho con él.
¿Lo había guardado dentro del bolso? ¿Lo había tirado?
Casualidad que aquella noche llevaba el mismo bolso, por lo que comencé a tantear su interior en busca de aquel cachivache.
—¿Qué haces? —preguntó Inés.
—Se me ha olvidado contaros, pero el otro día me encontré algo en el metro.
—¿Qué era? —preguntó Sonia.
—Una especie de amuleto o algo así. Una versión poco trabajada de la Bruja Lola me lo dijo.
—¿Quién?
Me encogí de hombros, todavía buscando por los bolsillos del bolso, pero el maldito amuleto no aparecía por ningún nado.
—No lo sé, una señora con turbante —contesté a Sonia—. Qué raro… no sé qué hice con él.
—¿No lo encuentras? Mejor, porque fijo encontraste el amuleto de la desgracia máxima. Deberías patentarlo y venderlo como una alternativa a los horóscopos —apuntó Inés para después dar un traguito de su cóctel a través de la pajita de cartón reciclado.
Las tres nos reímos de la ocurrencia de Inés, y yo no tardé en imaginarme una marca de amuletos de la mala suerte con mi rostro como imagen publicitaria.

Aquella noche, entre risas, bebidas espirituosas y teorías místicas y absurdas, descubrí que el humor era el antídoto perfecto para enfrentar los problemas. Con mis dos mosqueteras de la risa a mi lado, supe que cualquier obstáculo podía ser transformado en anécdota. Juntas, éramos totalmente capaces de enfrentar lo que el destino nos hubiera preparado y reírnos en su cara.
No obstante, no me reí demasiado cuando me dejé convencer y acabamos acudiendo a una pitonisa. Las predicciones de las cartas no me gustaron en absoluto.
Y darme cuenta de que había tirado en la basura de abajo de casa el amuleto, tampoco.

6
Madame Celeste y sus predicciones descabelladas

Había llegado el esperado momento para Inés y Sonia de adentrarnos en el enigmático mundo de la adivinación.
Confieso que me obligaron, solamente les faltó ponerme un petardo en el culo para que las acompañara a aquel lugar, así que nos embarcamos en una aventura mística llena de predicciones y secretos por descubrir.
Y tú pensarás: Mari, pues qué emoción.
Pues no, porque estaba cien por cien segura de que todo lo que me estaba pasando era porque había tirado el maldito amuleto de las narices, y me había traído la mala suerte.
¿O no? Porque mi vida en esos momentos no era ni medio normal.
Aquella tienda misteriosa a la que me llevaron las locas de mis amigas, estaba en un callejón escondido del centro de la ciudad.
Genial, solo falta que nos atraque cualquier desequilibrado por aquí, pensé cuando nos adentramos en la bocacalle.
Reconozco que miraba de lado a lado, expectante y con un poquito de miedo, no me fueran a llevar y adiós muy buenas.
Una vez estuvimos dentro, observé con atención todo mi alrededor: las paredes estaban cubiertas de terciopelo carmesí y los estantes llenos de extraños amuletos y velas aromáticas.
El ambiente estaba lleno de un suave resplandor dorado que provenía de las lámparas de cristal que colgaban del techo, y el aroma a incienso flotaba en el aire, envolviéndonos en un halo de misticismo y expectativa.
La sala principal estaba adornada con cojines de diferentes colores y cortinas que ondeaban suavemente con la brisa mágica que parecía habitar allí.
En el centro de la habitación había una mesa circular, cubierta con un mantel de terciopelo bordado con símbolos que no reconocí.
Sonia se tropezó con algo y aquello nos hizo reír.
Fue entonces cuando encontramos a Madame Celeste sentada en una silla de respaldo alto, rodeada de velas parpadeantes y una bola de cristal que reposaba en sus manos.
De aspecto intrigante, con un vestido largo y oscuro que parecía fusionarse con las sombras de la estancia, reconocí en Madame Celeste a la mujer del metro.
Sus ojos brillaban con una chispa misteriosa y su sonrisa enigmática invitaba a adentrarse en el mundo de lo desconocido.

—¡Usted! —exclamé sorprendida por la casualidad.
—Hola, bonita —me saludó.
—Así que, ¿trabaja aquí?
Madame Celeste sonrió.
—Bienvenidas, estoy aquí para desvelar los misterios que os aguardan en vuestro camino —saludó con voz melosa.
Nos miramos entre nosotras, sintiendo una mezcla de incredulidad y emoción contenida. Aquella escena parecía sacada de una novela de misterio, pero estábamos decididas a sumergirnos en la experiencia.
Sí, yo también.
Porque para lo que me quedaba en el convento, me cagaba dentro. ¿No?
Entonces, Madame Celeste comenzó a prepararse.
—¡Lalalalalalalalalalala! ¡Laaaaaaaaaa! ¡Lalalala! ¡Laaaaaaaa! —canturreó como si estuviera poseída.
—Ay, mi madre, que me cago viva —susurró Inés cogiéndome de la mano.
—Calla, calla —murmuró Sonia.
—¡Sa! ¡Sa! —siguió gritando Madame Celeste, dando palmas sin ton ni son y extendiendo sus manos decoradas con largas y violáceas uñas hacia delante—. ¡Sasasasa!
—¿Qué está diciendo? —preguntó Inés con congoja.
—Yo qué sé, a lo mejor habla en idioma místico o algo.
—¿Eso existe? —me preguntó Sonia.
Hice una mueca como respuesta.
—Veamos, querida Alba… —dijo acariciando la bola de cristal.
—¿Cómo sabe mi nombre? —le pregunté en un susurro a Sonia.
—Yo solo sé que voy muy borracha —me contestó ella de la misma forma.
Madame Celeste, miŕandome fijamente con sus ojos penetrantes, prosiguió:
—Veo en tu futuro un cambio drástico en el ámbito laboral. Una despedida inesperada que abrirá nuevas puertas hacia oportunidades desconocidas.
Sus palabras flotaron en el aire como susurros mágicos, mientras los destellos de las velas danzaban a su alrededor.
Inés y Sonia se miraron con sorpresa mientras yo trataba de asimilar la impactante predicción.
—Eso que ha dicho ya ha pasado… estoy flipando —susurró Inés.
—A mí creo que me está colocando el incienso —reconoció Sonia.
—Callad —ordené muerta de expectación, intentando disimular la vergüenza al recordar la escenita de Salmoncín y esa cuquita traviesa del señor Martínez.
—Y no solo eso —continuó la señora de cabeza enturbantada con un brillo travieso en sus ojos —. Veo una tormenta en tu relación amorosa. Un quiebre que liberará tu espíritu y te permitirá descubrir nuevos horizontes emocionales.
Mis amigas intercambiaron una mirada de complicidad, como si hubieran leído mi mente, pero yo no pude evitar sentir un nudo en el estómago.
¿Una tormenta en mi relación? ¿Qué iba a pasar entre Héctor y yo?
No, no, eso no era del todo cierto…
¿Cuánto debía fiarme de aquella predicción?
Sin poder evitarlo, me puse nerviosa.
—¿Cómo es posible que puedas ver todo esto? —le pregunté—. Ya me han despedido del

trabajo.
La pitonisa sonrió con sabiduría y se inclinó hacia mí.
—El Universo nos envía señales constantemente, solo hay que saber leer entre líneas, captar los detalles. Yo solo me dedico a interpretar todos esos mensajes. Pero recuerda, el destino no es inmutable, tú tienes el poder de moldearlo y crear tu propio camino.
Las palabras de Madame Celeste resonaron en mi interior, llenándome de esperanza y determinación. Tal vez había algo de verdad en todo aquello, pues en la primera predicción ya había acertado.
Y juro por lo que más quieras que ni mis amigas ni yo le dijimos nada.
—Mis amigas han querido que viniera porque…
—Porque tiraste el amuleto, querida.
Abrí los ojos por la sorpresa.
—¿Cómo?
—Lo tiraste —dijo al tiempo que se levantaba de la silla—. ¿A que no está en ese bolso?
Negué con la cabeza, turbada.
Buscó algo en una cajita de madera decorada con flores secas.
—De algún modo rechazaste la buena suerte, Alba.
—Yo…
¿Cómo le explicaba que no terminaba de creerme todo aquello?
No podía.
Sencillamente.
Porque como se ofendiera, ya la había liado de nuevo, que esa me ponía tres velas negras y a ver…
—Toma, un cuarzo blanco. Suele dejarse un poco de lado esta gema… —dijo con desdén—. Pero es el cristal con más propiedades energéticas. Préndelo de tu cuello, te protegerá.
Observé que de la piedra colgaba un cordón de color negro para poder usarla a modo de colgante.
—Muchas gracias —le dije sonriendo.
—Gracias, no. Son tres euros, Alba.
Puse los ojos en blanco y, sonriendo, saqué el monedero del bolso.

7
Las predicciones sí se cumplen

Habían pasado dos semanas desde mi encuentro con la pitonisa Celeste, y me había sumergido en un mundo de libros y conocimientos esotéricos. Algo así como una fiebre frenética por el Destino de la que no me podía librar.
Solo trataba de entender, pero no lo conseguía, porque quería buscarle una lógica que no tenía.
Mi apartamento se había convertido en una especie de librería improvisada, con pilas de libros sobre astrología, tarot, cristales y todo tipo de temas relacionados con el misticismo.
Me había convertido en una auténtica experta en sacar préstamos en la biblioteca más cercana, ya que mi situación de desempleo me impedía gastar dinero en eso y al tiempo me permitía dedicar horas interminables a investigar este nuevo mundo que se me escapaba de las manos.
Porque eso de buscar trabajo, pues para otro día, ¿sabes?
No obstante, por mucho que me esforzara, no lograba comprender del todo la complejidad del esoterismo. Algunos conceptos me parecían más difíciles que la teoría de la relatividad de Einstein.
Intentaba leer los libros con atención, subrayando frases, tomando notas, pero al final me encontraba más perdida que al principio.
Mi mente luchaba por entender los significados ocultos detrás de las cartas del tarot o las influencias de los astros en nuestras vidas, pero nada.
Algo me decía que, por mucho que lo intentara, mi conexión con el mundo místico siempre sería más bien un desencuentro cósmico.
En medio de mi maratón de lecturas del mundo mágico, mi vida personal no iba precisamente por el camino de la paz y la armonía. Me obsesioné con la idea de entender todo aquello, de poder saber a ciencia cierta si lo que me dijo aquella mujer se cumpliría.
Que Héctor no hubiera borrado aquel vídeo y que, por equivocación, lo hubiera presentado en el trabajo, había afectado a mi relación de pareja.
Era un hecho, por lo que las dudas también se habían infiltrado entre nosotros, creando grietas irreparables.
El estrés y la incertidumbre laboral, de la que el más preocupado era él, por cierto, habían comenzado a pasarnos factura, y aunque ambos intentamos mantenernos fuertes, nuestras diferencias y frustraciones se hicieron evidentes.
Y el temido momento llegó, y lo hizo una de aquellas noches, después de un largo día de investigaciones místicas.
Necesitaba consultar una cosa en Internet, por lo que cogí mi ordenador portátil para ello, pero estaba sin batería y me dio pereza coger el cargador.

Avisté entonces el de Héctor y decidí utilizarlo. Estaba sobre la mesa grande del comedor.
—Qué raro que no se lo haya llevado hoy… —murmuré para mí misma.
No obstante, no me hizo falta encenderlo, pues cuando levanté la tapa, comprobé que no estaba apagado.
Me metí en el buscador y no pude evitar fijarme en la pestaña que estaba abierta, ahí, en todo lo alto de la pantalla.
Alcé una ceja, totalmente contrariada.
Una página de pornografía apareció ante mis ojos cuando hice clic en la pestaña.
Pero no, lo peor no era que Héctor se pajeaba sin mí viendo un par de melones en la pantalla, lo peor era que tenía una cuenta de usuario y un video colgado en la web
Aclaro, el video de Salmoncín.
—¿Qué cojones…? —espeté enfadadísima.
¿Qué mierda era aquello? ¿Qué significaba eso?
Fue en ese preciso momento cuando Héctor llegó a casa.
—Hola, amor —me saludó desde la puerta.
Me levanté y fui dando zancadas rabiosas hasta llegar a él.
—¿Hola, amor? ¿Tú de qué vas? —le pregunté llena de rabia.
Aquello ya era el colmo. Algo que no estaba dispuesta a perdonar.
Vale que no borrase el vídeo, vale que yo hubiese sido tan cateta de no comprobar si era el *pendrive* o no, vale que perdiera mi trabajo por su ilusión de tenerlo por si me moría, ya ves tú la tontería, y por mis prisas por llegar a la presentación y no prestar atención a las cosas que cogía.
Pero ¿aquello? ¡Aquello era inadmisible!
¿Cómo tenía la desfachatez de lucrarse a costa de mi chirivía? ¡¿Cómo?!
Se iba a enterar.
Nuestras miradas se encontraron y supe que era el momento de abordar lo que ya no podíamos ignorar.
—¿Qué pasa? —preguntó sin entender nada, pero la que no entendía nada era yo.
Nos sentamos en el sofá y una tensión incómoda llenó el aire, casi impidiéndome respirar.
Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta completamente cerrada y la boca seca por los nervios.
—Pensaba que te habías guardado el vídeo solamente de recuerdo —le dije.
—Y eso hice. Esto ya lo hemos hablado.
—¿De verdad? ¿Entonces por qué hay en tu ordenador una página porno con tu usuario y el vídeo colgado? Nuestro video, Héctor, nuestro video íntimo.
—Yo…
—¿Tú, qué? ¿Es por si me muero otra vez? ¿Para ponerlo en mi funeral y reivindicar de forma memorable mis entrañables polvos contigo? ¡Estás enfermo!
—Joder, Alba, no es así. Necesitaba el dinero. ¿De dónde crees que he pagado el coche nuevo?
—¿Cómo?
—Te juro que te estoy diciendo la verdad.
Cerré los ojos con fuerza, tratando de pensar, al tiempo que me levanté del sofá.
—Vamos a ver… ¡Creía que estaba con un magnate de la abogacía! —grité exasperada.
—Bueno, pues siento decepcionarte, pero no es así —me dijo él con la cara larga.
Se le veía bastante afectado, pero ahí era yo la víctima. No pensaba creerme más cuentos.
—¿Y todas las veces que llegabas tarde porque tenías mucho curro en el bufete?
Héctor suspiró con desdén.

—Pues me quedaba en el maldito coche, haciendo tiempo.
—Haciendo tiempo subiendo nuestras guarradas, querrás decir.
—No quería que me vieras como un fracasado —bufó.
—¿Y cómo crees que te veo ahora?
—Pues no lo sé, pero…
—¿Como un empresario de éxito en la industria del porno amateur? ¡Venga ya! —contraataqué.
—Joder, Alba, lo siento.
—¿Lo sientes?
—¡Sí! Lo siento. ¿Qué quieres que te diga?
—Tú estás mal, ¿eh? He perdido el trabajo por tu culpa y ahora me entero de esto.
—Solo quería lo mejor para los dos.
—¡Publicando nuestra privacidad!
—Lo quitaré.
—Claro que lo quitarás.
Nos quedamos en silencio, porque tampoco había mucho más que decir.
Nada más, salvo…
—Héctor, esto se acaba aquí.
Plaf.
Jarro de agua fría sobre la cabeza.
Con hielo.
Mucho hielo.
A tope de congelada.
Mi corazón se quebró, juro que lo sentí a pesar de que sabía que aquella predicción podía cumplirse.
Era algo que había temido, pero no por eso dolía menos. Traté de contener las lágrimas y hacer frente a la situación, aunque por dentro lo único que quería hacer era llorar hasta desintegrarme.
—Yo… no quiero seguir con esto —susurré con la voz estrangulada por las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos.
Héctor chasqueó la lengua contra el paladar, pero no pude ver la expresión de su rostro, pues había agachado la cabeza para mirarme las manos. Retorcía los dedos de los nervios.
—Joder, Alba… no me hagas esto.
Me encogí de hombros.
¿Podía hacer algo?
—Lo siento, pero no puedo. Es demasiado.
Quizá me estaba rindiendo, no lo sabía, pero necesitaba que aquella escena terminase, escapar de algo que no sabía ni lo que era.
Ahora, con el tiempo, sé que ese “algo” se llamaba cambio.
Yo solo quería llorar a mares y taparme la cabeza con la sábanas hasta oler mi propia inmundicia.
—Te querré siempre —dijo abrazando mi cuerpo con sus brazos.
Supe que mintió, pero no quería discutir maś.
Me dejé abrazar y guardé silencio.
Así terminó aquel capítulo de mi vida, con un montón de libros místicos esparcidos por la habitación y una historia de amor que había perdido su brillo.
Mi cuento había terminado con un final que, a ojos de todo el mundo, sería porque me había

dejado en la estacada, cuando más lo necesitaba.
Lo menos que podía hacer por mí después de aquello era ser él el que quedase mal a ojos de los demás.
Me negaba a reconocer en presencia de nadie la vergüenza a la que me había sometido.
Me sentía humillada y ultrajada.
Mi mejillón no tenía precio, y Héctor lo había usado como moneda de cambio.
¿A quién se le ocurre?

8
Nuevos vecinos, nueva vida

Después de una agotadora búsqueda de un nuevo lugar en el que vivir, llegué a las puertas del edificio en el que se encontraba el apartamento que pasaría a ser mi nuevo hogar.
Me sentía terriblemente mal, mi ruptura con Héctor había sido algo que no me esperaba por mucho que Celeste, la pitonisa, hubiera vaticinado al leer mis cartas.
Agarraba con una mano el cuarzo blanco que tenía prendido del cuello, en un colgante, como si acariciarlo fuera a devolverme la fe en la vida y en el mundo.
Había pasado unos días en casa de Sonia, mientras encontraba un lugar en el que vivir, pero finalmente había tenido que sucumbir a la idea de compartir piso por ser una desempleada. Tal y como estaba el panorama con los alquileres, ¿quién me lo iba a alquilar a mí sin una nómina? Además, no podía pagarlo sola.
Cierto era que tenía algunos ahorros y ya había cobrado la indemnización de mi despido y el finiquito, pero no tenía nómina.
Compartir mi vida con una desconocida no me apetecía para nada, pero tampoco me quedaba otra opción.
Intentaba resignarme y aceptar mi situación, pero solamente me limitaba a dar paseos como una plañidera por las calles de Madrid mientras escuchaba en bucle dentro de mis auriculares *Selección Natural*, de Chica Sobresalto, pues me encontraba anclada absolutamente a la letra de aquella canción.

Necesito volver a respirar bajo el agua.
Ser un animal que se adapta al medio.
Pero me he convertido en el medio al que nadie se puto adapta.

Así era exactamente cómo me sentía.
Una inadaptada a la que la vida le había cambiado de forma radical de la noche a la mañana, y que no sabía ni qué hacer con sus propias legañas cada mañana al despertar.
Fue en uno de esos paseos cuando vi aquel cartel pegado a una farola con celo transparente. Una chica llamada Lili buscaba compañera de apartamento.
Arranqué uno de aquellos trocitos con el número de teléfono y dudé unos instantes.
No obstante, tampoco lo pensé demasiado.
Días después, ahí estaba, ante aquel edificio al que había ordenado traer todas mis cosas en una furgo pequeña.
En el barrio de Malasaña, la construcción contaba con una fachada de ladrillos desgastados y

ventanas coloridas que dejaban escapar la esencia bohemia que parecía tener aquel vecindario.
Con solo una maleta con lo imprescindible para pasar la noche, pues lo demás lo traerían al día siguiente, toqué al timbre, exactamente el tercero.
Lo hice una y otra vez, pero la tal Lili no parecía estar en casa.
Frustrada, clavé el dedo en el timbre, a riesgo de fundirlo. Últimamente me sentía como un maldito globo a punto de estallar, por lo que no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas de impotencia.
¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Quedarme en la calle?
¡Habíamos concertado una cita! ¡Maldita sea!
¿Nada podía salir bien?
Lloré un poquito, por eso y todo lo acontecido hasta ese momento.
Fue entonces cuando alguien habló a mis espaldas:
—Bonita, ¿qué tienes?
Miré hacia su dirección y me encontré con una anciana de edad avanzada que, aun así, parecía estar llena de vitalidad. Sus ojos brillantes y su sonrisa acogedora me hicieron de bálsamo en ese momento.
Por favor, que no sea otra pitonisa ni hada madrina ni nada de nada, pensé.
La observé unos instantes, al tiempo que contestaba:
—He quedado… —me limpié las lágrimas de un manotazo— con una chica, vamos a compartir piso, pero no me abre la puerta.
La anciana arrugó un poco el ceño, imagino que pensando quién podría ser.
—Lili —añadí.
—Oh, esa Lili es una cabecita loca. Tranquila, si has quedado con ella, no tardarás en conocerla —hizo un ademán con la mano, quitándole importancia.
Llevaba un vestido con motivos florales y unas gafas de vista de color naranja fosforescente. Muy original.
—Ya, pero…
—No te preocupes —dijo acercándose a mí. Tenía el pelo corto y canoso, observé—. Toma.
Miré lo que me tendía, una pequeña jirafa de peluche más pequeña que mi mano.
—¿Qué es esto?
La anciana se encogió de hombros.
—Las colecciono.
—Oh —Formé una perfecta “o” con mis labios, sorprendida.
—¿Subes?
—¿Dónde?
—A mi casa. ¿O quieres quedarte en la calle?
—Yo…
—Anda, sube. Voy a contarte todo.
—¿Contarme qué?
—Pues chismes, nenita. ¿Cómo te llamas?
—Soy Alba —respondí sin entender muy bien todavía a la señora.
—Aquí todos me llaman Doña Rosa —respondió ella subiendo los primeros peldaños de las escaleras, tras abrir la portería para acceder a los apartamentos.
—Pues encantada —contesté derrotada, todavía con los ojos vidriosos de llorar.
—¿Quieres que te ayude con esa maleta? —preguntó—. Aquí somos como una familia, nos

apoyamos mutuamente.
Sonreí.
—Me alegra saber eso, pero no se moleste, gracias.
La seguí, subiendo cada peldaño hasta llegar a su piso, y entonces nos adentramos en su casa.
Al cruzar el umbral, me encontré sumergida en un mundo de nostalgia y encanto.
Las paredes estaban adornadas con fotografías en blanco y negro de momentos pasados y cuadros con pinturas de paisajes campestres.
Una suave luz se filtraba por las cortinas de encaje, creando una atmósfera acogedora.
No pude evitar mirar la extensa colección de jirafas de porcelana cuidadosamente colocadas en una vitrina. Al parecer, la señora tenía una fascinación especial por aquellos animales de cuello largo. Cada una de ellas tenía una expresión única, como si cobraran vida en ese pequeño espacio.
Me pregunté si tendría más en el resto de estancias de la casa, aunque imaginaba que sí, pues ya me había confesado que las coleccionaba.
El mobiliario *vintage* creaba un ambiente nostálgico. Un sofá tapizado en terciopelo azul marino, con cojines de diferentes estampados, se ubicaba en el centro de la sala de estar. Junto a él, una mesa de centro de madera tallada sostenía una taza de porcelana llena de flores secas.
Pasillos repletos de estanterías llenas de libros, algunos desgastados por el tiempo y otros impecables. Había mezcla de géneros literarios, desde clásicos hasta novelas contemporáneas. Era evidente que Doña Rosa era una ávida lectora.
Entonces llegamos a la cocina, un remanso de calma y aromas reconfortantes. El olor a pan recién horneado, algo que le gustaba mucho hacer a mi nueva vecina y que lo descubriría con el tiempo, se mezclaba en el aire con el de las especias.
—¿Te apetece algo de comer? —me preguntó.
Yo negué con la cabeza.
Entonces se me quedó mirando con interés.
—Tú tienes mal de amores —dijo entonces.
—No me diga usted que se dedica al mundo de la adivinación, porque entonces ya…
—¿Qué? —Entonces soltó una carcajada encantadora—. ¿Yo? ¡Ni en broma! Pero ¿no has escuchado nunca el dicho de “el Diablo sabe más por viejo que por Diablo?”
Asentí con la cabeza.
—Pues eso. Se te ve en la cara.
—Pues no se equivoca usted. Ha sido una ruptura… inesperada y dolorosa —le dije haciendo una mueca.
¿Por qué me resultaba tan fácil contarle aquello? ¡Si no la conocía! Desde luego… estaba más rara que un perro verde.
—El amor es un viaje, Alba, y a veces encontramos tesoros en los lugares más inesperados.
—Pues ese viaje me ha traído aquí.
—Bueno —sonrió—, y aquí estamos las dos, ¿verdad? ¡La mar de bien!
—Imagino que sí.
—Aquí vive gente encantadora, ya lo verás. Lo irás descubriendo poco a poco, y entre todos te ayudaremos a superar esto.
Me pregunté en ese instante si no me había colado en alguna secta o algo así, porque tanta amabilidad no me parecía normal.
Qué poco estamos acostumbrados a que la gente sea gentil con nosotros.

¿Y qué era eso de que entre todos me iban a ayudar?
Qué miedito, Maricarmen.
Me limité a sonreír y poco más, y tuve la genial idea de levantarme y decir:
—¿Cree que Lili ya estará en casa?
—Vamos a probar. Es el tercer piso, te acompaño.
No podía negarme, no después de que me hubiera ofrecido su hospitalidad con toda su buena fe, así que subimos las dos los dos pisos restantes hasta llegar al que sería mi nuevo hogar.
Doña Rosa llamó a la puerta, y Lili no tardó en abrir.
¿Cómo era aquello posible?
—Nenita, esta chiquita te está buscando un buen rato —le dijo Doña Rosa cuando mi nueva compañera de piso nos abrió la puerta.
—¡Anda! Lo siento mucho, es que estaba meditando con los auriculares. Y no escucho nada cuando los llevo puestos. De eso se trata, ¿verdad? Gracias, Doña Rosa.
—Me marcho. Si necesitáis algo, estaré abajo.
Me dedicó un guiño de ojos antes de irse, y después centré mi atención en Lili.
Llevaba el pelo largo y peinado en muchas trencitas de colores. Su rostro irradiaba serenidad espiritual.
—¡Namasté, Alba! Soy Lili, tu compañera de piso. Espero que estés lista para vivir una experiencia de vida en comunidad llena de energía positiva y conexiones espirituales —dijo ella con una sonrisa radiante.
La miré con asombro, sin saber exactamente a qué se refería con "experiencia de vida en comunidad" y preguntándome dónde narices había ido yo a parar.
Pero antes de que pudiera preguntar o arrepentirme de haberle dicho que sí, porque tanta cosa zen me daba mal rollito, Lili extendió su mano hacia mí y sacó un Palo Santo de su bolsillo que prendió con un mechero.
—Permíteme pasarte un poco de Palo Santo para limpiar las energías negativas y dar la bienvenida a las positivas. Es un ritual que hago con todos los nuevos compañeros de piso.
Asentí, perpleja, pero decidí entrar en su juego, por lo que cerré los ojos mientras Lili movía el Palo Santo alrededor de mi cuerpo, murmurando palabras que no entendía del todo.
Pues si tiene que absorber todo lo negativo que llevo dentro, el palo ese va a terminar chamuscadito del todo, porque soy un ser negro de tristeza ahora mismo, pensé, pero no lo dije, y en su lugar pregunté:
—¿Me estás fumigando?
Lili se rio.
—Algo así. ¡Ya estás lista!
—Menos mal —suspiré.
—Espero que ahora te encuentres mejor.
—¿Mejor?
—Has llorado, no tienes un rostro relajado.
—Eh…
—Pasa y deja eso ahí mismo. Vayamos a la cocina. Lo importante ahora es conocernos. Pero antes, te enseñaré todo esto —dijo moviendo las manos en el aire con ligereza.
—Mmm vale —accedí, observando cómo el arcoiris de su pelo me guiaba por todo el apartamento.
El que sería mi nuevo hogar, me pareció un remanso de paz que decidí que me vendría muy bien

en esos momentos, aunque también mostraba indicios del estilo de vida dinámico y espiritual de Lili.
El salón, decorado con colores cálidos y muebles acogedores, contaba con una esterilla de yoga en el centro, donde mi nueva compañera debía practicar sus asanas diarias, pues era instructora de yoga, cosa que descubrí más tarde, cuando tuve con ella esa conversación inicial tan necesaria para conocernos.
Alrededor de la esterilla había libros de yoga y meditación apilados en un rincón, y algunas velas dispersas por el suelo.
El dormitorio de Lili era una mezcla de serenidad y creatividad. La cama, rodeada de cojines de colores y mantas suaves, era el lugar perfecto para descansar y relajarse. Sin embargo, también se podían ver montones de ropa deportiva y libros sobre espiritualidad, demostrando el lado enérgico y apasionado de mi nueva compañera.
El baño, aunque impecablemente limpio, mostraba algunos elementos que reflejaban su inclinación mística, algo de lo que, por mucho que me empeñara, no parecía librarme.
Había cristales y piedras semipreciosas dispuestas en los estantes, junto a productos de belleza naturales y botellas de aceites esenciales y un espejo rodeado de luces tenues.
Entonces llegamos a lo que sería mi habitación, una estancia impersonal y sin decorar que tendría que hacer mía poco a poco durante el tiempo que viviera allí.
En ese momento pensé que reflejaba totalmente cómo me sentía por dentro: vacía y sin luz.
—Espero que aquí encuentres tu sitio, ya habrá tiempo de poner todo lo que tú quieras —dijo Lili, después cerró la puerta y terminamos donde me había prometido llegar: a la cocina.
Aunque pequeña, parecía estar llena de vitalidad. Había frutas frescas y verduras llenas de colores vibrantes sobre la encimera, como si hubieran sido adquiridas hacía pocas horas y todavía estuvieran por guardar en el frigo.
Sin embargo, también se podían ver algunos platos sin lavar y tazas de té medio vacías, evidencia de las comidas improvisadas y las infusiones relajantes de las que Lili disfrutaba en su rutina diaria.
Reconocí que no pude evitar sentirme atraída por mi nuevo hogar, y estaba casi convencida de que me inspiraría para explorar mi propio camino hacia el bienestar y la espiritualidad.
Ambas nos sentamos en una pequeña mesita de madera con dos sillas de las que también disponía la cocina, donde comenzamos a conocernos mejor.
Hablamos de nuestras pasiones, nuestras metas y de cómo la mala suerte me había golpeado fuerte las últimas semanas.
A pesar del enfoque peculiar de mi nueva compañera de casa y de vida, encontré a Lili encantadora y llena de energía positiva, algo que necesitaba como agüita de mayo.
Mientras conversábamos y reíamos tras relatarle el giro que había dado mi vida, Lili me alentó a que todo saldría bien.
Y, no supe la razón, pero sentí que sus palabras eran ciertas.

9
Mensajes del destino

Me desperté sobresaltada. No había dormido bien.
Habitación, casa y compañera nuevas.
Por ende, una vida nueva también.
No estaba nada de acuerdo con eso a pesar de que habían pasado algunos días desde mi ruptura con Héctor.
No quería rendirme tan fácilmente, pero a veces sentía desfallecer. Mi estado emocional en aquel momento era como una montaña rusa. A veces arriba, otras tantas abajo…
Sentía que me encontraba bien, pero cuando me descuidaba pisaba sin querer una de las minas y el estallido me dejaba con las tripas fuera durante un rato.
Y lloraba.
Y maldecía.
Y me sentía el ser más perturbado y triste del mundo.
El poco tiempo que había conseguido conciliar el sueño había estado plagado de pesadillas extrañas en las que el protagonista era Héctor, que después se convertía en Madame Celeste y se ponía a comer piedras de la suerte.
Suspiré y sacudí aquellos pensamientos de mi mente, porque tampoco me hacían ningún bien, aunque los humanos tendemos en momentos tristes a repensar las cosas con tal de exorcizar la zozobra que nos corroe, así de masoquistas somos.
Pero aquel nuevo día necesitaba algo de tranquilidad, porque debía hacer muchas cosas, entre ellas encontrar mi sitio en aquel lugar, instalarme y recibir la furgoneta de mi mudanza que me traería hasta allí todos mis bártulos.
Así que me levanté a pesar del dolor de cabeza por la falta de sueño y la sobra de llanto de la noche anterior.
Necesitaba café en vena rápido, y esperaba que mi nueva compañera de piso tuviera aunque fuera una cafetera italiana de las de toda la vida.
Pero lo dudaba mucho, porque la noche anterior me hizo una ensalada con todo tipo de vegetales y pude intuir más o menos qué tipo de alimentación llevaba.
Fue muy generosa al dejarme claro que no hacía falta que dividieramos los compartimentos de la nevera ni cosas así, algo así como “lo tuyo es mío y lo mío tuyo”.
Me calcé unas chanclas por no pisar las baldosas del suelo descalza, y fui hacia el salón, justo donde la encontré.
Descubrí en ese instante a Lili en uno de sus pasos de su ritual matutino, a saber, primero los estiramientos, después la meditación, más tarde las afirmaciones positivas, seguidas de practicar

la gratitud junto a un té especial y, por último, el momento en el que la pillé.
—Buenos días, dormilona. Quería despertarte, pero después pensé que te vendría bien descansar. ¿Qué tal has dormido? —me dijo con una sonrisa deslumbrante—. Estaba a punto de sacar mi carta del tarot diaria.
Maldita, qué guapa era. Y qué alegre, y qué todo.
Me atusé el cabello con una mano e hice una mueca.
—Mal, la verdad. He tenido unas pesadillas horribles.
Ella chasqueó la lengua contra el paladar, parecía mostrar gentileza hacia mí.
—Esta noche irá mejor, estoy segura. Solo has de acostumbrarte. Ven aquí, anda.
—Supongo que sí —contesté resignada—. ¿Qué has dicho del tarot?
Estaba claro que no podía librarme del misticismo por más que lo intentara, porque fuera donde fuera me perseguía, como mi maldita mala suerte.
Me cagué mentalmente en el día en el que me encontré ese estúpido amuleto en el metro y lo tiré por idiota, todo aquello era por su culpa.
Me senté al lado de Lili, sobre la esterilla, y escuché tranquilamente su explicación acerca de todo lo que hacía cada mañana.
—Antes de sacar la carta, vamos a hacer una cosa. Te sentará bien —me dijo.
Me mostré un poco reticente, y ella debió notarlo, porque añadió:
—Confía en mí. Cruza las piernas así, como yo, y cierra los ojos.
Le hice caso, y entonces escuché mi cabeza: de todo menos calma, Maricarmen.
Genial.
—Voy a repetir el paso de las afirmaciones positivas para hacerlo contigo.
—Si insistes… —murmuré con la boquita pequeña.
¿Qué tontería era eso?
—Venga, vamos, no seas remolona. Repite conmigo: Soy capaz de enfrentar cualquier desafío.
—Soy capaz de enfrentar cualquier desafío —repetí.
—Soy merecedora de amor y felicidad —dijo ella con un suspiro.
—Soy merecedora de amor y felicidad —imité con voz cansina, aunque ya notaba mis ojos llenos de lágrimas.
—Soy una persona valiente y decidida.
—Soy… —se me quebró la voz— una persona valiente y decidida.
¿Entonces por qué lloraba? ¿Por qué narices seguía llorando?
—Bueeeeno, poquito a poco, compañera. Verás que bien si lo haces todos los días.
—¿En serio? —le pregunté desconsolada.
—¿Te apetece probar mañana conmigo? Hacemos el ritual juntas, si quieres. ¡A mí me sienta fenomenal!
—¿Seguro que no has tomado alguna seta o algo así?
—¿Setas?
—Drogas, Lili, drogas —dije muy seria.
—Pero ¿qué dices? ¡No! —soltó una carcajada—. La mejor droga que hay es el amor propio, Albita.
Suspiré. Había seguido las afirmaciones un poco escéptica, sin embargo, aquellas palabras seguían repitiéndose dentro de mí.
Lili tomó su taza y bebió un traguito.
—¿Te apetece un té? Es de jazmín y menta. Te sentará bien.

—De acuerdo.
Entonces se levantó rápidamente y fue a por una taza para mí. Desde ese instante comprendí que Lili era muy servicial.
Cuando me hubo servido la tisana, la probé y me sorprendí.
—Está buena —reconocí.
—¡Anda! ¡Pues claro!
—Yo es que sin café…
—Súper adictivo. Esto, mejor. Pero tómalo si a ti te sienta bien —se encogió de hombros.
Entonces volvió a fijar su vista en el mazo de cartas del tarot y, tras mover los deditos en el aire, eligió una.
Me la mostró y después la miró.
—¡Aquí está! La carta del Sol.
—¿El Sol? —pregunté intrigada a pesar de que me había pasado días leyendo sobre ese mundo místico. Aunque debo admitir que acerca de cartomancia tampoco había leído demasiado—. ¿Qué significa?
Lili sonrió y me dijo:
—Es una carta llena de energía y positivismo. Representa la alegría, la vitalidad y la claridad. Indica que estás en un periodo de optimismo y realización personal. Es un mensaje del destino para que aproveches cada día y te conectes con tu verdadera esencia.
Me quedé pensativa.
—Normal que te haya salido a ti esa carta, mírate —le dije.
Lili negó con la cabeza.
—No tiene nada que ver.
—¿Me sacas una a mí? —le pregunté con curiosidad.
Lili sonrió y asintió.
—Claro. Déjame que consulte el destino para ti.
Extendió las cartas del tarot frente a mí y me invitó a concentrarme en mi pregunta mientras barajaba. Luego, debía escoger una carta al azar.
Con un poco de emoción y nerviosismo, seleccioné la carta y la puse boca arriba.
No me lo podía creer.
Lili la observó fijamente y después lo hizo conmigo, su mirada llena de significado.
—Alba.
—¿Qué? —le pregunté nerviosa.
—Has sacado la carta de Los Enamorados —dijo con voz suave.
Tragué saliva.
¿Qué narices significaba eso? No pude evitar pensar en Héctor en ese momento.
Maldito traidor.
—Representa el amor verdadero, la conexión profunda y la elección del corazón. Es posible que encuentres un nuevo amor en tu vida, alguien que toque tu alma y te despierte emociones intensas.
Casi jadeé, lo reconozco, pero en mi cabeza solamente resonaban las palabras “elección del corazón”.
—¿Crees que habla de Héctor? Un nuevo amor ni de coña —dije negándome en rotundo.
Para eso estaba yo…
Bueno, ni para eso ni para volver con el estúpido de Héctor.

Lili se encogió de hombros.
—Puede ser, es la carta del amor.
Hice una mueca.
¿Y aquello era una señal?
Claro que me sentía traicionada, y la pérdida de mi trabajo había sido un daño colateral por su insensatez, pero todavía le quería, no podía dejar de sentir de la noche a la mañana.
Lili sonrió y se levantó.
—Ahora debo marcharme, tengo que dar una clase de yoga.
—Vale.
—Nos vemos luego.
En un abrir y cerrar de ojos, cogió una manzana del frutero de la cocina, su esterilla, y se marchó.
Yo me quedé en el salón, sosteniendo la carta de Los Enamorados entre mis manos.
Guardé la carta en mi bolsillo, y fui a desayunar y a arreglarme, la furgoneta con mis cosas no tardaría en llegar.

10
Una llamada inoportuna

Terminé de beberme un vaso de leche de avena, porque era lo mejor que encontré para desayunar, y solo me faltaba calzarme las zapatillas de deporte cuando mi teléfono móvil comenzó a sonar. Entusiasmada, me lancé a por él, que descansaba sobre la cama recién hecha, pero no era Héctor el nombre que aparecía en la pantalla, sino mi amiga Inés.
Hastiada, descolgué.
—¡Hola, hola! —saludó la dicharachera de mi amiga al otro lado de la línea—. ¿Cómo va esa independencia en tu nuevo pisito?
—Hola, Inés. Pues aquí ando…
—No me gusta nada esa respuesta —dijo ella en un tono más serio.
—Estoy… confundida, no sé. Me he mudado y estoy intentando empezar de nuevo sola, pero todavía hay momentos en los que me siento perdida.
—Lo siento mucho, cielo. Sé que es difícil superar una ruptura, pero recuerda que siempre estaré aquí para ti. Además, esta nueva etapa en tu vida puede ser una oportunidad para descubrirte a ti misma.
—Lo sé, pero no paro de pensar en él, Inés —le dije súper convencida, porque era la verdad a pesar de todo.
—¿Quéééé? ¿El mismo Héctor que te dejó en la estacada en tu peor momento? Estás pirada.
Y el que publicó nuestro vídeo íntimo en una web de sexo casero, pensé, pero no lo dije, porque como nadie lo sabía, antes lo olvidaría.
—¿Y qué hago si todavía siento cosas por él? —repliqué a punto de llorar de nuevo—. Además, me ha salido la carta de Los Enamorados.
Desde luego, era idiota.
—¿Que te ha salido qué? —preguntó Inés incrédula—. ¿Has vuelto a ver a Madame Celeste?
—No, no. Lili, mi nueva compañera de piso, es muy espiritual. Se dedica a la instrucción de yoga y tiene un estilo de vida muy zen.
—Y deduzco que sabe echar las cartas.
—Exacto. Luego está Doña Rosa, una vecina anciana encantadora con una colección de jirafas por toda su casa.
—Menuda combinación. Pero, volviendo al tema de las cartas… Te ha salido la de Los Enamorados.
—Exacto. ¿Y si es una señal?
—No sé…
—Todo era perfecto, ¿sabes? —dije con melancolía.

Inés calló durante algunos segundos, pero finalmente dijo:
—Lo entiendo.
—Y se rompió —dije recordando aquella última vez que estuvimos juntos, cuando lo descubrí todo.
—Creo que no deberías permitir que vuelva a hacerte daño. Fue muy feo dejarte así.
—Gracias, amiga.
—De na…
—Ay, Inés, te cuelgo, me está llamando el señor de la mudanza.
—Adiós, te quiero.
—Y yo a ti.
Colgué y cogí la llamada que estaba esperando.
(...)
—Ajá, bajo enseguida —dije rápidamente antes de colgar.
Cogí las llaves y bajé rápidamente a la entrada del edificio, no quería hacer esperar a aquel señor con la furgoneta parada ahí en medio, aunque aquella calle no era demasiado transitada por vehículos.
Cuando me vi en el exterior, miré a mi alrededor y observé que el hombre, muy amablemente, había vaciado su furgoneta de todas mis cajas, apiladas en ese momento en un ladito de la acera, a escasos metros de la puerta de la cafetería que había en la planta baja del edificio.
Sonia bien podía haberme ayudado esta vez, al igual que cuando trasladé todo de mi apartamento en Príncipe Pío hasta su casa, pero no fue así.
Observé al hombre dejar la última en el suelo, el cual llevaba una gorra y un chaleco con el logo de la empresa de mudanzas.
—¡Hola, soy Alba! —le dije para saludarle.
—Muy buenas, señorita. Aquí tiene todas sus pertenencias. Se las puedo ir pasando una a una o las puedo dejar aquí para que las lleve usted misma. Lo que usted me diga.
Me quedé unos instantes pensando la respuesta, pero finalmente dije:
—Mmm, mejor déjelas aquí. Las llevaré yo misma.
Tomé esa decisión porque quería matar el tiempo de alguna forma, y así no darle tantas vueltas al coco.
—¡Entendido! ¿Necesita algo más?
—No, gracias, todo está bien. —Sonreí.
El conductor asintió y se despidió con una sonrisa. Después montó en la furgoneta y lo perdí de vista al marcharse.
Fue entonces cuando miré las cajas apiladas frente a mí. Me sentí rara, distinta, como si una aventura fuese a comenzar de un momento a otro.
Además, no contemplé la opción cuando le dije al transportista que me encargaba yo misma de las cajas, de que habría algunas bastantes pesadas para las que necesitaría ayuda.
Pues genial.
Pensativa, observé el ascensor.
—¿Cabrá todo ahí? —pregunté más para mí misma que para nadie, pues me encontraba sola en aquel momento.
O eso creía yo.
Entonces apareció él.
—¿Necesitas ayuda o prefieres desafiar las leyes de la física y hacer malabares con esas cajas?

La preguntita me cayó como una patada en el estómago. O, más bien, la forma en la que la formuló, con tono desenfadado y una seguridad en sí mismo que, de tan abrumadora, rozaba la soberbia.
Me giré hacia aquella melodía y encontré su mirada desafiante a juego con una sonrisa juguetona que quitaba el hipo.
—Soy Alejandro, vivo en el ático, y ya te aviso de que el ascensor está roto. —Guiñó un ojo.
¿Perdón? ¿Ese tío era mi vecino?
Pues mal todo, porque en ese momento me pareció un pedante de mucho cuidado.
—Oh, genial, el sarcástico vecino está aquí para ofrecer sus "amables" palabras —entrecomillé la palabra en el aire, irónica—. ¿Qué te hace pensar que quiero tu ayuda?
El muy cabrito sonrió. ¡Y qué sonrisota!
—No sé, tal vez prefieras que te ayude a cargar esas cajas —señaló las más pesadas—, en lugar de ver cómo se te caen encima.
Arqueé una ceja. ¿Qué acababa de decir el modelo del ático?
—Puedo sola —le espeté.
—Ah, ¡estupendo! Me voy arriba, pues —dijo meneando la barra de pan como si no hubiera un mañana.
Será gilipollas… , pensé.
Con tal de darle en las narices, intenté coger una de las cajas pesadas.
Me agaché, cuidando la postura por la espalda, ya que no quería hacerme daño, aunque con la rachita que llevaba, no me extrañaba que me desgraciara.
A la de una, a la de dos…
Hice fuerza, intentando coger a peso la caja, y tuve tan mala suerte que…
¡Rakatá!
Abrí mucho los ojos, las mejillas comenzaron a arderme y la mirada de mi nuevo vecino me pesó como una losa de trescientos kilos.
No puede ser, no puede ser, no puede ser, mascullé en bucle en mi cabeza.
¡Se me escapó, lo juro! ¡Se me escapó aquel estúpido gas delante del vecino del ático!
¡Todo por culpa de Lili, que no tenía café y me había tenido que tomar ŕápidamente y casi sin respirar un vaso de leche de avena!
Debía haberme dado flatulencia.
—Yo…
El chico soltó una carcajada y sentí una vergüenza infinita.
—Mejor fuera que dentro —dijo riéndose.
—Es que Lili no tenía café y…
Pero el chico siguió riéndose.
Maldito.
—Déjame echarte una mano. El tercer piso, ¿verdad?
Asentí con la cabeza, queriendo que la tierra me tragase y me escupiese lejos.
Alejandro sujetó la bolsa de pan con la boca, y cogió la caja que había intentado cargar yo como si pesara una pluma.
Estupendo, ahora alardeará de su fuerza de machito.
—Te dejo hacer esto solo porque no quiero que mis cosas terminen en el suelo —le dije de forma seria, aunque por dentro me sentía como un flan por habérseme escapado ese maldito y traicionero pedo—, pero no te confundas, esto no significa que seamos amigos.

Cogí otra caja menos pesada y le seguí escaleras arriba.
—No tengo ningún interés en ser tu amigo. Solo estoy aquí para que esta mudanza no sea una catástrofe. Si rompes algo, se hará una derrama, y no me apetece poner ni un duro —me dijo con la bolsa de pan entre sus dientes.
Rodé los ojos hacia arriba, me parecía un estúpido, pero al menos me estaba ayudando a subir las cajas.
Trabajamos en equipo durante un rato, transportando mis cosas hasta el tercer piso.
Alejandro era todo un despropósito. Su sonrisa traviesa, que dejaba a la vista unos dientes blancos y perfectos con un hueco entre las paletas, su confianza en sí mismo y esa chispa en sus ojos me hacían sentir cosas contradictorias.
Obviamente, todavía tenía a Héctor en la cabeza, pero no pude evitar mirar por encima de la caja el perfecto trasero que se gastaba mi vecinito.
—Pues ya estaría —dijo cuando dejó en el suelo la última caja.
—Pues… gracias —contesté.
—Gracias, no, vecina. Tómate un *aerored* —dijo, chulito, al tiempo que guiñaba un ojo—, es mano de santo para tu problema —añadió levantando el dedo pulgar hacia arriba.
—¿Qué? ¿Me estás llamando pedorra?
Soltó una risotada mientras subía al piso de arriba, donde él vivía, y no me contestó.
Destino, ¿qué narices estás haciendo?

11
De cajas, pies y gases: una cena vegana con sorpresas

La noche se instaló en mi nuevo apartamento compartido mientras terminaba de poner orden en mi habitación.
Había pasado la tarde organizando mis cosas, llenando el armario con mis trapitos y decorando las paredes con algunas fotos y recortes cual adolescente, esencia que permanecía intacta en mí a pesar del paso del tiempo.
En fin, dándole vida a ese espacio que sería mi refugio durante aquella etapa de mi vida.
Coloqué también algunos libros en un par de lejas que colgaban de la pared, y cuando terminé de poner el último, escuché cómo Lili abría la puerta con su juego de llaves.
—Es que me parece inaudito, vamos… —rezongó justo en el momento en el que me encontraba con ella en el salón al salir de mi dormitorio.
Dejó su esterilla de yoga en el suelo con cierto desdén y recogió su pelo trenzado en un moño mal hecho.
—¿Qué ocurre? —pregunté algo preocupada. No la conocía demasiado, pues apenas llevaba una noche compartiendo apartamento, pero era la primera vez que no la veía pizpireta ni sonriente.
—¿Que qué ocurre? —respondió molesta—. No te lo vas a creer, Alba. He quedado con un tío y ha sido desastroso.
—¿Y eso? Pero ¿no ibas a clase de yoga?
—Sí, pero he quedado con él después. Siéntate.
Ansiosa por saber y olvidarme un poco de mis desdichado encuentro con Alejandro, me senté en el sofá, dispuesta a escuchar el relato de Lili.
La yogui suspiró dramáticamente y se dejó caer en el sofá.
—Me estás asustando —confesé.
—Ay, Alba, he tenido una cita para el olvido.
—Eso ya lo has dicho —le recordé poniendo morritos.
Lili negó con la cabeza.
—Resulta que ese tío es un fetichista de pies.
—¿Un qué?
—¡Nena, espabila! ¡Quería hacerme una sesión de chupada de dedos! Imagínate mi cara de asco —Fingió una arcada y me reí—. He salido de allí pitando, por supuesto.
Jamás me había pasado nada así, pero imaginaba que para alguien que no compartía ese tipo de prácticas sexuales, le podía dar mucho *cringe*.
Me vino a la cabeza Salmoncín, y maldije en mi interior por no haberlo traído conmigo.

Entonces me empecé a reír, no sabía bien si de lo que me había contado Lili o de mi desgraciada vida.
—¡Deja de reírte, perra mala! ¡Esto me desestabiliza los chakras, lo digo en serio!
—Bueno, te fuiste y ya está.
—¡Claro que me fui! ¿Tú has visto mis pies? —dijo poniéndo uno de sus pequeños piececitos envueltos en sandalias de cuerdas ante mis ojos—. Son feitos.
Me reí de nuevo y ella se unió a mi carcajada.
—No lo son, pero al menos tú no te has tirado un cuesco delante de un tío bueno.
—¿Cómo? ¿Qué me he perdido? ¿Héctor?
Negué con la cabeza.
—Alejandro, el vecino del ático. Un completo impertinente, por cierto —dije frunciendo el ceño, con los labios apretados.
Entonces Lili me miró y alzó repetidas veces sus cejitas.
—¿Qué?
—Alejandro es un pivón que lo flipas, un ser de luz que…
—¿Qué dices? Es lo más borde que he conocido en mi vida. ¡Y se ha reído de mi gas!
—Pero ¿cómo has llegado a esa situación?
Le conté mi encuentro con él, entre cajas y pedos y, por supuesto, enfatizando lo insoportable y engreído que me había parecido.
—No me puedo creer que te haya pasado eso —comentó ella poniéndose las manos en la boca para que no la viera reírse.
—¡La culpa ha sido tuya!
—¿Mía? —Se llevó una mano al pecho, indignada, pero sin perder aquella sonrisa que había vuelto a sus labios después de su cita cochinota.
—¿Por qué no tienes una galletita o algo más seguro para mi digestión? No había café y me bebí un vaso de leche de avena —le reproché en tono jocoso.
Ella rio a carcajadas y me dio un empujoncito juguetón.
—No me hagas responsable de tus gases. Anda, voy a preparar una cena para las dos que seguro que te anima.
—Como lleve frijoles… —murmuré sabiendo que Lili, por lo que había visto que tenía en la nevera y en la despensa, llevaba una alimentación vegana.
Lili rodó los ojos hacia arriba.
—Que no…
Animadas, ambas entramos en la cocina, y mientras ella se movía ágilmente entre la nevera y la encimera, comenzamos a hablar sobre los pasos que debía dar a partir de ahora.
Buscar un trabajo, intentar olvidar a Héctor, alejar la mala suerte y, al fin, volver a ser feliz.
No importaba el orden.
—¡Por cierto! Tengo algo para ti.
—¿Para mí? —pregunté sorprendida.
—Ajá. Así que vamos a empezar a caminar hacia todas esas direcciones. Lo primero: alejar la mala suerte. Lo demás no puede salir bien si no conseguimos primero eso —dijo Lili saliendo de la cocina para buscar algo en el salón.
Me pregunté qué sería, y no tardó ni dos minutos en aparecer de nuevo ante mí con algo envuelto en papel de estraza.
—¿Y esto?

—Ábrelo —me animó sonriendo.
Hice lo que me pedía y encontré una pulsera roja y un atrapasueños enorme y precioso.
Ahogué una exclamación.
—Pero, Lili…
—La pulsera roja es la pulsera de siete nudos, protege del mal de ojo. Muy importante.
—¿Crees que tengo? —pregunté, aunque visto lo visto, todo era posible.
—Por si acaso.
—¿Y esto? —Cogí el atrapasueños y lo levanté en el aire, admirando lo bonito que era.
—Son originarios de las culturas indígenas de América del Norte. Tienen la capacidad de filtrar los sueños, dejando entrar solamente los buenos, y atrapando las pesadillas en su red para que desaparezcan al amanecer. Las plumas representan los sueños bonitos y los abalorios actúan como amuletos para atraer la energía positiva.
Aquello me emocionó, y casi sentí mis ojos llenarse de lágrimas, pues había sido todo un detalle por parte de Lili hacerme ese regalo.
—No tenías por qué… Muchísimas gracias —murmuré acercándome a ella para abrazarla.
—Esto te ayudará, pero has de poner también de tu parte. ¿Sigues queriendo realizar los rituales matutinos conmigo?
—Claro.
—Necesitas una rutina que te ayude a poner nuevas metas.
—Tienes razón.
—Siguiente objetivo: encontrar un trabajo.
—¿Qué pasa con Héctor? Todavía tengo aquí la carta —dije sacándola del bolsillo trasero de mi pantalón.
Lili la observó unos instantes.
—Fluye, Alba. Esta carta puede no señalarle a él —me dijo Lili con cautela—, o sí. No lo sabemos.
Suspiré.
—Seguiré con la cena.
Lili, en efecto, siguió con los preparativos alimenticios, y mi cabeza volvió a llenarse de pensamientos que no paraban de girar en torno a mi exnovio.

12
Tejiendo lazos y delicias culinarias

Había transcurrido una semana desde que Lili me había regalado el atrapasueños, el cual coloqué arriba de mi cama. No sabía si había sido casualidad o no, pero no había vuelto a tener más pesadillas. Seguro que me sugestioné o algo así, o quizá no, y los espíritus de aquellas tribus del norte de América habían venido a protegerme.

Lo que sí sabía es que aquellos regalos habían traído consigo un sinfín de cambios en mi vida.

Mi exnovio parecía haberse esfumado por completo, dejándome en un silencio amargo.

Ni un mensaje, ni una llamada.

Nada.

Imaginaba que era su manera de decirme que habíamos llegado al final y en el fondo aquello me vendría bien para olvidarlo.

Durante esos días había sido fiel compañera de Lili en sus rituales matutinos. Estirar mi cuerpo con el yoga se había convertido en un nuevo hábito para mí, no sabía cómo no lo había probado antes. Debo confesar que, al principio, parecía más una contorsionista desgarbada que una experta en la materia. No obstante, poco a poco había ido encontrando mi equilibrio y casi creía que había mejorado mi flexibilidad, ¡aunque aún me costaba un mundo llegar a tocar mis dedos de los pies!

En cuanto a la alimentación, había decidido darle una vuelta de tuerca. Lili estaba convencida que para mi estado de ánimo era necesario ese cambio y, aunque no había llegado a su nivel de veganismo ni mucho menos, había incorporado a mi dieta más verduras, frutas y pescado.

Lili, con su paciencia infinita, me enseñaba nuevas recetas llenas de sabor y colores vibrantes.

¡Quién iba a decirme que podía disfrutar tanto de un plato de zanahorias asadas con especias exóticas!

Obviamente, también había dedicado tiempo a la búsqueda de empleo enviando currículums por Internet, aunque también había impreso algunos para dejarlos en las tiendas cercanas al edificio. No obstante, las respuestas todavía se hacían esperar, aunque yo mantenía la esperanza de encontrar una oportunidad que me permitiera crecer y desarrollarme profesionalmente.

De momento, iba tirando con la prestación de desempleo, aunque me daba cierta tranquilidad el colchoncito que tenía en el banco gracias a mi finiquito.

Sentía que poco a poco me estaba integrando más en el edificio. Incluso Doña Rosa, la encantadora anciana que conocí el primer día, me había invitado a tomar un café en su casa por la tarde. Como muestra de agradecimiento, había decidido sorprenderla con una lasaña de verduras casera, la receta de la cual, sin ser sorpresa para nadie, me la dio Lili.

—Pienso que el detalle le va a encantar —comentó ella mientras tenía las manos ocupadas en

cortar todas las verduras para preparar el plato.
—Es una forma de agradecimiento, se portó conmigo muy bien cuando llegué. Además, así puedo demostrarle al mundo que puedo cocinar algo más que fideos instantáneos.
—¡Pues claro! Sabes hacer más cosas de las que imaginas.
Sonreí ante aquellas palabras que me había dedicado mi compañera de piso.
—Espero que le agrade y esté buena. Cuando llegué me dio la bienvenida y me regaló una jirafa pequeñita. Aunque todavía no entiendo su devoción por esos animales, están por toda su casa.
Lili soltó una carcajada.
—A mí me regaló un llavero de jirafa también.
—¿Va en serio?
Lili asintió.
—Como te lo digo. Esto ya está.
—¿Sabes, Lili? Aunque en algunas cosas somos distintas, me alegra que hayamos encontrado un punto de conexión en este lugar —le confesé.
—Eso es lo bonito de la diversidad. Cada uno de nosotros es único y tenemos nuestras propias elecciones y perspectivas. Lo importante es respetarnos y encontrar la forma de vivir en armonía.
No pude estar más de acuerdo con lo que acababa de decir, por lo que sonreí.
Mientras preparábamos la lasaña, compartimos risas y anécdotas.
Me sentía agradecida por tener a esa chica pizpireta y locuela como amiga y guía en aquella nueva etapa de mi vida, y eso, tal y como llegué días atrás a aquel edificio, era mucho.
Cuando se hizo la hora pertinente para bajar al primero y tomar ese café con Doña Rosa, salí de mi apartamento con la fuente de lasaña en mis manos, lista para agradar a mi anciana vecina con mi creación culinaria.
Caminaba por el pasillo, intentando abrir mi sesión en el correo electrónico para ver si había obtenido respuesta a la inscripción de una oferta de empleo que encontré la noche anterior.
Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando de repente me choqué con alguien. La lasaña voló de mis manos y la vi estrellada directamente en el centro de una toalla blanca que solo cubría la cintura de…
Alejandro lanzó un grito parecido al de un gato en celo, o algo así.
Estupefacta, miré la escena con horror mientras él trataba de recuperarse del impacto.
—¡Dios! —blasfemó—. ¡¿Estás loca?!
Me mordí el labio, sintiéndome súper culpable. No me había caído nada bien cuando lo conocí, pero tampoco se merecía que una lasaña vegetal le abrasase los huevos.
—Lo siento, lo siento mucho —le dije intentando limpiar los restos de tomate y verdura que había prendidos de la toalla, sin darme apenas cuenta de que la zona que estaba tocando era toda su intimidad, y no precisamente en su mayor esplendor—. Iba completamente distraída y…
—Alba, ¿qué pasa? —Doña Rosa acababa de abrir la puerta, pero ninguno de los dos le hicimos caso.

Yo aparté las manos en cuanto Alejandro hizo un ademán para zafarse de mí.
—¿Distraída? Tía, me has abrasado la po… —Guardó silencio de inmediato en ese instante, y solo así pude darme cuenta de que su cuerpo fibroso y fuerte estaba mojado y lleno de gotitas de agua que reposaban delicadamente sobre su piel. Su cabello negro, puesto de cualquier manera y lleno de espuma. —Hola, Doña Rosa —dijo tras un carraspeo.

—Ya te he dicho que lo siento, para nada era mi intención que pasara esto —le dije avergonzada.
—¿Alejandro? ¿Qué se supone que haces? ¿Qué ha pasado aquí?
—Se lo explico enseguida…
—Ha sido culpa mía —dije entonces, siendo más rápida.
—¿Cómo? —Doña Rosa no entendía nada. Normal, no la culpaba, mi vida esos días era como una maldita simulación.
—Lo que ha pasado es que esta chica, primero se tira un cuesco en mi cara, y ahora me abrasa las pelotas, Doña Rosa.
—¿Perdona? —casi grité avergonzadísima—. Se me escapó y, además, era un pedito de princesa.
Alejandro me miró de soslayo.
—De princesa muerta, dirás.
—¡Idiota! Ojalá se te haya espachurrado la churra con la lasaña vegana de Doña Rosa —le dije.
—¡Chicos, chicos! —exclamó la anciana—. Parad. Alejandro, ¿qué se supone que haces medio desnudo en la escalera?
El vecino del ático suspiró y dijo:
—La caldera no va y venía a decírselo.
—¿A mí?
—¡Pues claro! Es usted la presidenta de la comunidad.
Doña Rosa se rio.
—Cómo se nota que te pasas las horas y los días en ese ático escribiendo sin parar. Yo ya no soy la presidenta. Es Clotildo.
—Oh, joder…
Sentí cómo la boca se me secaba y un dedo frío me recorría la espalda.
—Perdone, ¿quién?
—Esa boca, chavalote. Anda, ve a asearte —le dijo Doña Rosa a Alejandro—. ¿Todavía no le conoces, Alba? Clotildo es el presidente de la comunidad.
Tragué saliva. Fijo debía ser familia de la hija de puta de Cloti, ese nombre no era ni medio normal, algún parentesco debían tener. Si no, no me lo explicaba.
Esperaba que, al menos, no fuera como ella y se tratara de alguien bueno, porque bastante desgracia tenía con aquel nombre.
—Pues qué nombre tiene…
—¿Con agua fría? —se quejó Alejandro, volviendo a la conversación.
—Estamos en junio, no creo que te pase nada —le dije con desdén, olvidándome de la bruja de mi anterior empleo. Después crucé los brazos, preguntándome dónde había ido a parar la fuente de la lasaña. Suerte que no se había roto.
—Me caes… —me miró de arriba abajo antes de marcharse— fatal.
—Pues lo mismo digo. —Le saqué la lengua, aunque no pude evitar mirar ese perfecto trasero que se le marcaba bajo la toalla cuando se marchó de mi vista.
Solo cuando se deslizó escaleras arriba, pude centrarme en la mirada de Doña Rosa.
—Guapo, ¿eh?
—Pero ¿qué dice?
Ella simplemente se limitó a sonreír de una manera tan enigmática que me puso los pelos de punta.
Después de limpiar el estropicio del rellano y durante aquel café, descubrí que mi irritante vecino

del ático era escritor, y que aquel edificio estaba lleno de gente muy interesante.
A saber, Doña Rosa compartía rellano con Don José, un simpático anciano que tenía un pequeño huerto en el balcón y era apasionado de las plantas, por eso también era el responsable de todas las que había a modo decorativo en la entrada al edificio. Aquella primera planta también era compartida con Laura, una universitaria obsesionada por la ecología y la sostenibilidad, que organizaba constantemente actividades para concienciar sobre el reciclaje, el ahorro de energía y la protección del medio ambiente.
En el segundo, el famoso Clotildo, un prejubilado con habilidades para la reparación, e Isabel, una mujer de mediana edad enérgica y dicharachera a la que le gustaba mucho la danza. A menudo organizaba bailes de salón en la sala comunitaria del edificio y animaba a los vecinos a unirse.
Después estaban Marta y Juan, que vivían en el tercero, frente a mi nuevo apartamento. Eran una pareja de artistas callejeros que se dedicaban a la música. Marta tocaba el violín y Juan la guitarra. Comprendí entonces que eran ellos a quien había escuchado ensayar el poco tiempo que llevaba allí.
Por último, Alejandro, el escritor misterioso e insoportable que vivía en el ático.
Quien yo creía que sería mi máxima tortura, aunque el Universo tuviera unos planes distintos para ambos.

13
Rituales, amores y consejos cósmicos

Quedar con Sonia siempre era diversión asegurada. Un día de aquellos fuimos a un barecito que nos gustaba bastante a tomar unas cervezas antes de picar cualquier cosita en ese mismo lugar.

Mientras saboreábamos nuestras bebidas, decidí abrir mi corazón y hablarle sobre mi persistente pensamiento en cuanto a Héctor.

Soni, siempre comprensiva, asintió y, al igual que Inés en aquella llamada, me ofreció su apoyo incondicional.

En medio de la conversación no pude evitar reírme un poco de mí misma, porque ya no me quedaba otra opción ni tampoco lágrimas para seguir llorando.

Supongo que el paso del tiempo estaba causando su efecto curativo.

—¿De qué te ríes? —me preguntó mi amiga.

—Es que —sonreí, resignada—, entre mi desgracia con Héctor y los encuentros incómodos que tengo con Alejandro, siento que voy a estar maldita para siempre.

Sonia, por supuesto, se interesó de inmediato por Alejandro y me pidió más detalles de mi vecino del ático, así que ambas nos carcajeamos cuando le conté de forma divertida el incidente de aquel gas traicionero que decidió salir de mi culito de princesa el primer día que lo vi, así como el desafortunado episodio de la lasaña en su…

Bueno, ya sabes dónde.

Sonia, sin apenas poder hablar por las carcajadas, exclamó:

—¡Albita, eres un caso! Eso sí que es romper el hielo de una manera peculiar y lo demás son tonterías. Desde luego, tienes un don.

—Sí, el don de hacer el ridículo.

Sonia sonrió y bebió un trago de su cerveza.

Fue entonces cuando empecé a hablarle de los demás vecinos del edificio.

—Vaya, todos suenan interesantes y divertidos. Me encantaría vivir en ese edificio.

Sonreí de manera irónica ante sus palabras. Después dije:

—Ten cuidado con lo que deseas, amiga. Te aseguro que si tuvieras que mudarte allí después de una ruptura como la que he tenido yo, no te gustaría tanto la idea.

—Pues los vecinos parecen encantadores. —Soni se encogió de hombros.

—Y lo son —reconocí.

—Pero tú, aún así, sigues pensando en Héctor —añadió.

Suspiré y asentí con la cabeza.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Sonia de pronto—. Venga, vamos. Estas cañas las he pagado cuando he ido a pedirlas a la barra.

Abrí los ojos por lo repentino de la situación.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Y qué pretendes hacer ahora? —pregunté totalmente

desconcertada.

—Vamos a hablar con Madame Celeste —dijo súper segura.

—¿Perdón? ¡No!

—¿Tú quieres olvidar a Héctor o no?

—Sí, pero…

Sí, pero no quiero matarme en el intento porque me atropelle un coche al seguir moviendo el ritmo de los astros o… lo que sea, pensé.

—Pues camina y calla —me dijo cogiéndome de manera cariñosa pero enérgica del brazo.

—Pero, Soni…

—¿Qué?

—¿Y la cena?

—Ahora nos pillamos un McDonalds.

*

No tardamos en encontrarnos de nuevo en aquella encantadora callejuela del centro de la ciudad.

Las luces de las farolas hacía rato que habían comenzado a encenderse, creando una atmósfera cálida y acogedora, muy típica de los días de verano en Madrid.

Empujamos la puerta del local de la vidente y entramos en la sala de espera.

Otra vez aquel aroma a incienso y esa energía mágica envolviendo el aire.

Madame Celeste, vestida con una túnica de seda con estampados de colores, no tardó en estar con nosotras, recibiéndonos con la enigmática sonrisa que la caracterizaba.

Debía reconocer que, de algún modo, aquella mirada penetrante y esas manos adornadas con anillos mágicos, me inspiraban algo más de confianza que la primera vez.

Me parecía que destilaba energía y sabiduría, y ambas cosas impregnaban aquella habitación.

Fue entonces cuando Sonia, hablando en mi nombre, porque yo me quedaba medio lela en aquel sitio, expuso las inquietudes y los deseos que nos habían llevado hasta allí.

—Así que —concluyó Sonia—, ¿puede recomendarnos algún ritual o incluso un amarre de esos para que Héctor se vaya de la cabeza de mi amiga?

Madame Celeste, que había escuchado a Sonia pacientemente, nos miró con seriedad.

Tragué saliva. Es que daba miedito, *coñi*. En ese momento, ni confianza ni nada.

—Comprendo vuestra angustia, pero debéis tener cuidado con los amarres. Las cosas del amor no pueden forzarse. El libre albedrío y la voluntad de la otra persona son fundamentales en cualquier relación. Los amarres pueden traer consecuencias no deseadas y manipular el destino de forma negativa —dijo. Su voz era suave, pero también destilaba firmeza.

¿Más negativo? ¿Eso es posible?, pensé.

Nos quedamos en silencio, absorbidas por sus palabras y sin saber qué contestar. Estaba claro que para nada nos esperábamos aquella respuesta.

—Sin embargo, Alba, puedo ofrecerte un ritual que te ayudará a atraer el amor verdadero. No será específicamente para Héctor, y puede que todavía sigas pensando en él durante algún tiempo. Es para atraer a la persona adecuada para ti, alguien que te ame y te valore como mereces. Este ritual no involucra nombres ni influencias directas sobre alguien en particular, sino que se enfoca en fortalecer tu propia energía amorosa y atraer la vibración adecuada.

La miré con curiosidad y esperanza, dispuesta a seguir cualquier consejo.

¿Eso significaba que no estaba todo perdido?

Quiźa sí había alguien ahí fuera dispuesto a estar conmigo en lo bueno y en lo malo.

Alguien que no airease mi privacidad como había hecho Héctor.

¿Quién podía ser?

Madame Celeste me miró a los ojos y me dijo:

—Alba, el primer paso para atraer el amor verdadero es amarte a ti misma. Ábrete a nuevas experiencias, cultiva tu amor propio y date el valor que mereces. Nunca acabamos de conocernos a nosotros mismos, ahora es el momento de seguir indagando en tu interior. Aprende a reconocer tus propias cualidades y no te conformes con menos de lo que mereces. El amor llegará cuando estés lista.

Aquellas palabras resonaron en mi interior y sentí una mezcla de esperanza y determinación.

Algo comenzaría a cambiar dentro de mí desde ese momento, solo que yo todavía no lo sabía.

—Esto es importante —añadió Madame Celeste—, que no se te olvide.

—¿Qué es?

—Ese chico al que tanto esperas, aparecerá siempre que necesites ayuda.

Aquella última frase me dejó un poco perdida, no obstante, agradecimos a Madame Celeste por sus palabras y nos marchamos.

Pero yo no quería ningún chico, yo solo quería que el recuerdo de Héctor y de cómo se jodió todo dejase en paz mi cabeza y, en vez de seguir perturbándome, desapareciese para poder estar tranquila.

—Así que…

—¿Sí? —preguntó Sonia enhebrando su brazo con el mío al tiempo que caminábamos sin un rumbo fijo tras la visita a la pitonisa.

—Ha querido decir que lo que tengo que hacer es fluir y no preocuparme tanto.

—Exactamente. Debéis fluir tú y tu chirla, que a este paso le van a salir telarañas de lo poco que la usas.

—Ay, calla… —le dije azorada, porque no pude evitar que la imagen de Alejandro todo mojadito viniera a mi cabeza.

—¿Un McDonalds?

—Por favor y gracias.

14
Entre ascensores y deseo sexual no resuelto

Durante los siguientes días, Lili se convirtió en mi compañera de travesuras, animándome a desconectar y dejarme llevar sin pensar demasiado, pareciendo estar completamente de acuerdo con el consejo que me había dado Madame Celeste.

Juntas, nos sumergimos en una serie de actividades para olvidar nuestras preocupaciones cotidianas.

Una tarde, nos aventuramos en un taller de pintura al aire libre. Con los pinceles en mano y rodeadas de la belleza que nos ofrecía el parque de El Retiro, intentamos plasmar en lienzos nuestros pensamientos y emociones. Aunque mis trazos resultaron más abstractos que figurativos, no pude evitar reírme a carcajadas junto a Lili mientras disfrutábamos del momento.

En otra ocasión, nos adentramos en un curso de cocina étnica. Entre especias exóticas y risas contagiosas, descubrimos nuevos sabores y técnicas culinarias, algo que reconozco que me hacía falta adquirir, que nos transportaron a tierras lejanas. A pesar de algunos desastres en los que me vi envuelta en aquella actividad, disfruté del proceso creativo y, por supuesto, del resultado final.

Otro de aquellos momentos en los que me esforzaba por fluir y despejar la mente, llegó cuando sonó el timbre de la puerta.

Al abrir, nos encontramos con Laura, la vecina preocupada por el medio ambiente. Sosteniendo un fajo de folletos, sonrió cuando estuvimos cara a cara.

—¡Hola, chicas! Hemos organizado una actividad de recogida de residuos y limpieza en algunas áreas más concurridas del Retiro. Pretendemos concienciar sobre la importancia de cuidar el medio ambiente y mantener los espacios públicos limpios. ¿Os apetece venir?

Lili y yo nos miramos y ambas dijimos que sí con la cabeza.

—¡Claro, cuenta con nosotras! —exclamé—. Por cierto, soy Alba.

—Encantada, me llamo Laura. Pues tomad —nos tendió un folleto—, ahí pone toda la info de la actividad.

—¿Te parece que después tomamos un par de copas en algún pub del centro? —le propuso Lili.

—¡Claro! Luego nos vemos. Adiós, chicas.

Laura se marchó y ambas nos despedimos al unísono.

—Cuando fluyes, el Universo te ayuda. Qué planazo —dijo Lili poniendo su mano en alto para que la chocara con la mía.

Pasé el resto del tiempo enviando currículums en respuesta a las alertas de empleo que habían llegado a mi móvil.

Con el propósito de dejar todas las oportunidades abiertas, me sumergí en la tarea con determinación.

—¿Todavía estás así? —preguntó entonces Lili, apoyada en el marco de la puerta de mi

habitación. Ya estaba duchada y vestida para la ocasión, y yo todavía seguía tirada en la cama pendiente de aquella tarea.

Había perdido completamente la noción del tiempo.

—Dios, es tardísimo —me disculpé.

—¿Me adelanto?

—Sí, no te preocupes. Me arreglo y os alcanzo.

Lili sonrió, dio un golpecito con la mano en el marco de la puerta a modo de despedida y se marchó haciendo ondear sus trenzas de colores.

Fui tan rápido como pude, y después de ducharme y ponerme algo acorde con lo que íbamos a hacer, salí de casa y eché la llave.

Distraída, pues todavía iba pensando en todas las posibilidades laborales que tenía sobre la mesa al enviar aquellos currículums, entré en el ascensor.

Fui tan cabeza hueca, que olvidé por completo que Alejandro me había advertido sobre su estado averiado cuando nos conocimos.

Pulsé los botones tras cerrar las puertas, formadas por una verja negra y una puerta sobrepuesta.

Pero aquel cacharro maldito, en lugar de descender hacia la planta baja, empezó a subir sin control hasta llegar al ático, donde se detuvo de manera brusca.

—No puede ser —dije malhumorada.

Me vi atrapada y los nervios se apoderaron de mí.

¿Y ahora qué?, pensé desesperada.

Muerta de los nervios, presioné frenéticamente todos los botones, pero el ascensor permaneció inerte, igual que mi autocontrol.

—¿Que fluya? ¿Que fluya? ¿Cómo se supone que debo fluir ahora? —pregunté a la nada.

Una sensación de claustrofobia se apoderó de mí, y en medio del agobio, comencé a gritar.

—¡Ayuda! ¡Socorro! ¿Hay alguien ahí? ¡Doña Rosa!

Intenté controlar la respiración.

—Oh, Dios, voy a morir asfixiada y Alejandro tendrá razón y seré una princesa muerta —me lamenté en un sollozo lastimero.

Justo en ese momento, desde el hueco superior del ascensor, apareció mi insoportable vecino.

Su mirada destilaba burla y preocupación al tiempo.

—¿Otra vez metida en líos, vecinita? —dijo con una sonrisa ladina.

Zorro, pensé.

—¿Me ves con cara de cachondeo? ¡Estoy atrapada, estúpido! —respondí tratando de ocultar una angustia que no hacía más que crecer.

Sin embargo, en lugar de ayudarme de inmediato, Alejandro pareció disfrutar de la situación y mi estado de desesperación.

Esa actitud desafiante y ese comentario sarcástico aumentaron la tensión que parecía flotar a nuestro alrededor.

No pude evitar sentir una mezcla de frustración y atracción.

—Siempre envuelta en problemas… —suspiró, regodeándose—. ¿Qué harás ahora?

La forma en la que me miró me hizo sentir vulnerable.

Enfrentándome a su mirada desafiante, mi voz se volvió más firme:

—No tienes ni idea de lo que puedo hacer, idiota. Estoy más que preparada para lo que sea.

—Ah, ¿sí?

—Eso he dicho —contesté sosteniéndole la mirada.

—Entonces no creo que te importe que me marche —dijo.

—¿Vas a dejarme aquí? ¡Que no puedo salir!

—Has dicho que tú solita podías con todo —dijo sonriendo.

—Alejandro, no me jodas —le imploré.

Mi vecino resopló y, de un salto enérgico, se coló por el hueco de la escalera y se posicionó a mi lado.

—¿Qué haces? Ahora estamos atrapados los dos —le recriminé—. ¿No puedes hacer nada bien?

—La experta en hacer las cosas al contrario del mundo, eres tú —dijo presionando los botones de forma alterna y sin sentido.

Aquella respuesta me irritó todavía más, pero no pude evitar fijarme en aquellos brazos fuertes y morenos.

Socarrón, Alejandro emanaba un aura de misterio y magnetismo que no me dejaba indiferente.

¿Qué otra cosa podía hacer ahí dentro que no fuera fijarme en él?

Distraer mi mente para no cogerle la cabeza y…

—¿Puedes parar de tocar botones y hacer algo? —pregunté irritada.

—Tranquila, damisela en apuros —se burló de mí.

El ascensor se tambaleó y el movimiento me hizo chocar contra su cuerpo.

Dios mío, no me hagas esto. No me hagas darme cuenta de lo bueno que está, que me cae muy mal, pensé cuando me agarré a sus brazos para no caer al suelo.

El elevador nos dejó en la planta baja, por fin, y Alejandro logró abrir las puertas tras deshacerse de mi abrazo de manera suave.

¿Es que tenía que resolver todos mis malditos problemas como un ángel salvador?

Salí del ascensor y me liberé de aquella tensión sofocante que me hacía sentir cómo ardía mi piel por aquel contacto.

—Gracias por tu ayuda y… eso —dije justo en el momento en el que salía del edificio y me deshacía del contacto de sus ojos.

—De nada, princesa muerta —le escuché contestar desde la portería.

Lo había dicho con amabilidad a pesar de todo, aun así, esa pizca de sarcasmo y complicidad en su voz hizo que mi estómago se llenara de cosquilleos.

Me dije a mí misma que aquello era fluir demasiado, que todavía debía curarme de Héctor, y me prometí que no dejaría que se colara en mi cabeza e interfiriera en la misión de cuidar de mí misma. Pero en lo más profundo de mi ser, sabía que Alejandro había despertado algo dentro de mí que no podía ignorar.

15
Unfollow en el Tres Lunas

Quizá, si hubiera dejado de mentirme, si hubiera dejado de tener pajaritos en la cabeza, las cosas me hubieran ido mejor.

Pero imagino que en ese momento de mi vida, todavía me negaba a soltar a Héctor y así poder aceptar que Alejandro, por muy mal que me cayera, tenía algo que me atraía de algún modo.

Salí de la portería de mi edificio bastante más turbada de lo que me hubiera gustado, pero pensé que me resultaba agotador seguir negando cada evidencia que pasaba en mi vida.

Bien, que Héctor pasase de mi culo como de comer mierda pero que no saliera de mi cabeza, o bien que caer en los brazos de Alejandro dentro de aquel ascensor me hubiera puesto como una moto.

Y yo que me creía un ser inerte incapaz de sentir ni un poquito de cosquillas en mi bajo vientre desde que Héctor y yo habíamos roto…

Pues no.

Tenía que venir el escritor de pacotilla a despertar a mi chirla durmiente.

A mitad de la actividad, llegué corriendo al Retiro como alma que lleva al Diablo.

Estuvimos recogiendo residuos y basura hasta la hora de cenar más o menos y, por supuesto, aguanté las burlas de Laura y Lili sobre lo que acababa de suceder con Alejandro durante todo el rato.

Es que no podían mantener la boquita cerrada, convencidísimas de que si hubiéramos estado más rato encerrados, ese pico pala que llevábamos para sacarnos de nuestras casillas desde que nos habíamos conocido, se hubiera convertido en otra cosa.

No podían estar más equivocadas.

Que Alejandro estaba buenísimo era cierto, pero a mí no me gustaba y punto.

Ni su cabello oscuro y despeinado.

Ni sus ojos penetrantes.

Ni su sonrisa irresistible de paletas separadas que daban originalidad a su cara.

No pasaba desapercibido en absoluto.

Su estilo bohemio se reflejaba en su ropa desenfadada pero elegante al mismo tiempo, siempre llevando una mezcla de colores y texturas.

Pero no, para nada tenía ningún tipo de interés en él.

Apenas, querida, susurró mi subconsciente al oído.

Le grité mentalmente que se callara, eso no podía ser.

Era el ser más irritable del planeta Tierra, y estaba segura de que no era para mí.

Aunque, lo que yo no sabía era que debía trabajar un poquito mi intuición, porque la tenía bastante desentrenada.

Cuando la actividad para el medio ambiente finalizó, decidimos picar algo en un restaurante vegetariano para cenar y después terminamos en el pub Tres Lunas.

Aquel lugar era una pasada, a pesar de que no lo había frecuentado demasiado.

Todo el mundo conocía aquella discoteca en Madrid.

Ponían la última música del momento y las luces de neón de colores que había por todo el interior bailaban sobre nuestras ropas.

Allí iba gente de todo tipo y el ambiente siempre era espectacular.

Las chicas que trabajaban de relaciones públicas nos decoraron la cara con perlitas de colores y ajustaron una pulsera de tela de color morado en nuestras muñecas.

El Tres Lunas hacía ya tiempo que cobraba entrada por pasar allí la noche.

Además, vigilaban bastante el tema de las drogas y las peleas en el lugar, por lo que se convertía en un establecimiento muy seguro para pasar una noche increíble.

No pude evitar que viniera a mi cabeza mi amiga Maca, que adoraba aquel sitio y que me había llevado con ella alguna vez.

Conocí a Maca porque cuando montó su propio bufete de abogados, me pidió que le llevara todo el tema del marketing y la publicidad.

Lo cierto es que a la hora de estar buscando empleo, ni siquiera había caído en preguntarle.

Me prometí a mí misma escribirle al día siguiente, quizá pudiera ayudarme.

Maca era una tía encantadora, y le tenía mucho cariño.

Sonreí al verme junto a la barra, y pedí tres chupitos de tequila para mis amigas y para mí, porque estaba segura de que es lo que ella hubiera hecho.

—¡Hoy lo damos todo! —chilló Lili levantando su vaso de chupito.

—¡Por nosotras! —la siguió Laura.

Negué con la cabeza.

—Por el dichoso vecino del ático —dije yo entonces, guiñándoles un ojo.

—¿Ves como no puedes quitártelo de la cabeza? —me dijo Lili de manera condescendiente, con los ojos entornados.

Sus trencitas de arcoiris se movían de un lado a otro, acompañando el balanceo de su cuerpo al bailar.

—Normal, lo tengo hasta en la sopa —me quejé poniendo los ojos en blanco.

—Es tan guapo… y le da un aire tan misterioso eso de escribir —dijo Laura—. Lo que no me gusta demasiado es que siga publicando libros en papel. ¿Sabéis cuántos árboles se talan para imprimir un libro?

Lili y yo nos miramos y sonreímos.

—¡Ay! —exclamó entonces Laura—. ¡Me encanta esta canción! ¡Vamos a bailar!

Unfollow de Duki, Justin Quiles y Bizarrap comenzó a sonar.

Cuando estuvimos en el medio de la pista, mi teléfono vibró.

Lo saqué del pequeño bolsito y miré la notificación de Instagram que emergía en la pantalla.

Todavía no había desactivado las notificaciones de la cuenta de Instagram de Héctor, para que me llegaran avisos cada vez que subía una storie o un post.

Lo sé, así de patética era.

En medio de la pista, cliqué en aquel circulito con el borde de colores que me avisaba de que había stories nuevas en su cuenta.

No negaré que mi estómago daba un pequeño vuelco cada vez que me llegaba aquella notificación.

Y ahora tú te vas, así como si nada, diciéndome que es para siempre.
Pero no me vas a ver mal, pienso explotar.
Un par de botellas pa' mi buena suerte.

En la imagen se podía ver perfectamente cómo Héctor se lo pasaba en grande en medio de la pista de un pub.

Tragué saliva.

Sin pensarlo dos veces, y más por instinto que por otra cosa, entré en la aplicación de mensajería instantánea y comprobé que estaba en línea.

Qué poquito te ha durado ese "te querré siempre", escribí, aunque no lo mandé.

Volví a entrar en Instagram para ver las demás stories.

Una chica se le acercaba cariñosamente, aunque no se besaban ni nada parecido.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo el latido enloquecido de mi corazón.

Qué hijo de puta. ¿También se iban a grabar haciendo cochinadas?

Las penas del pasado me hicieron más fuerte, sabía que te ibas, lo dijo un vidente.

Tragué saliva y volví a aquel mensaje instantáneo que había escrito pero no mandado.

Lo borré y escribí:

Deja de luccrarte con mi mejillón y borra el vídeo. Adiós, Héctor.

Respiré hondo, aquel mensaje sí lo mandé.

La canción siguió su curso, pareciendo haber sido escrita para aquel momento.

Escribí una carta que quiero leerte.
Muy atentamente: ya no quiero verte.

—Alba, ¿qué ocurre? —preguntó Lili chillando en mi oído para que pudiera escucharla por encima del volumen de la música.

Le enseñé lo que Héctor había publicado y después le dije que le había dicho adiós para siempre, de ninguna manera iba a dejar que leyera lo del vídeo.

Lili me miró unos segundos y después me abrazó.

—Eres fuerte, tía.

Asentí con la cabeza, aguantando las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos en ese momento.

No sabía decir si eran de tristeza o de liberación.

—Solo queda hacer una cosa… —dijo mi amiga.

—¿El qué?

Lili me quitó suavemente el móvil de las manos y dejó de seguir a Héctor en todas las aplicaciones en las que tenía cuenta.

—Termina —me pidió, con el whatsapp abierto, esperando a que diera el último paso de bloquearlo.

Lo hice.

Con manos temblorosas, pero lo hice.

Sonreí.

—*Unfollow, del insta, del tiktok, del twitter, vete pa'l carajo* —cantó Lili mirándome y sonriendo mientras movía la cadera.

—*Unfollow, del insta, del tiktok, del twitter, vete pa'l carajo* —repetí yo al ritmo de la canción.

Y qué bien sentaba deshacerte del lastre de la lástima, de intentar lo que ya no tenía lugar, de fluir con lo que sentía en aquel momento, que era ni más ni menos la necesidad de dejar ir a Héctor para siempre.

¿Hay algo de malo en dejar marchar a alguien que te la ha jugado de esa manera?

16
Canutillos y mariposas en el portal

—Y encima no reciclaba —dijo Laura con las zapatillas en la mano, pues le habían rozado el talón—. Has hecho muy bien en quitarlo de tu vida.

Lili y yo nos reímos mientras caminábamos animadamente hacia nuestro edificio.

Debo reconocer que había sido una de las mejores noches de mi vida.

Habíamos saltado, bailado y gritado tanto que hasta la voz se me había quedado ronca.

Y me dolían los pies.

Eso siempre era la señal exacta de que había sido una gran noche.

Y me sentía libre.

Libre y fuerte.

Cuando llegamos al portal, Alejandro estaba sentado en el borde del escalón de la portería.

Fumaba lo que parecía un cigarrillo liado a mano, no obstante, el olor del humo que emanaba no me olía del todo a tabaco.

—¿Álex? ¿Qué haces? —le preguntó Lili cuando nos acercamos a él.

Mi vecino del ático sonrió y dejó al descubierto sus paletas separadas, enmarcadas por aquellos labios gruesos y, en esos momentos, muy apetecibles.

Hice una mueca al pensar aquello. ¿Podía parar mi cabeza de una vez?

¡Joder!

Entre uno y otro iba a volverme loca.

—Inspirarme —dijo levantando el canutillo que sujetaba entre sus dedos.

—¿Cbd?

—Eso es. Me he quedado sin musas, parecer ser…

—Vaya.

—Y cuando eso pasa, recurro a esto para relajarme.

Lili me miró.

—Tranquila, lo venden en tiendas específicas, es totalmente legal. Es terapéutico y relajante —me explicó mi compañera de piso.

—¿Se escandaliza la princesa pedorra? —preguntó tirando el humo por la boca.

—Tengamos la fiesta en paz, he tenido una noche increíble, para tu información —le dije al tiempo que caminábamos para subir por las escaleras.

—Genial, así dejará de parecer siempre que llevas un palo de escoba metido en el…

—Nosotras subimos, Alba —dijo Laura guiñándome un ojo.

—No, yo también.

—Buenas noches, compi —dijo Lili pasando de mí.

—Pero…

—Anda, quédate un rato. A lo mejor me das un poco de inspiración —dijo Alejandro.

—¿Yo? —lo miré escéptica.

—Claro. Siempre puedo escribir la historia de una pobre chica a la que la mala suerte la persigue. Rompe con su novio, pierde el trabajo…

Arrugué tanto el ceño que ni con todo el ácido hialurónico del mundo podrían borrar la arruga.

¿Qué mierda estaba diciendo?

—¿Qué dices? ¿Cómo sabes tú eso?

—Aquí somos una gran familia, ¿sabes?

Me senté a su lado, sobre el bordillo, dispuesta a llegar hasta el fin de aquel asunto.

—¿Qué tiene eso que ver? —le pregunté—. ¿Me espías o qué?

Alejandro soltó una pequeña carcajada y me miró.

—No tengo el mínimo interés en ti —dijo con un poco de bordería.

—Ni yo en ti, no te fastidia. —Me crucé de brazos.

Sus ojos pasearon desde los míos hasta mis pies.

—Dime, ¿cómo sabes eso?

Suspiró.

—Me lo contó Doña Rosa.

—¿Qué? —pregunté atónita. ¡Sería metiche la señora!

—No es lo que piensas. Yo le pregunté…

—Creía que no tenías ningún interés en mí.

—Soy escritor, no puedo evitar fijarme en todo. Y me dio curiosidad que siempre estuvieras de mal humor y…

—¿Y?

—Y que no te hubiera visto sonreír de verdad en todas las veces que nos hemos cruzado.

Hice una mueca.

Tenía razón, muy a mi pesar.

—Bueno, tampoco han sido demasiado agradables las veces que nos hemos visto.

—Para mí, no. Pregúntale a mis hue…

—Ahórrate los detalles —le corté haciendo un ademán con la mano.

En serio, no me apetecía en absoluto saber cómo tenía Alejandro sus partes íntimas gracias a mi ardiente lasaña.

O quizá sí.

Se rio y me pasó el canutillo.

—No, gracias, no fumo.

—Yo tampoco. Pero esto me sienta bien. Me pongo nervioso cuando no me sale nada.

—¿Y te pasa mucho? —pregunté interesada.

Álex negó con la cabeza.

—No. Pero no sé qué ha pasado, llegaste tú y…

—¿Que no te salga ni una palabra también es culpa mía? —le pregunté totalmente escandalizada. Pero ¿de qué iba ese ser? — ¡Esto ya es el colmo, vamos!

Me puse de pie y él me imitó.

—Alba…

—No sé de qué vas, la verdad.

—No quería ofenderte. Solo estaba de broma…

—¿De broma? ¿Qué culpa tengo yo de que te hayas quedado sin musas, cretino?

—Pero…

—Buenas noches, estúpido. Ojalá te haya contagiado mi mala suerte y no vuelvas a escribir más —le dije.

No lo dije en serio, por supuesto, pero ese tío me ponía furiosa.

No obstante, ¿podía parar de sentir esos nervios estando a su lado y dejar de decir tonterías?

—Joder, qué mala eres…

—¿Mala? ¿Yo?

—Eso he dicho. —Se cruzó de brazos.

—He aguantado que me echen del trabajo después de que me pasaran cosas de las que yo no tenía la culpa, he aguantado una ruptura de mierda. Y estoy aguantando tener en el ático a un idiota como tú. ¿Y encima la mala soy yo?

—Yo… no…

—¡Puto Cosmos! —exclamé subiendo las escaleras.

Alejandro me siguió.

—Pero… ¡Alba!

—¡¿Qué?!

—Cuidado con los gases, el alcohol suelta la tripa. —Me guiñó un ojo.

—¡Que te den! —le espeté llena de rabia.

Maldito era.

Maldita su cara.

Esa boca.

Sus manos imperfectas, creadoras de historias.

Maldito todo él, que me hacía sentir cosas en el estómago desde que lo había visto.

Y maldito Destino, que no paraba de cruzarlo en mi camino.

17
Un ático bohemio y una confesión

Volví a mirar el móvil en lo que Doña Rosa traía un par de vasos de limonada, junto a unas galletas.

No había dormido demasiado a pesar de haber trasnochado, y sentía un dolor de cabeza que haría que me explotase en cualquier momento.

Tenía muchas cosas en la mente, y había aprovechado mi insomnio para mandarle un mensaje a mi amiga Macarena, por si se enteraba de alguna cosa que pudiera apañarme, laboralmente hablando.

Se había alegrado un montón de que le escribiese, pues llevábamos exactamente desde que Héctor había salido de mi vida sin hablar demasiado. Me dijo que estaba muy contenta de notarme más animada y que la dejara hacer un par de consultas y me informaría.

Estaba casi segura de que eso significaba que había algo para mí, Maca siempre tenía un as bajo la manga.

Y cuando digo siempre, es siempre.

Pero todavía no me había dicho nada, y estaba poniéndome muy nerviosa.

—¿Nada? —preguntó Doña Rosa cuando volvió con la limonada.

Era totalmente casera, pues la hacía ella, y lo cierto es que con hielo y bien fresquita, estaba riquísima.

Negué con la cabeza.

—Ni se le ocurra decirle nada a Alejandro —le dije con resquemor.

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho, la muy falsa.

—¡Él sabe toda mi historia! —exclamé—. Además, me dijo que se lo había dicho usted.

Doña Rosa sonrió de una forma un poco extraña.

—¿Qué pasa?

—Me preguntó él.

Parpadeé varias veces.

—¿Y?

—Pues eso —dijo con picardía.

Rodé los ojos hacia arriba.

—Alejandro no tiene ningún interés en mí, me lo dijo anoche.

—Sí, claro… Ni tú tampoco en él, ¿verdad?

—¡Claro que no! Es… insoportable, insufrible, in…

—Inteligente, culto, sensible…

—¿Qué dice?

—Que no le conoces, Albita. Alejandro es… especial.

—Especial —repetí casi con repelús.

—Ajá.

—Especialmente maleducado.

—Especialmente majo, señorita. Que te ha sacado de más de un apuro, y anoche te pasaste tres pueblos con él. Os escuché.

—¡Y él conmigo! —exclamé enfadada.

—Le dijiste que ojalá no volviera a escribir. Y es su trabajo.

—Era… No lo dije en serio.

—No escribe desde que llegaste —me informó.

—Creía que lo dijo para meterse conmigo y echarme la culpa.

—¿De veras crees que no tiene interés en ti?

—Pues claro. No nos aguantamos.

Doña Rosa se rio, y además lo hizo con ganas.

—Es usted igual que él… —le dije enfurruñada.

—Vamos a hacer una cosa —dijo entonces.

—¿Vamos?

—Ajá. Voy a preparar una cafeterita y le vas a subir una taza.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque has de pedirle disculpas y lo sabes.

—Pero ¿usted de qué parte está? —le dije indignada y celosa a partes iguales.

Se notaba que Doña Rosa le tenía un cariño especial a Alejandro.

Bueno, todos en aquella comunidad parecían tenerle un cariño especial.

Todos.

Menos yo.

Lo que te pasa es que no quieres admitir cuánto te atrae, me dijo mi subconsciente al oído como si fuera un suave ronroneo.

—De ninguno, porque no sois rivales, Alba.

—¿No?

¿No? ¿De verdad? Pues habíamos empezado muy mal, y lo cierto es que ni siquiera sabía por qué.

Ah, sí, porque me llamó pedorra.

—Pues claro que no. Hazme caso, sube y arreglad las cosas.

Suspiré, resignada.

Quizá me había pasado con él.

—Está bien.

Doña Rosa sonrió y comenzó a preparar la cafetera.

—Así te olvidas un poco de ese exnovio tuyo —me dijo.

—Puede estar tranquila con eso, ayer le dejé de seguir en todos los dos.

—¿Cómo?

—En las redes sociales.

—¿Internet?

—Eso —asentí con la cabeza—. Y bloqueé su número para que no pueda hablarme, aunque dudo que lo haga en un futuro.

—Pues eso está fenomenal. No sabe lo que se pierde al dejar pasar a una chica como tú.

—Imagino…

El olor a café llegó a mis fosas nasales.

Doña Rosa no tardó en servir un par de tazas para Alejandro y para mí.

—Anda, ve y haz las paces con él. Y esta vez no se lo tires encima.

Apretando los morritos por tener que ir hasta él con el rabo entre las piernas, cogí las dos tazas y me aventuré hasta el ático.

Piqué al timbre con el codo, pues ambas manos las tenía ocupadas con las tazas de café con leche.

Alejandro, con los ojitos somnolientos y con tan solo unas bermudas de tela fina de algodón, abrió la puerta.

Su cabello revuelto y oscuro le quedaba tan bien…

—¿Alba?

—Prometo no abrasarte con el café —le dije.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin entender nada. Lo comprendía a la perfección, yo tampoco me entendía muy a menudo.

—Doña Rosa me ha obligado a subir.

—¿Por? —Después bostezó.

Estaba tan mono medio dormidito, el muy maldito.

—Quiere que te pida perdón.

—Oh. ¿Y tú quieres? —preguntó más espabilado.

No levanté los ojos del café en unos instantes, debatiéndome entre decirle que sí o decirle que no y seguir con aquella guerra absurda.

—Supongo que anoche no actué bien contigo —reconocí finalmente.

Alejandro sonrió y cogió una de las tazas de café.

—¿Vas a pasar o nos tomamos el café en el descansillo?

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan borde conmigo?

—¿Puedes entenderme? Me gaseaste, me tiraste una lasaña ardiendo y después me echaste una maldición.

—Todo eso fueron accidentes. Yo no te deseo nada malo. No dije en serio lo de que ojalá no volvieras a escribir. Te pido perdón.

Fue entonces cuando me cercioré de que en medio de toda esa conversación, había caminado hacia el interior del ático donde vivía Alejandro.

Se trataba de un espacio bohemio y acogedor. Con techos altos y vigas de madera a la vista, en el que se respiraba un aire de creatividad y libertad.

Velas que habían sido encendidas en algún momento y que todavía destilaban un aroma amaderado con canela.

Las paredes estaban decoradas con obras de arte y fotografías inspiradoras. Además, observé que debía ser un gran aficionado a las cosas antiguas y llenas de historia, pues parecía coleccionar objetos *vintage*, desde cámaras de fotos antiguas hasta vinilos.

—¿Te gusta? —preguntó Alejandro.

Le sonreí, admirando cada detalle.

Había una gran ventana que permitía que entrara mucha luz natural y ofrecía una vista muy bonita.

—Debe ser el apartamento más bonito del edificio —murmuré.

El mobiliario era ecléctico, con muebles *vintage* y piezas únicas que reflejaban el gusto artístico de mi vecino.

—Pues… no sé si será el más bonito, pero la verdad es que vivo muy tranquilo aquí —dijo. Después dio un sorbo de su café.

En un rincón, observé un pequeño estudio de escritura donde debía dar rienda suelta a su

imaginación.

—Qué bien, me alegro —dije, aunque tampoco supe si esas palabras eran las acertadas. Lo cierto es que no sabía qué contestar a eso.

Fue entonces cuando apareció aquella bola de pelo negra y comenzó a refregar su cabeza por mis tobillos.

Bajé la vista y la encontré.

Tenía los ojos más grandes y más verdes que había visto nunca.

—Pero, bueno… ¿quién eres tú? —Me acuclillé para estar a su altura y escuché su ronroneo.

—Es Dido, y me sorprende mucho lo que está haciendo. Odia a las chicas.

—¿Qué? —le pregunté sin dar crédito.

—Es cierto.

—Será que traes muchas y no se termina de acostumbrar. Se pondrá celosa —le contesté.

—¿Me estás llamando golfo? —preguntó sonriendo.

Le sonreí sin dejar de acariciar a Dido.

La gatita se cansó de mis caricias y se subió al sofá, en el que se tumbó sin quitarnos el ojo de encima.

—Bueno, yo había subido a disculparme y ya lo he hecho, así que…

—¿Empezamos de cero? ¿Es eso? —preguntó él.

Dios, ¿podía dejar de mirarle el pecho?

Gracias.

No.

No podía.

—Imagino que sí.

Alejandro asintió con la cabeza.

—Bien.

—Bien —repetí yo como una imbécil.

—Dido no trae mala suerte ni nada de eso —dijo entonces.

—¿Cómo?

—Es una gata negra. Ya sabes, las supersticiones…

—Oh —tragué saliva—, ni siquiera había pensado en ello.

Era cierto.

No mentí.

Y me sorprendió la calma con la que me di cuenta de aquello.

Semanas atrás quizá me hubiera vuelto loca de superstición.

—Por si acaso —comentó Alejandro.

—Quizá funcione al contrario y dé buena suerte.

—Es posible. Los gatos negros son muy especiales.

Sonreí casi sin darme cuenta.

—Pídele que te vuelva la inspiración.

Alejandro soltó una carcajada.

—Ya te dije que eso no ocurre desde que llegaste aquí —repitió.

Casi estábamos en la puerta del ático, pues habíamos caminado hacia allí sin darnos cuenta.

—¿Otra vez me atacas? —pregunté muy seria, algo más cerca de él que momentos antes.

¿Cuándo se había aproximado a mí? ¿O había sido yo?

Mi vecino negó con la cabeza.

—Tú no eres la culpable de que no pueda escribir. Es mi cabeza, que no para de pensarte —

dijo dejando los labios entreabiertos, en una semi sonrisa que pensé que iba a volverme loca.

—Yo… yo… —trastabillé con la puerta y di gracias al Universo porque en ese momento comenzara a sonar mi móvil. Lo que me faltaba era caerme y abrirme la cabeza—. Debo cogerlo. A…adiós.

—Adiós, Alba —se despidió.

Salí de allí, cerré la puerta y, por fin, pude respirar.

¿Qué había sido eso?

¿Qué narices había sido eso?

Respiraba a borbotones, no me llegaba oxígeno a la cabeza.

¿Había dicho lo que creía que había dicho?

¿Qué estaba pasando?

Con manos temblorosas, observé que la llamada entrante tenía el nombre de Maca.

—Maca —contesté a duras penas.

—Alba, reina, tengo un trabajo para ti.

18
Sorpresas y oportunidades

No voy a decir que tropecé varias veces bajando las escaleras del ático hasta mi casa, en la tercera planta.

Estaba con los nervios totalmente desquiciados.

No podía quitarme las palabras de Alejandro de la cabeza, ni tampoco las de mi amiga Maca.

¿El escritor había dicho que no podía parar de pensar en mí?

Algo de eso, ¿no?

Querido destino, ¡no me gusta mi vecino! ¿Puedes dejar de cruzarlo en mi camino?

Me había salido hasta un pareado.

Y… ¿tenía trabajo?

¿Qué estaba pasando? Y ¿por qué razón todo venía de golpe?

Quizá era cierto eso de que después de la tormenta viene la calma y, tras la rachita que había pasado, merecía un descanso y que las cosas mejoraran.

Definitivamente, Héctor era mi mala suerte, y soltar aquel lastre me había traído la buena fortuna.

No sabía si Lili estaría descansando de la noche anterior o no, pero me dio igual, porque entré a casa como un elefante en una chatarrería.

No obstante, encontré a mi amiga con una pierna en la cabeza.

Instructora de yoga, ya sabes.

—*Auch*, eso tiene pinta de doler —murmuré cuando estuve frente a ella.

—Para nada, es… liberador. ¿Sabes que toda la tensión y las preocupaciones se alojan en la zona de las caderas?

—Anda.

—Hay que abrir las caderas, trabajarlas… y toda la tensión se va.

Ojalá me trabajase a mí las caderas mi vecinito, pensé sin querer.

¡Sí!

¡Sin querer, lo juro!

Debía estar volviéndome loca.

—Bueno, ¿de dónde vienes?

—Del ático.

—¿Qué?

—No, no pienses cosas que no son, Alejandro no me ha estirado las caderas o lo que sea que acabas de decir.

—¿Te pasa algo? —Debió notarme nerviosa.

—Han pasado cosas, sí, pero te las contaré luego. Debo arreglarme, he quedado.

—¡¿Con él?!

— ¡No!

—¡Ah!

—Algo mejor.

—¿Mejor? ¿Qué puede haber mejor que quedar con Alejandrito y que te quite las tensiones? —Lili levantó las cejitas repetidamente, creyéndose graciosa.

—Dios, ¿tú también? ¡Que no me gusta! ¡Ni yo a él! Me ha soltado la tontería de: "No escribo porque no te vas de mi cabeza" —dije agravando la voz—, pero no me creo nada. Fijo es un mojabragas.

—¿Que te ha dicho qué?

—Lili, ahora no puedo. He quedado con mi amiga Maca. ¡Tengo trabajo!

—¿Cómo? Pero ¿qué está pasando?

—Ay, no sé… La vida fluye, las energías vuelan…—dije con aire soñador. Aunque lo cierto es que no tenía ni pajolera idea de lo que salía por mi boca.

Lili enarcó una ceja.

—Dime que no has cogido ninguna de mis infusiones prohibidas —me dijo Lili.

—¿Tienes infusiones prohibidas?

—Estamos hablando de ti, ¿es que no piensas decirme nada?

—¡Luego!

—¡Alba!

—Trabaja la incertidumbre, ser de luz —le dije corriendo hacia el baño, no veía el momento de estar con Maca y que me contara todo.

*

Quedé con Macarena y su novio Guille en un animado bar de La Latina.

Estaban a punto de casarse, y debo decir que Guille era uno de los chicos más guapos y más buenos que había conocido. Cuidaba mucho a Maca, y eso para mí, siendo su amiga, era algo por lo que agradecer.

Estaba emocionada por encontrarme con ellos y escuchar todos los detalles sobre mi nuevo trabajo. Por teléfono no me había dicho gran cosa, pero si Guille estaba allí, era porque en parte, aquel milagro había sido gracias a él.

Cuando llegué, ellos ya estaban allí. Ambos tenían un vaso de cerveza casi vacío delante y hablaban mientras sonreían.

—¡Alba! —me saludó Maca cuando estuve junto a ellos.

—Hola, qué alegría volver a veros —les saludé. Después nos besamos las mejillas.

—¡Qué guapa estás, nena! —exclamó mi pizpireta amiga.

—Tú también.

—Siéntate, te pediremos una cerveza —me dijo al tiempo que alzaba la mano para llamar al camarero.

Desde su sitio, señaló las cervezas vacías y levantó tres dedos en el aire.

El camarero asintió y no tardó en servirnos la comanda.

—Estoy deseando contarte todo —me dijo.

—Yo también. Ya era hora después de la rachita que he pasado.

—Héctor, ¿no? —preguntó Guille haciendo una mueca.

Maca negó con la cabeza y su cabello negro y corto se movió hacia los lados.

—Ese tío es un capullo, no merece ni que le sigas nombrando.

Y que lo digas, no te imaginas lo que ha hecho, pensé, porque, obviamente, Maca tampoco sabía el motivo real de la ruptura. Le había contado lo mismo que los demás: que me había dejado en mi momento más bajo.

—Le he dejado de seguir en todas las redes. Y he bloqueado su número.

Maca me guiñó un ojo.

—Esa es mi chica, brindemos por ello —dijo levantando la cerveza en alto.

Hicimos chin-chin y Maca carraspeó: ahí venía mi nueva oportunidad.

—Verás, Alba, un amigo de Guille, Salvador Arenas, trabaja en el mundo editorial, y le comentó a Guille que estaban buscando a alguien para encargarse del marketing y la publicidad de un nuevo escritor en el que han decidido invertir. Tras escribirme, inmediatamente pensé en ti y le hablamos de tus habilidades y experiencia. Estoy segura de que eres perfecta para el puesto.

Mis ojos se iluminaron al escuchar a Maca, no podía creer que los astros, por fin, se estuvieran alineando.

—No te imaginas cuánto te lo agradezco —le dije sonriendo.

Maca asintió.

—No podía hacer menos, somos amigas —dijo tras dar un sorbo de cerveza.

—Bueno, Alba, el trabajo consiste en ser responsable de la estrategia de marketing y publicidad de los libros de este chico —me explicó Guille.

—¿Quién es? —pregunté con curiosidad.

Guille negó con la cabeza.

—Firma los libros así: A. Ibáñez. Suele escribir novela negra, por lo que tengo entendido. Autopublicaba los libros, pero Salvador asegura que tiene un potencial increíble. Editará su último trabajo.

—Entiendo.

—¡Oh, aquí está! —exclamó entonces Guille.

¿Ahí estaba? ¿Quién?

Maca apretó los labios, nerviosa por ocultar la sonrisa que escapaba de ellos.

—Alba, te presento a nuestro amigo Salvador, tu futuro jefe.

Abrí tanto la boca al ver a aquel hombretón, que casi se me desencaja la mandíbula.

¿Ese pibón iba a ser mi nuevo jefe?

¡Dios santo!

—Buenas tardes, Alba. Disculpa la demora, aparcar por aquí es horrible.

Salvador se sentó en la silla que quedaba libre y le hizo un gesto al camarero para que trajera una cerveza más.

—Encantada —susurré, estrechando la mano que me tendía desde su silla—. Perdonad, pero no entiendo nada. ¿Estoy dentro de la plantilla?

Salvador me miró y sonrió.

Qué dientes más blancos, y qué mandíbula tan cuadrada.

—¿Qué hago yo aquí, si no? —dijo.

—Pues… o usted está muy loco o confía demasiado en Guille —dije con las piernas como flanes.

Salvador se rio y aquella carcajada hizo que mi estómago sintiera un pellizco.

¿Podía parar de tener hipersensibilidad con los tíos?

Gracias.

—No, no —negó con la cabeza—. Y, por favor, tutéame. Lo cierto es que en cuanto Guille y Maca me hablaron de ti, indagué sobre tus trabajos publicitarios y todo lo que has hecho

relacionado con el marketing.

—¿Y bien?

—Menuda jugarreta te hicieron en la empresa, ¿no? Llamé para preguntar sobre ti y un contacto anónimo envió un vídeo de tu última presentación para Lasonia. Suerte que todavía conservas allí dentro gente íntegra que me habló de tu profesionalidad.

—¿Cómo? —pregunté con el corazón temblando dentro del pecho—. ¿Tú… tú has visto… tú…?

Parecía gilipollas hablando como una tartaja porque se me había olvidado hasta cómo pronunciar después de escuchar eso.

—¿De qué vídeo hablas? —preguntó Maca sin entender nada.

—Yo… lo siento, me equivoqué de *pendrive*— dije deseando desintegrarme en ese mismo instante.

—Tranquila, como te he dicho, hay gente dentro de esa empresa que me ha hablado muy bien de ti.

—Alba, ¿qué video dice que ha visto?

Suspiré, y no me quedó más remedio que contarle a Maca toda la verdad.

A Maca, a Guille y a mi futuro jefe.

—¿Esto es verdad? —preguntó mi amiga con los ojos abiertos como platos.

—Siento haberte mentido, pero quería conservar lo poco que me queda de dignidad después de eso.

—¡Eso es un delito! Lo has hecho sin tu consentimiento. Se va a enterar ese capullo. ¿No lo has denunciado?

Negué con la cabeza.

—Me dijo que lo borraría.

—Lo voy a crujir.

—No, estoy segura de que lo borrará. Lo que me interesa ahora es averiguar quién ha filtrado ese vídeo y se lo ha enviado a Salvador —dije preocupada.

Si había llegado hasta Salvador, ¿quién más podría haberlo visto?

A parte de los pajilleros de la web de sexo casero, a saber, me dijo mi subconciente.

Menuda movida.

Suspiré, frotándome la frente con dos de mis dedos, agotada y hastiada después de aquel subidón al saber que tenía nuevo empleo.

Una de cal y otra de arena.

—Tranquila, Alba. Ya te he dicho que estoy dispuesto a pasarlo por alto. Un error lo tiene cualquiera, sé que eres una profesional como la copa de un pino.

—Te lo agradezco mucho —contesté aliviada. —Cuando trabajemos codo con codo, tendrás que idear campañas creativas, gestionar las redes sociales y promocionar las obras del escritor en cuestión. Además, estarás en estrecha colaboración conmigo y el equipo creativo para asegurarte de que los libros lleguen al público adecuado —explicó Salvador.

Mis ojos brillaban de emoción ante la descripción del trabajo, olvidándome de aquel mal trago por un momento. Era exactamente el tipo de desafío que estaba buscando y no podía esperar para sumergirme en él.

—No sé qué decir… —murmuré azorada.

—Que sí, querida, por supuesto —dijo Maca dándome un codazo cariñoso.

—Normalmente no suelo hacer las entrevistas así —Salvador rio—, pero este es un caso especial. Guille y Maca son muy buenos amigos míos.

—Espero que te portes bien, de lo contrario conocerás mi ley —le dijo Maca guiñándole un ojo—, para algo soy la mejor abogada de toda Madrid.

—Bien, Alba, ¿qué dices? ¿Aceptas mi propuesta? Por supuesto, te llegará un correo electrónico con todas las condiciones detalladas en cuanto a horarios y salario —añadió Salvador, obviando el comentario de Maca.

Era una oportunidad única, eso estaba claro.

Y, lo más importante, estaba lista para asumir la responsabilidad y dar lo mejor de mí.

Guille, que había estado escuchando atentamente, se unió a la conversación:

—Estoy seguro de que lo harás genial. Tienes las habilidades y la pasión necesarias para triunfar en ese campo.

Agradecí las palabras de aliento de Guille y me sentí afortunada de tener a Macarena a mi lado en lo que sería el principio de una nueva etapa en mi vida que, desde luego, no me dejaría indiferente.

—¿Última palabra? —insistió Salvador.

—Me gustaría ver ese correo electrónico con las condiciones que has mencionado antes. No obstante, cuenta conmigo.

Todos sonreímos, sobre todo mi nuevo jefe, y brindamos por aquella emocionante oportunidad y el futuro que nos esperaba.

Sabía que habría retos por delante, pero también sabía que contaba con el apoyo y la confianza de mis amigos.

¡Chúpate esa, mala suerte!

Continuamos disfrutando de la velada en aquel animado lugar, compartiendo risas, anécdotas y soñando con los éxitos que vendrían.

*

Días después, tras hacer una llamada a David, mi excompañero de trabajo, y el cual todavía me tenía aprecio, me confesó que había sido Cloti quien había enviado una copia del vídeo de mi presentación a Salvador porque había encontrado todos los dibujos macabros que tenía de ella en el cajón de mi escritorio.

Que hubiera una copia de mi presentación no me extrañaba, ya que todas las grabábamos para después trabajar en el proyecto.

Valiente zorra.

Aun así, le pedí a David que me hiciera el favor de escanear los dibujos, mandarlos a mi email y después destruirlos en la máquina trituradora.

Esa tía estaba loca, a saber qué podía hacer con ellos para hacerme daño.

19
Encuentros vecinales y planes veraniegos

Al día siguiente, todavía con resaca emocional por todo lo que estaba pasando en mi vida, desayuné con Lili en el salón.

Como ya sabrás, cuidaba mucho su alimentación y, desde que yo había llegado también la mía, cosa que le agradecía siempre.

No paraba de pensar en todo lo que mi compañera de piso me estaba ayudando. Quizá, si no hubiera sido por ella, me hubiera desnutrido física y emocionalmente.

Además, le encantaba cocinar, por lo que preparó para las dos un desayuno vegano lleno de colores y sabores.

Aquellas tostadas de aguacate con semillas de chía estaban buenísimas, y la infusión con la que las acompañé, fresquita y dulce.

Para ella, un bowl de frutas frescas y un batido de plátano y espinacas.

—Así que, has aceptado el puesto —me dijo.

—Sí. Salvador Arenas apareció allí de la nada, Maca es la mejor.

Lili sonrió.

—Es fantástico, Alba. Estoy súper contenta por ti. Seguro que te irá genial. Encenderé velitas.

Lili sonrió con ternura.

—Ya era hora.

—Solo era cuestión de relajarse, ¿no crees?

—Y tomar las riendas de mi vida —dije orgullosa de mí misma, algo que no experimentaba desde hacía tiempo.

—Obviamente. Eres una campeona.

—Estoy emocionada por empezar, pero hay algo que no se me va de la mente —reconocí.

—Déjame adivinar. Vive en el ático y escribe libros.

Rodé los ojos hacia arriba.

—En ascuas me tienes —me recordó Lili.

—Me soltó una perla que no sé ni cómo afrontar, aunque es una tontería.

—Pues quizá es cierto que no para de pensar en ti. ¿Es que no has visto cómo te mira?

—¿Puedes dejar de tomar esas infusiones prohibidas de las que me hablaste ayer? Alejandro no me mira de ninguna manera. Y si lo hace, es…

—¿Con deseo?

—Ni de coña, Lili.

—Pues yo creo que sí que has dejado una huella en su mente —dijo mi amiga tras dar un sorbito a su batido.

—Sí, la de la lasaña ardiendo o la de mi gas traicionero.

—No creo que…

Justo en ese momento, escuchamos el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien?

Lili negó con la cabeza.

—Vamos a ver.

Se trataba de Clotildo, el presidente de la comunidad.

—Buenos días, Clotildo —saludó Lili—. ¿Conoces ya a Alba?

—Buenos días —dije, tendiéndole la mano.

—Encantado, Alba, espero que te sientas agusto aquí.

—Lo estoy, gracias. —Sonreí, aunque aquel nombre me daba un repelús que no podía soportar.

—¿Necesitas algo?

El presidente le dio a Lili una circular.

—Quería informaros que dentro de media hora tendremos junta de vecinos. Será en el salón comunitario, como siempre.

Lili sonrió y asintió con la cabeza.

—Muy bien, allí estaremos —aseguré.

—¿Qué temas se tratarán? —preguntó Lili con curiosidad.

—Tenemos dos puntos importantes. El primero es solucionar los problemas de la caldera, que nos ha estado dando dolores de cabeza con el agua caliente. Necesitamos decidir si la reparamos o si es hora de comprar una nueva.

Carraspeé intentando quitarme la imagen de Alejandro semidesnudo de mi cabeza.

—Ajá. Aunque —Lili hizo una mueca—, bueno, estamos en verano y el agua fresquita viene muy bien para la circulación.

Clotildo sonrió.

¡Es que tenían las mismas cejas! Cielo Santo, estaba completamente segura de que eran parientes.

Como una maldición.

Estúpida Cloti del infierno.

—Recuerda que tenemos dos ancianos en el edificio, Liliana.

Le di un codazo a Lili, haciéndole entender que Cosme tenía razón.

—Claro, por supuesto —reconoció ella.

—El segundo punto —siguió hablando Clotildo—, es planificar las actividades vecinales para las próximas dos semanas, las cuales coinciden con las últimas del mes de junio.

Lili dio unas cuantas palmaditas con sus manos llenas de anillos.

—¡Cómo me encanta eso! —exclamó—. Ya sabes que aquí somos como una familia, y hacemos algunas cosas juntos cada semana —me explicó mi amiga.

—Suena divertido.

—¡Es genial!

El presidente sonrió.

—En la junta lo detallaremos todo. Si quieres pensar y aportar algo, Liliana, sabes que estaremos encantados de añadir tu actividad al horario.

—¡Claro! ¿Hay algo planeado para la Noche de San Juan?

—¿Noche de San Juan? —pregunté.

—La noche más mágica del año.

Clotildo ojeó un cuaderno que llevaba en las manos.

—Lo miramos.
—Tengo un plan perfecto — dijo Lili emocionada.
—Estupendo, nos vemos en media hora.
—Oiga, ¿usted tiene hijas o sobrinas? —le pregunté sin poder remediarlo.
Clotildo alzó sus pobladas cejas.
—No, ¿por qué?
—¿Alguna sobrina nieta o algo así?
Clotildo negó con la cabeza.
—Que yo sepa, no.
—Oh, pues disculpe.
—¿Por qué me preguntas eso?
—No, por nada, debo haberle confundido —sonreí de manera torpe.
—Bien, hasta luego —se despidió.
Cuando cerramos la puerta, fue Lili la que me preguntó:
—¿Y ese interrogatorio?
—Nada —hice un gesto con la mano para restarle importancia—, cosas mías.
Si tú supieras…

*

—¿Van a venir todos los vecinos? —pregunté a Lili una vez estuvimos sentadas en las sillas de madera que había dispuestas en el salón comunitario.
—Si tu duda es si Alejandro acude a estas cosas: la respuesta es no.
—No me refería a él. ¿Por qué no viene?
—Es artista, cielo, no tiene horarios y vive en su mundo. Así que no creo que…
—Está entrando por la puerta —dije. Acto seguido se me secó la boca.
—Anda…
Sentí cómo me ardían las mejillas de pronto. ¿Cómo podía ser posible?
Con aquel porte imponente, mi vecino del ático se movía con ligereza y gracia al caminar.
Con cada gesto suyo, transmitía una energía vibrante y seductora.
El chichi te hace palmas, querida, me dijo mi subconsciente al oído.
Por instinto, apreté los muslos cuando me dedicó una mirada.
Sonreí tímidamente, pero él solo me lanzó una mueca de suficiencia.
Idiota.
¿Y decía que no me sacaba de su cabeza?
¿Quién podía creerse eso?
Me percaté entonces de que el ambiente estaba animado, pues los vecinos habían ido llegando y conversaban a nuestro alrededor mientras tomaban asiento.
Alejandro se había sentado en un lugar desde el que nuestras miradas podían conectar a la perfección.
El último en entrar y en sentarse frente a todos los demás, fue Clotildo.
—¡Bienvenidos! Agradezco vuestra presencia. Trataremos el tema de la caldera y después pasaremos al punto de las actividades vecinales.
Marta levantó la mano y Clotildo le dio la palabra.
—En cuanto a la caldera, ¿qué podemos hacer al respecto?

Llevaba gafas de pasta de color rojo, un estilo desenfadado y el cabello suelto y rizado.

No tenía el placer de conocerla, pero parecía maja.

—Yo sugiero que la cambiemos por otra nueva —apuntó Don José—, aunque pueda ser costoso, creo que es la mejor opción a largo plazo.

—Estoy de acuerdo —comentó Isabel, quien iba vestida con ropa de baile—. Aunque sea verano, no podemos arriesgarnos a que vuelva a romperse. Ya ha pasado repetidas veces durante este año.

Don José le dedicó una sonrisa.

—Pero sería menos costoso repararla, ¿no? Quizá sea interesante estudiar todas las posibilidades —dijo entonces Juan, la otra mitad de la pareja de artistas.

—Tomo nota de todas las sugerencias y analizaré los costos y beneficios de cada opción. Os mantendré informados lo antes posible y podremos votar la decisión final —dijo Clotildo sonriendo.

Lo cierto es que no parecía mala persona, a diferencia de la Cloti.

Todos parecimos estar de acuerdo, así que pasamos a discutir las actividades vecinales propuestas para las dos próximas semanas.

Aquello nunca lo había oído, y me parecía muy innovador e interesante para la convivencia vecinal.

Desde luego, podía ser algo enriquecedor para todos.

Laura, con quien acababa de compartir una mirada y una sonrisa, pidió la vez levantando la mano.

—Me gustaría, si es posible, organizar una actividad relacionada con la recogida de residuos, pero esta vez en la playa. Hay mucha basura en el mar y los animales de la zona sufren mucho si se enganchan. Muchos incluso mueren por ello.

—Me parece una idea estupenda —apuntó el presidente—. Os recuerdo que estas actividades no son obligatorias y que la asistencia es cosa de cada vecino.

—¡A mí me gusta la idea! ¡Así salimos de la ciudad! —exclamó Isabel.

—Genial. Isabel, ¿alguna propuesta?

—Mi clase de baile semanal, por supuesto. ¡Toca bachata! —palmeó las manos con alegría.

—Apuntado.

Juan levantó la mano esta vez.

—Nosotros queremos dar un pequeño concierto en el patio. Luces tenues, rollo *chill out* para pasar un rato agradable —dijo.

—Estupendo. ¡Más cosas!

Don José expuso su actividad de trasplante de plantas.

A todos nos parecieron entrañables aquellas actividades.

Clotildo tomaba nota de todo y me sorprendió cuán implicado estaba en la tarea de ser presidente de la comunidad.

Entonces llegó el turno de Lili.

—Bueno, vecinos, todas las actividades son la repera, como siempre, pero he pensado un plan para la Noche de San Juan, que os vais a caer para atrás. Y, Laura, me ha venido de perlas tu iniciativa, porque propongo organizar una fiesta en la playa. Haremos una hoguera, habrá bailes, música y rituales, tal y como dice la tradición. Celebramos la llegada del verano y será estupendo.

—Me encanta la idea de la fiesta playera —dijo Marta.

—Es la noche más mágica del año, no se merece menos.

—¿Alguna idea sobre la ubicación de la playa? —preguntó Laura.

—¿Qué tal Alicante? —dijo entonces Alejandro.

—¿Alicante? —pregunté yo sin poder evitarlo, cerciorándome instantes después de que por un momento había llegado a pensar que estábamos a solas y no rodeados de vecinos.

Alejandro me miró y tragué saliva.

—Sí. Tiene unas playas espectaculares. Me crié allí, mis padres todavía conservan la casa de la playa. Podríamos pasar allí la noche.

—¡Madre mía, Álex, qué planazo! —exclamó Lili—. Votos a favor.

Mi amiga levantó la mano y todos los demás la siguieron.

Lo admito, yo también levanté la mano, aunque la idea de pasar más tiempo junto a mi vecino, no sabía todavía qué sensaciones me despertaba.

—Me encanta que todos nos pongamos de acuerdo, las propuestas son fantásticas. Lo estudiaré y, al igual que con el tema de la caldera, os informaré en cuanto pueda.

La junta había finalizado, y me sorprendió la participación y el entusiasmo de todos los vecinos.

Sí parecía cierto que aquello era una gran familia.

La verdad es que me sentí emocionada por formar parte de aquella comunidad y contribuir en lo que pudiera.

Saber que tenía la oportunidad de trabajar en la editorial de Salvador Arenas y compartir aquellos momentos con Lili, Laura y todos los demás, me recordó que la vida siempre podía tener sorpresas agradables guardadas para sacarlas a la luz en el momento oportuno.

Y una de esas sorpresas, era Alejandro.

20
Un encuentro laboral inesperado

Aunque ya había aceptado mi nuevo puesto de trabajo, me quedé más tranquila revisando aquel correo electrónico que me había enviado Salvador tras facilitarle mi dirección y mi número de teléfono en aquella entrevista improvisada.

Estaba emocionada, así que en mi primer turno laboral, justo al día siguiente de la junta de vecinos, quise asegurarme de lucir profesional y con estilo, algo que no me llevó demasiados quebraderos de cabeza, pues el *dress code* era parecido al que vestía en mi antigua oficina.

Opté por un conjunto elegante a la vez que cómodo, el cual reflejara mi personalidad y también me hiciera sentir segura.

Ya sabes, todas tenemos esos trapitos en el fondo del armario que nos transmiten seguridad.

Elegí llevar un traje de pantalón color nude a medida que realzaba mi figura y transmitía una imagen sofisticada. Lo combiné con una blusa blanca de tirantes y seda, dando así un toque de feminidad y elegancia.

Complementé mi atuendo con unas sandalias del mismo color que me permitían caminar cómodamente por la oficina sin sacrificar mis pies, y añadí unos accesorios sutiles pero elegantes.

Para completar mi look, recogí mi cabello en un moño pulido y me aseguré de tener un maquillaje natural.

Quería transmitir confianza y seriedad en mi apariencia, pero también mantener mi autenticidad y frescura.

—Bueno, bueno, bueno… qué bien te está sentando el yoguita, ¿no crees? —me aduló Lili cuando una vez estuve lista me reuní con ella en el salón.

Hice un ademán con la mano, azorada y sonriendo, para restarle importancia a sus palabras.

—No es para tanto —dije—. Pero estoy lista para mi primer día en la editorial. Espero que todo salga bien.

No mentí, estaba preparada para enfrentar los desafíos y las sorpresas que aquel empleo pudiera traer, no obstante, no podía imaginar lo que me esperaba al llegar a la oficina.

—¡Todo saldrá bien! ¡Confía! ¡El Universo está de tu parte, nena! Sé tú misma y demuestra lo que vales —me animó Lili.

Corrí a abrazarla y sonreí.

—Gracias, eres la mejor.

Salí de casa y me dirigí a la editorial.

Quizá estaba en fase de preovulación o es que verdaderamente la vida me empezaba a sonreír, no lo sé, pero te aseguro que tenía ganas de comerme el mundo.

Deseadme suerte, guapitas, ¡entro a la editorial!

Escribí aquel mensaje en el grupo de mis amigas, informadas previamente de las últimas novedades de mi vida.

Solo había omitido un pequeñito detalle: las últimas palabras de Alejandro.

Últimamente ocultaba demasiadas cosas, pero lo consideraba como mentiras piadosas con tal de protegerme.

Cuando estuve dentro del edificio en el que se encontraba la oficina, Salvador me recibió con una sonrisa y, tras firmar el contrato laboral, me llevó al área de trabajo.

Fue en ese preciso instante cuando sucedió algo que nunca habría esperado.

Sí, el destino volvió a jugar sus cartas.

—Alba, déjame presentarte a alguien muy especial. Este es Alejandro Ibáñez, nuestro último descubrimiento y autor de *Lágrimas negras,* el título que publicaremos próximamente.

No.

Eso no podía ser posible.

No.

Me negaba.

Me negaba y punto.

Ya me lo dijeron mis piernas en aquel momento, las cuales se habían convertido en flanes en apenas dos segundos, el tiempo suficiente para que mi mirada se centrase en la suya.

No pude evitar fijarme en su estilo único y desenfadado.

Vestía de manera casual, pero con un toque de personalidad que lo distinguía del resto.

Llevaba unos vaqueros ajustados y desgastados, ofreciéndole un aire desenfadado y juvenil, una camiseta estampada de una banda de rock, mostrando también su amor por la música. Unas zapatillas blancas y algunas pulseras de cuero en su muñeca que siempre llevaba puestas.

El cabello despeinado y la barba de tres días que carbonizarían mis bragas en tres, dos, uno…

Era evidente que Alejandro no se preocupaba demasiado por las convenciones y se sentía cómodo siendo él mismo en cualquier ocasión.

—Voy a por unos cafés y comenzamos nuestra reunión —dijo Salvador dejándonos solos.

—No puedo creerlo —murmuré, y Alejandro chasqueó la lengua contra el paladar.

—Veo que estás en todos lados. En la comunidad, en el trabajo, en mi cabeza… Joder, Alba…

Estaba atónita, no podía dar crédito a aquello.

¿Qué jugada era aquella?

—Eso debe ser una broma… —dije—. Y, ¿puedes dejar de decir eso?

—¿El qué?

—¡Lo de tu cabeza! —exclamé en un susurro—. Nadie se lo cree.

Alejandro puso los ojos en blanco.

—Lo que nadie se cree es que por fin te haya pasado algo bueno —dijo poniendo morritos.

Sería desgraciado…

—Pues ya era hora, ¿no te parece? No podía estar gafada para siempre —le espeté con el ceño fruncido.

—Menos mal. Desde que te mudaste, mi vida es un completo desastre.

—No entiendo por qué dices eso —le dije con los brazos cruzados.

—Ya te lo expliqué.

—Sí, ya sé… ese rollo de artista atormentado al que le han abandonado las musas.

Entonces frunció el ceño.

—¿No me crees?

—¡Claro que no! ¿Qué culpa tendré yo?

—Esta conversación ya la hemos tenido. Yo tampoco entiendo que estés en mi cabeza todo el puto día —me dijo de mal humor.

—Pues perdón por existir.

—Escribo novela negra, no puedo hacerlo si te cruzas a cada segundo en mi camino.

—¿Por qué no?

—No escribo cursiladas.

—¿Se te ocurren cursiladas cuando me ves? Tienes un problema.

—Claro que lo tengo, pero contigo. Eres tan…

Alejandro cerró los ojos de forma cansina. Estaba segura de que se había comedido para no decir algo malo sobre mí.

¿Quién podía entender a ese chico?

—Ya sé que habíamos hecho las paces, pero es que no te puedo aguantar —le dije.

—Ni yo a ti.

—Pues vamos mal, porque he encontrado este trabajo y no pienso desaprovecharlo.

—¡Pues muy bien! —dijo acercándose a mí.

Tanto, que pude inhalar el aroma a menta de su aliento, pues estaba masticando un chicle.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Comenzamos? —Salvador nos tendió a cada uno un vasito de cartón lleno de café.

A medida que avanzó la reunión, hubimos de superar el shock inicial, dejar a un lado ese pequeño encontronazo y comenzar a colaborar en diferentes tareas.

Había momentos de incomodidad y silencios un tanto aplastantes, pero para nuestra sorpresa y gracias a la presencia de Salvador, también nos reímos juntos y compartimos ideas creativas.

—Alba, te espero en la sala de juntas. Dejo que os despidáis —dijo Salvador antes de volver a dejaros solos.

—Esto no es lo que esperaba para mi primer día de trabajo. Aunque ya nada me sorprende últimamente. ¿Podemos hacer que esto funcione? —le pedí—. No me gustaría que me despidieran el primer día.

Alejandro me miró y suspiró, imaginaba que él opinaba lo mismo.

—Imagino que podemos pactar una segunda tregua.

—Y —dije poniendo las manos con las palmas frente a él, en señal de paz— espero que sea la última.

—Si no me tuvieras tanta manía —dijo.

—Si tú no soltaras tantas mentiras por tu boca —contesté.

—¿En qué he mentido?

—No es culpa mía que no escribas.

Él negó con la cabeza.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que no puedes parar de pensar en mí.

—Sí, y es la verdad, por raro que te parezca. A mí también me lo parece, que lo sepas. Pero es la verdad.

—¿Siempre dices las cosas así?

Asintió con la cabeza.

—Siempre digo lo que pienso.

—Eres un sincericida, por lo que veo.

—No, no hasta ese punto. ¿Y tú? ¿Siempre te cuesta creer tanto en la gente? ¿Es raro que me haya fijado en ti?

—Sí, más que nada porque no nos soportamos.

—Pues a lo mejor es eso —dijo.

Tragué saliva, sopesando sus palabras.

—Pues a lo mejor.

—¿Tan tocado te ha dejado ese tío tu amor propio? ¡Mírate!

Aquello sí que no me lo esperaba. Ni siquiera había hablado de Héctor con él.

Maldita Doña Rosa por haberle hablado de mí y de mis problemas.

—No quiero hablar de eso —le dije seria.

—Perdona, no…

—Tienes que irte, debo trabajar.

—Alba, yo… no…

—Vete, Alejandro, no puedo fallar en mi primer día.

Él asintió con la cabeza y salió de mi vista.

Suspiré, llevándome los dedos a los ojos. Solo llevaba unas horas allí dentro y ya estaba agotada.

Aquello me había tocado, no debería haberme dicho eso.

No obstante, decidí quitármelo de la cabeza, como le había dicho, no podía fallar en mi primer día.

A continuación, me asignaron la tarea de revisar y editar el borrador del libro de Alejandro, así que me sumergí en aquella historia, pues debía conocerla a fondo para poder crear un plan de acción en cuanto a su publicidad.

Además, trabajé en la creación de estrategias de marketing y promoción para los nuevos lanzamientos. Esto incluyó la elaboración de planes de acción, la investigación de mercados y la colaboración con el equipo de diseño para crear materiales visuales atractivos.

También participé en reuniones de equipo, donde compartí ideas y opiniones sobre posibles enfoques con el fin de aumentar la visibilidad de los libros.

Me sentí empoderada al tener la oportunidad de aportar mi experiencia y creatividad al proceso.

También pasé a encargarme de gestionar las redes sociales de la editorial, creando contenido relevante y cautivador para atraer a los lectores.

Interactué con los seguidores y respondí sus preguntas y mensajes, creando así una conexión más cercana con la audiencia de la cuenta.

En resumen, mi jornada laboral en la editorial de Salvador Arenas fue emocionante y llena de tareas diversas relacionadas con mi especialidad.

Aunque trabajar con Alejandro presentaba desafíos, también fue una oportunidad única para crecer profesionalmente y demostrar mi valía en el mundo editorial.

Después de finalizar aquel primer día y durante el camino a casa, hice una videollamada con Inés y Sonia, necesitaba ponerlas al día de todo lo acontecido.

Ahora sí mencioné a Alejandro, claro.

Estaba completamente agotada física y emocionalmente, pero nunca se me olvidará el modo en el que comenzaron a llamarle a partir de aquel momento: Alejandro el Conquistador.

21
El girasol del amor propio

Un par de días después, recibimos una circular con el cuadrante de las actividades vecinales y la hora de la próxima junta para votar acerca de la caldera, que sería aquella misma tarde.

Un sábado.

Pues muy bien, aunque tampoco tenía nada mejor que hacer.

Decidí aprovechar la mañana en una de las actividades vecinales: la de Don José.

Lili estaba haciendo un reto de meditación de no sabía qué, por lo que no me acompañaría.

La mañana era radiante, sin embargo, no vi a nadie cuando llegué al patio interior del edificio.

Parecía que el resto de vecinos había olvidado o simplemente ignorado la actividad.

Don José, atareado con las plantas, como siempre, estaba esperando con una sonrisa amable en el rostro.

Su gorra, cubierta de manchas de tierra, se ajustaba a su cabeza canosa mientras sostenía una pequeña maceta en sus manos.

—Buenos días, Alba. Veo que eres la única valiente dispuesta a aprender algo de las plantas. Aunque la gente crea que no, pueden enseñarnos mucho —dijo con una mezcla en la voz de resignación y alegría.

—Buenos días, ¿dónde está todo el mundo? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

Don José negó con la cabeza, sonriendo de forma triste.

Después se encogió de hombros.

—Llega un momento en el que los viejos dejamos de ser importantes, ¿sabes?

—No diga eso —le pedí acercándome a él.

—¿Te gustan los girasoles? —me preguntó sonriendo.

Asentí con la cabeza.

—Acompáñame.

Don José me guió hacia una mesa donde había varias herramientas y un tiesto con un girasol en crecimiento, y me explicó cómo trasplantarlo a una maceta más grande para que pudiera seguir creciendo y floreciendo.

Con paciencia, Don José me mostró cómo aflojar la tierra alrededor de las raíces del girasol y trasladarlo cuidadosamente a la nueva maceta, asegurándose de que estuviera bien sujeto y recibiera suficiente agua y luz solar.

Me sorprendió la paciencia y el amor con el que trataba cada herramienta, y a la misma planta.

Intenté imitarlo al milímetro, pero nunca podría tener el temple de Don José, era algo que debía admitir.

Mientras trabajábamos juntos, aproveché la oportunidad de hablar con él sobre el tema que

me había estado perturbando desde que coincidí con Alejandro en la editorial.

Le conté que el vecino del ático me había preguntado si mi amor propio había sido afectado por Héctor.

No sabía qué tenía la gente de aquel edificio, que conseguía que abriera mi corazón y depositara mi confianza en ellos.

Don José se detuvo un instante, sosteniendo la maceta en sus manos, y me miró.

En sus ojos se reflejó una mezcla de sabiduría y comprensión.

—Alba —Don José suspiró—, el amor propio es como este girasol. Necesita cuidado, atención y paciencia para crecer y florecer. A veces, las circunstancias y las personas pueden desafiar nuestra confianza en nosotros mismos, pero es en esos momentos cuando debemos recordar lo valiosos que somos y no permitir que nadie nos hunda.

Asentí con la cabeza.

Sus palabras resonaron en mi interior mientras continuamos trasplantando el girasol.

Quizá Don José tenía razón y el amor propio no debía depender de las opiniones o acciones de los demás, sino de cómo nos valoramos a nosotros mismos.

—¿Qué le contestaste a Alejandro?

Negué con la cabeza.

—Nada, le pedí que se fuera. Él se disculpó, pero…

—¿Y no crees que te molestó tanto esa pregunta porque quizá dio justo en el clavo?

Tragué saliva.

—Es posible —admití en un susurro.

Cuando el girasol ya estuvo en su nueva maceta, Don José me mostró cómo regarlo adecuadamente, dándome instrucciones para un cuidado continuo.

—Es para ti —me dijo.

—¿El girasol?

—Claro. ¿Sabes un truco para quererte a tí misma de la manera que mereces?

—No —reconocí.

—Tener algo de lo que cuidar.

—Eso es muy bonito, Don José —reconocí emocionada.

Adorable.

Debía reconocer que aquel señor era completamente adorable.

Mientras observaba el girasol en su nueva maceta, sentí un cálido rayo de sol acariciando mi rostro.

En ese momento comprendí que mi amor propio era como aquella plantita, y que debería estar listo para crecer y florecer en mi vida, independientemente de las circunstancias o las personas que me rodeaban.

—Cuidaré de él —le prometí a Don José.

Mi anciano vecino me dedicó una sonrisa.

Después de abrazarle, agradecida por haber pasado aquel momento junto a él, y por compartir su sabiduría y su pasión por las plantas conmigo, me marché del patio interior.

Don José decidió quedarse un rato más.

Fue entonces cuando choqué con aquel pecho de acero.

—Dios, lo sien…

—Perdo…

—Ah, eres tú —dije cruzándome de brazos y mirándole con el ceño fruncido.

Alejandro bufó.

—Perdona, no te he visto —dijo entonces seriamente.
Observé que llevaba un par de libretas y un lápiz en sus manos.
—¿Has… vuelto a escribir? —le pregunté.
—Sí, eh… —titubeó—. Pues no.
Hice una mueca.
—Alba, lo que te dije el otro día…
Hice un gesto con la mano para que guardase silencio.
—¿Tienes algo que hacer esta tarde? —le pregunté.
Y no, no me preguntes, porque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.
—Salvo romperme los sesos delante del ordenador, nada.
—¿Podemos hablar?
—Claro. ¿Subes, bajo…? —Movió arriba y abajo su mano libre.
—Subo, si quieres. Después de la junta.
—Bien.
—Pues… luego te veo.
Sonreí torpemente y subí corriendo las escaleras hasta llegar a la tercera planta.

22
Algo mágico

—Suerte —me dijo Lili en un susurro cuando la junta de vecinos finalizó, sabiendo qué haría a continuación.

Junta a la que Alejandro, por supuesto, también asistió, sobre todo porque entre todos votamos cuál sería la mejor solución acerca del tema de la caldera, la cual salió en consenso que debería ser cambiada.

Suspiré y asentí con la cabeza, observando por el rabillo del ojo cómo Alejandro salía apresuradamente del lugar y subía al ático.

Algunos momentos más tarde, fui yo la que subió hasta allí, decidida a hablar con él y quitarme aquella presión del pecho.

Pisé cada escalón con el corazón acelerado, sin saber muy bien qué esperar de aquella conversación.

¿Cuántas treguas teníamos ya a las espaldas?

Toqué a la puerta, pero me cercioré de que mi vecino la había dejado entornada.

—¿Puedo pasar? —pregunté asomando la naricilla por el hueco que había quedado entre esta y el marco.

Alejandro sonrió levemente y asintió.

—Por supuesto, pasa.

Cerré la puerta con cuidado y me puse delante de él.

Suspiré.

—Quiero aclarar lo que me preguntaste el otro día. ¿De verdad crees que mi amor propio está tocado por mi ex? —le dije a bocajarro.

—Lo siento —se disculpó—, no debería haber preguntado eso. Fue inapropiado.

—Bueno, pero lo hiciste —volví a recriminarle.

Alejandro suspiró.

—Ya te he dicho que lo siento, no era mi intención hacerte sentir incómoda. Simplemente me intriga cómo alguien como tú podría sentirse insegura.

—¿Insegura? ¿Yo? —pregunté señalándome el pecho—. No entiendo por qué dices eso.

Me hice la chulita, lo admito.

—Porque te tiemblan las piernas cada vez que te digo que no te saco de la cabeza —me soltó acercándose a mí.

Era magnetismo puro, arrollaba como un camión.

Y yo…

Yo…

—Sí, idiota, pero porque no me conoces de nada y temo que seas un desequilibrado.

Alejandro soltó una carcajada.

—¿Va en serio? —preguntó.

—¿De qué narices te ríes ahora? ¿Ves cómo no se puede hablar contigo? Eres… —miré hacia arriba y cerré los ojos, intentando encontrar paciencia no sabía dónde.

—¿Qué, Alba? ¿Qué soy? Admito que estoy cansado de esto.

—¿A qué te refieres? —le pregunté tranquilizándome.

—¡A esta guerra absurda! Pensaba que eran bromas, pero deja de serlo cuando nos decimos cosas que pueden hacernos daño —me dijo.

—Tú estás fatal, ¿eh? —le dije, porque la forma en la que me había dicho aquello me había llegado dentro y necesitaba cambiar de tema como fuera—. No nos conocemos de nada. No sabes qué podría hacerme daño.

—Pues te recuerdo que herí tu orgullo con aquella pregunta. Eres como un libro abierto, Alba, ¿nunca te lo han dicho?

—Pues…

No sabía qué me pasaba cuando lo tenía delante, era una mezcla de amor odio o algo así.

No lo sé, pero sí sé que aquello era real, muy real, y que pronto no podría dominarlo.

—No —dijo negando con la cabeza, súper convencido—, nunca te lo han dicho.

Después suspiró.

—Alejandro, yo…

—Quiero que nos llevemos bien, ¿vale? No me interesa para nada que hagas una mala publicidad de mi libro y venda cero unidades —me dijo entonces.

Arqueé una ceja.

¿De qué iba?

—Así que eso es lo único que te interesa, ¿verdad? ¿Ves cómo estás cucú de aquí? —dije señalando mi propia cabeza—. Me largo de aquí.

—Alba… —me llamó cansinamente siguiendo mis pasos—. Alba, no te enfades, me he expresado mal.

—Has dicho exactamente lo que querías decir, así que no vuelvas a decirme que no escribes por estar pensando en mí y esas chorradas, porque no cuela, chaval. Y aquí no entra en juego mi amor propio en absoluto, solo es sentido común —le espeté de mal humor.

Quería gritarle.

Quería gritarle mucho y en la cara.

Incluso golpearle aquel pecho del pecado con mis puñitos.

Me di cuenta en ese instante que, me gustase o no, Alejandro me atraía, y lo hacía tanto que…

—Alba, espera —dijo cogiéndome suavemente del brazo—. Los escritores estamos un poco pirados, sí, pero cualquier tío con un poco de cordura, podría volverse loco por ti.

Entonces el mundo se paró, o al menos así fue mi sensación.

Y no sentimos el aviso, simplemente nos dejamos llevar por el impulso después de que nuestras miradas colapsaran.

Sus labios rozaron los míos suavemente y mi corazón trastabilló, saltándose un latido.

Poco a poco, aquel contacto se convirtió en un beso cargado de pasión y deseo.

Y, aunque sentir su lengua acariciando la mía me sumergió en un torbellino de sensaciones, también me hizo sentir la incertidumbre de qué significaba aquello y el miedo a que algún día dejase de besarme.

¿Estaba loca?

Probablemente.

Destino: me la metiste doblada.

23
Baile de bachata y encuentro nocturno

Algunos días después

—No pienso ir —dije a Lili negándome en rotundo.

—¿Por qué no? —insistió ella.

Presa de los nervios, respondí:

—Pues porque no, Lili, porque no. Porque me muero de la vergüenza si Alejandro baja.

—¿Y qué?

—¿Es que no lo entiendes?

—Evidentemente, no —dijo encogiéndose de hombros.

Pues no se lo sabía explicar, porque lo cierto es que ni yo misma me entendía.

Vino a mi cabeza lo que le dije a Alejandro después de besarnos en su ático con voz temblorosa:

—No sé qué significa esto o qué va a pasar, pero quiero arriesgarme contigo.

Alejandro acarició suavemente mi mejilla y contestó:

—Yo necesito saber qué es lo que tienes para que le hayas robado las palabras a un escritor.

Sonreí ante aquella respuesta y nos volvimos a besar.

Después nos sentamos en aquel sofá destartalado que tenía en su ático, compartiendo algunas latas de cerveza que sacó del frigo y fumando esa cosa natural que Lili aseguró que vendían en herbolarios, cbd o algo así, sumergidos por primera vez en una conversación sincera y llena de risas.

Nos contamos historias y compartimos nuestros miedos y sueños, creando un vínculo tan especial como peligroso que, inexplicablemente, iba más allá de la atracción física.

La tarde de aquel sábado pasó volando, disfrutando de aquella sorprendente complicidad y la magia que parecía envolvernos.

Y llegó el domingo, y el lunes volví al trabajo y a la vida real.

Ahora no veía nada claro lo que había pasado, y todavía no comprendía que eso que latía dentro de mí era miedo.

Pavor a que Alejandro me hiciera una jugarreta como me había hecho Héctor.

—¿Y si sale mal como con el idiota de Héctor? —pregunté a Lili con temor.

Ella suspiró y me cogió la mano.

—¿Y si salimos mañana a la calle y nos atropella un tractor?

—No hay tractores en Madrid.

—Un tráiler, Alba, lo que sea.

Suspiré, no tenía nada claro todo aquello.

—Te está paralizando la idea de que Álex te haga daño, y eso no tiene por qué pasar.

—No lo sabemos.

—Exacto, no lo sabemos. Y no puedes seguir pensando así, de lo contrario estarás anclada al fantasma de Héctor para siempre.

—Lo sé, pero…

—Además, habéis estado hablando desde que os disteis los números el otro día.

—Sí —reconocí.

Era cierto, habíamos compartido algunos mensajes, pero ninguno tenía una importancia potente.

—Pues aunque eso haya sido así, no estás obligada a nada. Si no quieres tener nada más con él, solo tienes que decírselo —dijo Lili como si fuera lo más obvio del mundo, aunque no le faltaba razón.

No obstante, la pregunta que venía a continuación era: ¿realmente quería que no volviese a pasar nada entre Alejandro y yo?

—Lo sé.

—Ahora vamos a bajar ahí y si él baja, pues muy bien, y si no, también.

Resoplé.

—Vale, pero solo un rato. Mañana tengo que trabajar.

—Eso es. —Lili sonrió y ambas bajamos de la mano.

Al llegar al patio interior, nos encontramos con un ambiente muy animado. Clotildo, Doña Rosa, Laura y Alejandro ya estaban acompañando a Isabel minutos antes de comenzar la clase de baile.

—¡Pues ya estamos todos! No creo que venga nadie más —dijo Isabel—. Lo bueno de esto es que nada es obligatorio, pero una vez aquí, ¡démosle ritmo al cuerpo!

Alejandro me dedicó una sonrisa y yo se la devolví de forma automática.

Qué guapo era.

Llevaba puestos unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta ajustada de color azul cielo. Zapatillas cómodas y un colgante discreto alrededor del cuello.

Aunque su apariencia era sencilla, siempre irradiaba una confianza natural y una actitud despreocupada. No necesitaba grandes gestos o extravagancias para destacar, su presencia era suficiente para captar la atención de los demás.

Isabel, la experta en el baile, nos dio una breve explicación acerca de aquella modalidad: la bachata, apuntando cómo debíamos mover las caderas y coordinar los pasos.

—Dicho esto ¡elegid pareja! —exclamó—. Cloti, vente conmigo.

—Laura, tú conmigo —dijo entonces la traidora de Lili.

Maldita, pensé.

—Parece que solo quedamos tú y yo —dijo Alejandro acercándose a mí.

—Dudaba que vinieras —le confesé.

—¿Por?

—No te pega nada —me reí, olvidando al instante mis dudas antes de bajar.

—¿Y eso por qué?

—Porque no, te veo más escuchando ahí arriba —dije refiriéndome al ático— algún grupo de música alternativa.

—Pues has acertado.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —le pregunté azorada.

Qué tonta me ponía, en serio.

—Verte —me susurró al oído.

—Bien, chicos, ahora vamos a juntar las caderas y a dejarnos llevar por el ritmo. Recordad que la bachata es un baile sensual y apasionado. ¡A disfrutar! —dijo Isabel.

Lo que me faltaba, tener a Alejandro tan sumamente cerca como para poner en aviso a mi chirla, pensé.

Clavaíto, de Abraham Mateo y Channel comenzó a sonar.

Notaba cómo la piel se me erizaba cada dos por tres. Aquella cercanía me estaba poniendo cardíaca, y solo deseaba volver a tener aquellos labios entre los míos.

—Espero no pisarte los pies —dijo en mi oído, con mi cadera pegada a la suya.

No pude evitar dar un pequeño besito en su cuello, sin pensar en ningún momento que algunos de los vecinos podrían haberse dado cuenta de aquel detalle.

—No me hagas esto…

—¿El qué? —pregunté.

—Provocarme así —susurró haciéndome sentir un latigazo en mi bajo vientre.

No contesté, básicamente porque no podía decir ni una palabra.

Estaba completamente embelesada, completamente rendida a los estímulos que recibía a través de mis sentidos.

Ese chico me hacía ser incoherente, pero a la vista estaba que también me hacía olvidar mis temores cuando estaba con él.

A medida que bailábamos juntos, pude notar cómo su estilo se reflejaba en su forma de moverse. Sus pasos eran fluidos y naturales, sin perder nunca esa esencia bohemia que lo definía.

Sorprendidos porque no nos hubiéramos pisado los pies, nos sumergimos en la música, dejándonos llevar por los ritmos sensuales de aquella canción.

En cada movimiento sentía una conexión más profunda con Alejandro, como si nuestras almas estuvieran danzando en perfecta armonía.

Bailamos un par de canciones más, y después el ambiente de la clase se llenó de risas y diversión, encontrando así momentos para intercambiar palabras y chistes ingeniosos.

La química entre nosotros era innegable, y sentía que con él todo era muy fácil.

Entonces, ¿por qué me daba tanto miedo sentir todo aquello?

Cuando los bailes terminaron, Clotildo sacó algunos mojitos y nos los bebimos manteniendo una conversación agradable entre todos los vecinos.

No obstante, no tardamos en retirarnos, pues era un día entre semana y al día siguiente había cosas que hacer.

Me despedí de Alejandro con un abrazo, al igual que de todos los demás, y Lili y yo subimos a nuestro apartamento.

Fue entonces cuando, justo cuando iba a cerrar la puerta, la zapatilla de Alejandro lo impidió.

—¿Qué haces? —le pregunté sorprendida.

—No puedo despedirme así de ti, sin más —dijo.

—Yo… me voy —dijo Lili.

—¿Dónde? —le pregunté a mi amiga.

—A… tomar la luz de la luna, sí. Hoy está llena, es muy potente y lujuriosa —dijo aquella última palabra levantando las cejas, la muy traidora.

Alejandro sonrió y Lili se marchó, cerrando la puerta.

—No te imaginas lo mucho que deseaba comerte la boca ahí abajo —dijo Alejandro acercándose a mí.

No había duda de que el deseo había velado sus ojos.

—¿Por qué no lo has hecho?

Levantó una ceja levemente.

—Sinceramente, no lo sé. No quería que te molestaras.

—Alejandro, yo…

—¿Ocurre algo?

—No sé si…

Adelante, Albita, cágala, me dijo mi subconsciente.

—¿Quieres que me vaya? —me dijo él separándose un poco de mí.

—No es eso…

—¿Entonces…?

—Está claro que hay algo entre los dos, algo especial, una conexión…

—Dímelo a mí, solamente quiero escribir novela romántica siendo autor de novela negra —dijo haciendo una mueca.

Sonreí, aunque de forma nerviosa, pues sentía que ese miedo irracional volvía a apoderarse mí.

—Oye, mira…

—No, Alba —dijo entonces, negando con la cabeza.

—Alejandro, espera…

Quería explicárselo, lo sentía como una necesidad.

—Mándame un mensaje si no quieres que siga —dijo asiendo el pomo de la puerta de mi apartamento.

—Pero…

—No quiero que lo pases mal —dijo simplemente—, y eso implica no obligarte a pasar tiempo conmigo cuando, a la vista está, que te incomoda que haya venido.

—Eso no es verdad.

—Lo mejor es que me vaya —insistió él.

Suspiré, resignada.

Quizá estaba siendo todo muy precipitado, quizá estábamos corriendo más que el tiempo.

—Vale, como quieras.

—Hablamos, ¿vale?

—Claro.

Alejandro se marchó y el sonido de aquella puerta al cerrarse, sonó de la misma manera que cuando te das cuenta de que has cometido un error.

El error de dejar que se marchara, claro.

24
Lágrimas negras

—Ya, bueno, ¿y qué puedo hacer? —pregunté a mis amigas en una videollamada a tres.

Desde luego, tenían el cielo ganado conmigo, llevábamos una hora de reloj hablando y solo eran las nueve de la mañana.

Debían quererme mucho.

Las había puesto al día sobre lo que había pasado con Alejandro.

—Pues arreglarlo, ¿qué vas a hacer? —dijo Sonia.

—No pasa nada porque aún no os hayáis acostado. Yo no hubiera tardado tanto, peeeeero… —dijo Inés.

La miré con los ojos rodando hacia arriba.

—Eres idiota.

—Era solo una broma —se disculpó—. No es malo querer ir despacio, cielo, en serio.

—Y es normal que tengas cierto temor —añadió Sonia.

—¿Cierto temor? ¡Estoy cagada! Pero, a la vez…

—Haz caso a ese "a la vez". Hazlo con miedo, pero hazlo, no desperdicies oportunidades —me dijo Inés.

Bufé, contrariada, lo cierto es que tenía la cabeza hecha un lío, y las primeras horas de trabajo de aquel día pintaban intensas.

Había llegado a la puerta del edificio en el que se encontraba la editorial, por lo que hube de despedirme de mis amigas.

Algunos momentos después, me encontraba sentada en el sofá de la elegante oficina de Salvador Arenas, nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

Por un lado, sostenía entre mis manos el primer ejemplar impreso de *Lágrimas Negras*, la novela de Alejandro, y debo decir que aquella edición quitaba el hipo, de la misma manera que lo hacía su autor.

El aroma a tinta fresca llenó el aire cuando lo abrí para ojearlo, y cada página representaba el trabajo duro al que se había enfrentado mi vecino. Bueno, mi rollete, digo mi amigo…

En fin, lo que fuera.

Por otro lado, sabía que era cuestión de minutos que entrase por la puerta, pues Salvador ya me había avisado de que en aquella reunión, seríamos tres.

Después me había dejado a solas con el libro, como si dentro de sus páginas pudiera encontrar el secreto más oscuro de su autor, y se había marchado a por unos cafés.

Alejandro abrió la puerta mientras yo acariciaba aquella portada cautivadora.

—Hola —saludó de forma neutra.

—Hola —me puse de pie de forma precipitada—, ¿cómo estás? Salvador ha ido a por unos cafés. ¡Mira! ¡Tu libro! Lo cierto es que ha quedado precioso. ¿Ves estos colores tan…?

Su mano sobre mi brazo hizo que guardara silencio de inmediato.

Tenía una sonrisa tranquilizadora pintada en los labios.

—Dame un poco de eso que has desayunado, tengo la energía por los suelos —me dijo.

—Lo siento, estoy nerviosa.

—¿Por qué? Solo… soy yo, tu jefe y mi libro —dijo haciendo una mueca.

Y el baile de anoche, y mis ganas mezcladas con mi miedo de que te quedaras, pensé, aunque no lo dije.

—Suficiente. ¿Cicuta? Por favor y gracias —dije mirando hacia otro lado, atacada de los nervios.

—Pues ya estoy aquí —dijo Salvador dejando los cafés sobre la redonda mesa de reuniones.

Mostraba su elegancia y seguridad habituales.

Dio la mano a Alejandro a modo de saludo y, en el intento de que me sintiera acompañada mientras caminábamos hacia la mesa, posó su mano sobre mi cintura.

Yo diría que más abajo de lo habitual.

Vamos, que me acarició medio culo y yo…

Yo solo atiné a zafarme de él de forma suave y elegante por mucho que mi corazón latiera desbocado del asco, y a observar cómo el gesto de Alejandro se contraía, molesto.

Carraspeé, llevándome el libro de Álex al pecho.

Ni siquiera supe por qué hice aquello, pero sí sabía que mi incomodidad era evidente.

No obstante, decidí enfocarme en la reunión que nos esperaba, pues había asuntos importantes que discutir y no quería ni debía permitir que mi malestar interfiriera en el trabajo.

Alejandro también decidió guardar silencio, ya me había encargado yo de decírselo con la mirada y negando levemente con la cabeza.

Nos sentamos alrededor de la amplia mesa y Salvador comenzó a hablar sobre la fecha de lanzamiento de *Lágrimas Negras* y las presentaciones que había organizado.

Cada palabra resonaba en mis oídos mientras observaba a Alejandro y Salvador interactuar, y a pesar de la tensión palpable en la habitación, traté de mantener la compostura y concentrarme en los detalles que el editor nos proporcionaba.

La emoción de ver nuestro trabajo tomar forma me llenaba de orgullo y alegría, pero mi mente se desviaba a menudo hacia la incertidumbre que sentía en lo más profundo de mí.

Cuando la reunión llegó a su fin, ambos teníamos un calendario en el móvil con la fecha del lanzamiento del libro y una gira de firmas por toda España.

Debido a la noticia de que Alejandro Ibáñez, autor autopublicado súper ventas, trabajaba en aquella editorial, Salvador Arenas comenzó a recibir muchos manuscritos, por lo que debía ser yo quien acompañase a Álex en toda la gira.

Estupendo.

¿Algo más, Universo? No pones a mi alcance nada más que tentaciones a las que tengo pánico.

Nos despedimos de Salvador y salimos al pasillo. Yo debía seguir con mi trabajo, y Alejandro debía marcharse de allí.

La tensión todavía flotaba un poco en el aire.

Alejandro se acercó a mí, sus ojos fijos en los míos.

—¿Estás bien? —Acarició mi mejilla. —Dime que es la primera vez que hace eso y has reaccionado así porque te ha pillado de sorpresa. No quiero arrepentirme de no haberle partido la cara —dijo con asco.

—Me ha pillado totalmente desprevenida —le confesé, todavía no entendía cómo había

podido hacer eso sin mi consentimiento.

Alejandro apretó la mandíbula, cabreado.

—Gracias por preocuparte, sé cuidarme sola.

Asintió con la cabeza.

—No lo dudo. De lo demás… ¿todo bien?

Sabía perfectamente a qué se refería y un nudo en la garganta me impidió tragar saliva.

¿Y si decía la verdad?

¿Y si me lanzaba y punto?

Dios, ¿por qué era todo tan difícil?

Mi corazón latía desbocado mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Quise explicarte anoche… Me asusta enamorarme de ti. Bueno, de ti o de quien sea —admití—. Me han hecho daño y no quiero volver a sentirme vulnerable. Además, todavía… —resoplé— todavía siento que es pronto para…

—Lo entiendo.

—¿Cómo?

—Entiendo que te sientas así —dijo Alejandro.

—¿Y ya está?

—No puedo obligarte a nada que tú no quieras —me dijo, aunque su mirada era triste.

—Pero —intenté decir.

—¿Pero? —me interrumpió.

—Contigo hay algo especial, algo que no puedo ignorar.

—Eso da igual si el miedo gana la partida, Alba —me dijo.

Sus palabras resonaron en mi interior, tocando una fibra sensible.

¿Cuántas cosas dejamos de hacer por miedo?

El miedo nos paraliza, nos anula, nos convierte en marionetas.

Sentía que había una conexión única entre nosotros, algo que iba más allá de la atracción física. Era un magnetismo inexplicable, y no podía negar que deseaba descubrirlo en toda su plenitud.

Desde luego, Alejandro estaba haciendo un esfuerzo.

—Tienes razón. Solo… necesito que hagas una cosa por mí.

—¿Cuál?

—¿Podemos ir despacio, sin presiones ni expectativas? —le pedí con el corazón acelerado.

Alejandro sonrió de lado, se removió el cabello lacio y oscuro y se acercó a mí.

Me apoyé en aquella pared fría del pasillo de la editorial y contemplé sus ojos sinceros.

—¿Puedo comerte la boca de una maldita vez? —me pidió riéndose.

No pude evitar contagiarme y solté una carcajada estruendosa que hizo que me tapara la boca con las manos.

Me di cuenta entonces de que Alejandro era aire fresco, me hacía reír.

Nos besamos y me cercioré de que nuestros labios encajaban a la perfección.

Después se fue a casa y prometió recogerme cuando terminase mi jornada laboral.

Solo entonces buscamos refugio en un acogedor bar que quedaba cerca de la oficina, el sol picaba a esa hora del día.

Tomamos unas cervezas y pedimos algo de comer.

Ahí estaba de nuevo: la magia.

No supe cómo ni por qué, pero decidí disfrutar cada instante sin preocuparme demasiado por lo que vendría después.

Aunque el camino seguía siendo incierto, sabía que había encontrado en mi vecino del ático algo especial, algo que sin duda valía la pena explorar.

Dejé que la incertidumbre se convirtiera en la chispa de una historia que estaba por escribirse.

25
Alejandro y Barcelona

Que Alejandro era un autor súper ventas, lo tenía claro, ya se había encargado Salvador de enseñarme la trayectoria que habían tenido sus últimos libros, pero jamás pude imaginarme la acogida que tuvo el lanzamiento de *Lágrimas Negras.*

Se mezclaron su talento con el mío, pues debo reconocer que hice un trabajo publicitario de la hostia.

Sí, joder, déjame que me lo crea.

Déjame que me crea lo buena que era en mi trabajo, a pesar de ser mala en las artes del amor.

O, bueno, quizá no tanto.

Comenzó la gira de firmas y la primera parada que hicimos fue en Barcelona.

Si había dicho que tenía miedo a sentir, el destino me sirvió dos tazas de experiencia para vencerlo, pues estar todo el día pegada a Alejandro y pasar tiempo junto a él, era la prueba definitiva de que podía enfrentar mi pánico a abrirle mi corazón.

Barcelona estaba llena de magia y encanto, y aquella primera presentación se llevó a cabo en una librería acogedora y preciosa ubicada en Las Ramblas.

Las estanterías estaban repletas de historias esperando a ser descubiertas, y el personal nos trató de forma exquisita.

Los lectores, emocionados y ansiosos, formaron una larga fila que serpenteaba el local.

—Barcelona te ha dado la bienvenida con los brazos abiertos. Cientos de personas esperando conocerte —le dije sonriendo—. ¡Estoy flipando!

Alejandro estaba eufórico.

—Es increíble. No me lo creo —dijo pasándose las manos por el pelo.

Me senté a su lado, en la mesa de firmas, y los lectores empezaron a acercarse uno a uno con la esperanza de tener un momento con mi vecino del ático y llevarse un pedacito de su esencia en las páginas de su libro.

—Estás guapísimo —le susurré al oído—, estoy orgullosa de ti y de todo esto.

Acarició suavemente el dorso de mi mano, en un gesto ŕapido entre lector y lector, pero no por ello menos delicado.

—Gracias, vecinita. Pero no olvides que tu papel ha sido clave en todo esto.

—Mi papel como profesional, dirás. Te recuerdo que sigues sin escribir —dije, después sonreí al siguiente lector que se acercaba con un ejemplar de *Lágrimas Negras* en la mano.

—Eres malvada —me respondió con una carcajada.

A medida que Alejandro firmaba un ejemplar tras otro, nos sumergimos en conversaciones llenas de risas, complicidad y el encanto de las historias compartidas.

Aquella experiencia debía de ser muy emocionante para él, y lo cierto era que se le notaba en la cara.

—Tu novela me ha cautivado de principio a fin. No puedo expresar con palabras lo que siento al leer tus letras —dijo una lectora emocionadísima.

—Gracias por tus palabras. Busco hacer sentir a la gente con lo que escribo —contestó Alejandro con una mirada cálida.

La firma continuó y cada lector trajo consigo una historia, una emoción y un lazo invisible que los unía con Alejandro.

La conexión entre ellos era palpable, como si las palabras impresas en las páginas hubieran cobrado vida.

Se suponía que Alejandro escribía novela negra, pero sus historias siempre tenían mucho más detrás.

Un trasfondo.

Un mensaje en cada capítulo.

Era impresionante leer lo que hacía, así que entendía perfectamente que hubiera llenado la librería.

Cuando la firma finalizó, nos dirigimos caminando hacia el hotel que habíamos reservado para pasar la noche.

—Es increíble cómo logras tocar el corazón de las personas con tus palabras. Eres un maestro en el arte de la conexión emocional —le confesé.

Entonces él me dio la mano.

—Es el mayor regalo que un escritor puede recibir —me dijo, sonriendo.

—¿Estás contento?

—Mucho. Me alegra mucho que estés aquí, acompañándome.

—Yo…

—¿Sí?

—Iba a decir que estoy feliz de estar aquí contigo, compartiendo este viaje.

—Joder, ya me había asustado.

Le sonreí.

—Pues no lo hagas, estoy aquí —le dije apretando su mano.

Cuando llegamos a la habitación, el cansancio se mezcló con las emociones del día y, en mi caso, con el nerviosismo de compartir cama con él.

Sería la primera noche que pasaríamos juntos.

—Hay algo que no te he dicho —dijo entonces sentándose en la cama, a mi lado.

Alcé las cejas, sorprendida.

—¿El qué? —pregunté interesada.

—Sí que he vuelto a escribir.

Sonreí levemente.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—No me salía nada. No se me ocurría ningún crimen ni nada parecido para empezar un nuevo libro.

—Lo sé, pero ¿has encontrado inspiración, entonces?

Asintió con la cabeza.

—Te he encontrado a ti.

Me reí.

—Se suponía que yo había espantado a tus musas.

—Para hacer que vengan otras. He encontrado… otro enfoque. He encontrado inspiración en ti.

Aquello no me lo esperaba.

—Sé que mis tres últimos libros son novela negra y han funcionado de locos. He sido *Best Seller* en Amazon en varias ocasiones, pero ahora mismo no me sale.

—Has de esforzarte.

—Lo sé, pero, me gusta disfrutar escribiendo, aunque sea mi trabajo. Salvador quiere reeditar también los otros dos libros, uno por año, así que tengo ese cupo cubierto. Puedo escribir lo que yo quiera y autopublicarlo con un seudónimo o algo así, tal y como empecé.

—No sé qué decir… —confesé. Salvador no me había informado acerca de ello.

—Que me apoyas, simplemente —dijo.

—Y por supuesto que lo hago. Me parece buena idea lo del seudónimo, la gente te conoce en ese estilo, no creo que sea buena idea mezclar géneros.

—No quiero sentirme etiquetado —me dijo un poco hastiado.

Sonreí y le acaricié la mejilla.

—Para eso usarás el seudónimo. Un buen escritor, siempre es versátil. Y tú lo eres. Si ahora te apetece escribir otro género, perfecto, pero no le des esos libros a Salvador. Tus lectores ya te conocen como el maestro del *Thriller*.

—Te haré caso —me dijo.

—Ahora bésame, anda. Llevo todo el día sin hacerlo y me muero de ganas —le dije sonriendo sobre su boca.

Alejandro atrapó mis labios con los suyos y me dejé hacer.

La habitación se llenó de silencios cómplices, solamente rotos por el sonido de nuestros labios y nuestras risas.

Instantes suspendidos en el tiempo, en los que nuestros corazones latían al ritmo de una historia que iba más allá de las palabras.

—Gracias —le dije con mi boca pegada a la suya.

—¿Por qué?

—Por aparecer.

26
Alejandro y Sevilla

—Sí, ya hemos llegado a Sevilla. Estamos yendo a la librería —le expliqué a Lili, que me había llamado por teléfono para ver qué tal estaba.

—¿Así, sin anestesia ni nada? Tomad un refresco, o algo —me dijo—. Hace calor.

—Tranquila, Alejandro ha comprado dos cafés granizados —sonreí mirándolo de soslayo.

Tenía una mano puesta a modo de visera para protegerse los ojos del sol, con la otra cogía el vaso de cartón lleno de bebida.

—Qué chico tan mono —dijo mi vecina con aire soñador—. Dime, ¿has compartido ya energía con él?

—¿Cómo?

—Que si te lo has chuscado.

—¡Lili! —exclamé avergonzada.

—¿Qué dice? —preguntó Alejandro divertido.

—Nada, tonterías… —le contesté quitándole importancia.

—Tonterías, no. ¡Aprovecha ese viaje!

—Te cuelgo, vamos a entrar en la librería.

—Adiós, rompecorazones —me dijo.

—Idiota —me reí.

—Yo también te echo de menos.

La Plaza de España en Sevilla era un hervidero de emoción y expectación.

La librería local a la que debíamos acudir, ubicada en un rincón pintoresco de la plaza, estaba lista para recibir a Alejandro y a sus fervientes seguidores.

El bullicio de la multitud era ensordecedor. Los lectores aguardaban impacientes en una larga fila, sosteniendo sus ejemplares entre las manos.

Yo observé a Alejandro con admiración mientras interactuaba con cada persona, dedicando palabras amables y sonrisas sinceras.

Una vez estuvimos sentados en la mesa de firmas, le tocó el turno a un joven entusiasta al que le brillaban los ojos de emoción.

Mientras Alejandro le firmaba el ejemplar, el joven le confesó cuánto le había conmovido su novela, y él, con su habitual humildad, le dio las gracias.

Después de varias horas de firma, el evento llegó a su fin, y salimos de la librería para sumergirnos en las estrechas calles de Sevilla.

El sol de la tarde acarició nuestros rostros mientras paseamos por los patios empedrados y admiramos los coloridos azulejos que adornaban las fachadas en busca de algún sitio en el que saciar nuestro apetito, pues lo cierto es que nos encontrábamos hambrientos.

—Confieso que me da un poco de miedo emprender el plan que te dije anoche —me dijo al

tiempo que avistamos un lugar que parecía idóneo para comer algo.

Negué con la cabeza, contrariada por lo que me acababa de decir, al tiempo que sonreía.

—Tienes un don especial para las palabras, no dejes que el miedo te impida compartir tus historias con el mundo. ¿Qué más da el nombre con el que firmes tus novelas?

—Habló la reina del pánico —se rio y yo le pegué un empujón cariñoso.

—Lo estoy superando, ¿vale? —dije en mi defensa, divertida.

Alejandro silbó y fingió limpiarse el sudor de la frente.

—Y menos mal, ¿cuánto crees que habría aguantado sin besarte? —me dijo al tiempo que me agarraba de la cintura y me pegaba a él.

—Creía que te caía mal —le dije. Después le saqué la lengua.

—Solo cuando me abrasaste con la lasaña —dijo sonriendo.

—Te olvidas de mi pedo de princesa muerta.

Alejandro se rio a mandíbula abierta.

—Exageré, no olía a nada.

—¿En serio?

—Te lo juro, solo quería picarte.

—¡Serás…!

Me subí a su espalda de un salto y ambos reímos mientras Alejandro daba vueltas sobre sí mismo conmigo subida a caballito.

—Dios —dijo cuando me dejó en el suelo de nuevo—, necesito comer.

—Ya llegamos.

Nos detuvimos en una terraza al aire libre, donde pudimos saborear platos deliciosos de tapas sevillanas mientras compartimos risas y anécdotas.

La complicidad entre nosotros crecía por momentos, y me sorprendí pensando de nuevo que con Alejandro era muy sencillo hablar.

Con la noche ya instalada, regresamos al hotel, agotados pero felices por el éxito de la firma y por los momentos compartidos en la ciudad.

Una vez estuvimos aseados, tumbados en la cama y en la intimidad de nuestra habitación, nos miramos a los ojos y nos besamos dulcemente.

Aquello solo era el comienzo, y una de las manos de Alejandro acarició mi abdomen y se coló por la goma de mi pantaloncito corto de pijama.

Dolía, lo confieso.

Lo deseaba tanto que dolía.

Aun así…

—¿Quieres que siga? —preguntó cuando puse mi mano sobre la suya.

Sus dedos ya habían traspasado la barrera de la tela fina de mis braguitas y presionaban suavemente mi entrada.

Lo miré.

—No me importa parar —me dijo con sinceridad.

—¿Quieres parar?

Sonrió de lado, canalla.

—No, necesito sentirte, tocarte… pero no quiero que te sientas presionada.

Sonreí.

—No quiero que pares.

—Entonces no lo haré… —susurró sobre mi boca, utilizando su lengua para abrirse paso entre mis labios.

Sus dedos palparon mi sexo, empapado por el momento y su cercanía.

—Estás empapada…

—No pares ahora —le pedí en un jadeo.

Alejandro negó con la cabeza y volvió a besarme.

Sus dedos entraron y salieron de mí de forma suave y placentera, después se centraron en mi clítoris.

El tiempo pareció detenerse mientras nos perdimos en el abrazo del otro.

En ese momento, Sevilla se convirtió en testigo de un amor que nacía sin que pudiéramos evitarlo entre letras y miradas.

El mundo exterior desapareció por un instante, dejando espacio solo para nosotros.

Pronto llegué al clímax y Alejandro sonrió, satisfecho.

Después besó mi frente.

Fue un encuentro lleno de intensidad y complicidad, un momento mágico que selló el comienzo de una historia que todavía tenía mucho por contar.

27
Alejandro y Galicia

Dos días después, Galicia nos recibió con su encanto mágico y un clima impredecible.

La firma se llevó a cabo en una pequeña librería del corazón de la ciudad.

La fachada de piedra y los balcones con flores le daban al lugar un toque pintoresco.

Mientras nos dirigíamos hacia allí, pudimos sentir la brisa fresca del mar acariciándonos la cara mientras se escuchaba el suave murmullo de las olas rompiendo en la costa.

Las calles empedradas estaban llenas de vida, con gente paseando y disfrutando de la tarde.

Cuando llegamos a la librería, encontramos, como venía siendo habitual, un grupo de lectores entusiastas que esperaban ansiosos que llegara el momento en el que Alejandro les firmara.

Algunos incluso llevaban cartas y pequeños regalos entre las manos.

Alejandro se sintió abrumado y agradecido por todo el apoyo que estaba recibiendo en cada ciudad.

Pero lo novedoso de aquella parada fue la invitación de algunos lectores con los que Alejandro había estado compartiendo impresiones desde sus inicios a tomar algo en un bar cercano. Aceptamos encantados y nos sentamos en una mesa al aire libre.

Compartimos historias entre risas y copas de vino.

Fue entonces cuando recibí una llamada de Salvador, informándonos de que teníamos una cena con un par de socios de la editorial que llevaban la otra sede en la ciudad, por lo que pasamos por el hotel para cambiarnos y asearnos y, una vez arreglados, nos reunimos junto a ellos en un restaurante elegante.

—¿Es necesario todo esto? —preguntó Alejandro haciendo un mohín.

—Pregúntale a tu editor, es cosa suya —le contesté sonriendo.

—Dios, qué horror. No estaba en mis planes pasar la noche así en Galicia.

—¿No? ¿Y qué pensabas hacer?

—Con estar contigo en el hotel me doy por satisfecho —me dijo sonriendo.

Me reí.

—Eres bobo. Solo será una cena. Piensa en la comida.

—Solo pienso en comerte a ti —me susurró al oído, haciendo que mis mejillas se pusieran como un tomate.

—Shhh, no me hagas esto —le susurré azorada, zarandeándole el brazo.

—¿El qué? ¿Ponerte cachonda? —me preguntó con picardía.

—Eres insufrible —le dije, pero en mi fuero interno debo admitir que escuchar aquellas cosas salir de sus labios, me ponían como una moto, y solo conseguían que Alejandro me gustase más todavía.

—Espero cenar bien, al menos.

—Y que no se alargue, por Dios, estoy cansada.

—Pues espero que reserves fuerzas, luego pienso agotarse. —Me guiñó un ojo.

Universo, conserva mis bragas, a este paso me quedo sin ellas por combustión, pensé.

No obstante y para nuestra sorpresa, disfrutamos de una cena exquisita y sofisticada.

El chef nos sorprendió a todo el equipo, del cual todos nos resultaron muy simpáticos y agradables, por cierto, con una selección de platos de gastronomía gallega, donde los sabores del mar y de la tierra se fusionaban a la perfección.

Comenzaron con una selección de mariscos frescos, incluyendo ostras, percebes y gambas blancas.

Los sabores salados y marinos explotaron en nuestras bocas.

Acompañamos los mariscos con un vino blanco local, refrescante y con notas frutales.

Después continuamos con un plato principal de pulpo, tierno y jugoso, acompañado de patatas cocidas y aderezado con pimentón y aceite de oliva.

Para finalizar, disfrutamos de un postre típico de la región: filloas rellenas de crema y espolvoreadas con azúcar glass.

Durante la velada, compartimos risas y conversaciones animadas sobre el mundo editorial y los nuevos proyectos en marcha.

Fue una oportunidad perfecta para estrechar lazos con todo el equipo y fortalecer la relación entre editorial y escritor.

Además, nos pusimos finos a vino y eso nos hizo disfrutar todavía más.

Cuando aquello finalizó y tal y como había imaginado, Alejandro sintió la necesidad de escapar un poco de la formalidad del evento, así que le propuse que fuéramos a una playa cercana antes de regresar al hotel.

Me miró con complicidad y aceptó sin pensárselo dos veces.

Caminamos hacia la playa mientras el viento soplaba suavemente y el sonido del mar nos envolvía.

Nos besamos y calmamos la necesidad de haber estado sin hacerlo durante toda la cena.

Cuando estábamos con el equipo o en el trabajo, nuestra relación era estrictamente profesional.

Nos descalzamos y corrimos hacia el agua, riendo y sintiendo la frescura del mar en nuestros pies.

—¡Está muy fría! —exclamé, sentándome cerca de la orilla.

—Eres como un pajarito —rio él, sentándose a mi lado.

—¿Parajarito? ¡Ven aquí! —exclamé agarrándolo por la camisa y estampando mis labios en los suyos.

Alejandro me tumbó en la arena, sin importarme en absoluto que el cabello se me llenara de ella.

Pronto noté su dureza e interpuse la mano entre nuestros cuerpos, acariciándole.

—Alba, aquí…

—¿Por qué no? —pregunté—. No hay nadie.

—Lo sé.

—Anoche me hiciste sentir…

—¿Bien? —preguntó sonriéndome desde arriba, pues estaba apoyado sobre sus manos, que se aferraban a la arena.

—Muy bien.

—Me alegro. Eres… deliciosa, Alba —dijo besándome de nuevo.

Mi mano volvió a la carga y rodamos hasta que fue él el que estuvo sobre la arena.

—Déjame compensarte —le dije con voz lasciva.

Desabroché sus pantalones y los bajé junto a su ropa interior lo suficiente para que su sexo, duro como una piedra, emergiera al exterior.

Acaricié arriba y abajo, subiendo y bajando mi mano alrededor de su polla.

Húmedo, ya estaba preparado para mí.

Sin pensarlo dos veces, porque lo deseaba muchísimo, metí la punta en mi boca.

Alejandro soltó un jadeo que se ahogó con el rugido del mar.

Lamí, soplé y chupé mientras escuchaba sus gemidos y observaba su gesto de deleite.

Se mordía los labios y mi sexo no paraba de encenderse cada vez que observaba su rostro.

—Dios, nena… —jadeó—. No pares ahora.

No lo hice, y no tardó en derramarse sobre mi boca.

—Ha sido…

Sonreí, limpiándome con un clínex que saqué de mi bolso la comisura del labio.

—¿Qué tienes que no puedo dejarte ir? —me preguntó, cogiéndome de la cintura y atrayéndome hacia él.

—¿Qué tienes tú, que me quitas todos los miedos? —le pregunté yo.

—¿Ya no te da pavor enamorarte de mí?

—Quiero fluir y ya está —le contesté sonriendo.

—Hablando de fluir, ¿hacemos una locura? —dijo al tiempo que se quitaba toda la ropa.

Lo miré, sorprendida.

—¿Otra?

—Sí.

—¿Qué haces? —pregunté sin entender nada.

—Vamos al agua.

—¿Qué? ¡No! —exclamé—. Es de noche, hay peces y…

Pero entonces me cogió en brazos y corrió conmigo hasta la orilla.

Lo que yo te diga, el vino nos hizo mucho daño.

Era verano, ¡pero estábamos en Galicia!

No nos libraríamos de pescar un resfriado.

—¡Está congelada! —exclamé sintiendo cómo me faltaba la respiración cuando estuvimos dentro del mar.

No obstante, ambos rompimos a reír por lo que estábamos haciendo.

Era una locura, desde luego, aquel mar estaba frío, pero no nos importó en absoluto.

Era una sensación revitalizante y liberadora.

Aquello me hizo sentir especial, dejar que aquel mar nos abrazara fue un momento en el que los miedos y las dudas se disiparon, dejando espacio para disfrutar del presente.

No tardamos ni medio segundo más en regresar a la orilla, cansados y helados pero felices.

Nos abrazamos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos y la emoción que fluía entre nosotros.

Tiritando, volvimos al hotel.

Y al día siguiente emprendimos el viaje de vuelta a Madrid sabiendo que Galicia había dejado una huella en nosotros y nosotros en ella.

Sus paisajes, sus lectores apasionados, los besos de Alejandro y ese baño en el frío mar habían hecho de aquella firma una experiencia inolvidable.

La intensidad de aquellos días estaba siendo brutal, y confieso que estaba comenzando a engancharme a ella.

Y a Alejandro, también.

28
Alejandro y Madrid

—Nos vemos luego, ¿entonces? —me preguntó Alejandro tras llegar a la puerta de mi apartamento, en la tercera planta.

Sonreí.

Lo cierto es que me sentía en una nube, el miedo poco a poco se había ido disipando y, aunque a veces sentía temor de que mi mala suerte volviera a acecharme, me sentía mejor.

Los últimos días junto a Alejandro habían sido como estar en un sueño.

Un sueño en el que hubo muchas cosas, pero, sobre todo, conexión.

Una conexión que nunca había experimentado con nadie, ni siquiera con Héctor, del que por supuesto, seguía sin saber absolutamente nada.

Aquel día Alejandro había firmado en Madrid, en la emblemática librería *La Central*, ubicada en pleno corazón de la ciudad.

Con su amplia selección de obras literarias y su ambiente acogedor, era el lugar perfecto para que Alejandro compartiera su pasión con los lectores madrileños.

El encanto de sus estanterías repletas de libros y el ambiente literario que se respiraba en cada rincón crearon el escenario ideal para el evento.

Como venía siendo habitual, fue todo un éxito.

—Claro, nos vemos luego —dije.

En unas horas Marta y Juan darían un concierto para los vecinos en el patio interior del edificio, formando parte de las actividades vecinales de las dos últimas semanas de junio.

Tenía la sensación de que el tiempo estaba pasando demasiado rápido a mi alrededor, pero no por ello estaba disfrutando menos.

Las heridas, aunque parezca que no, terminan curándose.

—Bien, pues luego paso a por ti —dijo Alejandro acercándose a mí.

Después me dio un tierno beso en los labios y subió a su ático.

El aroma de su perfume quedó impregnado en el aire durante algunos segundos.

Acto seguido metí la llave en la cerradura de la puerta del apartamento y entré.

—Así que, ¿luego os veis? —dijo Lili sobresaltándome.

—¡Joder, Lili, qué susto me has dado! ¿Por qué escuchas mis conversaciones? —le dije llevándome una mano al pecho, con la otra todavía sujetaba mi maleta de viaje.

—Anda, anda, ya será menos. Pasa y siéntate —me apremió acercándose para cogerme la maleta

Aproveché para cerrar la puerta y suspirar.

—¡Vas a contármelo todito! —exclamó dando palmadas con sus manos mientras se acercaba a mí para sentarse a mi lado en el sofá—. ¡Cuántas ganas tenía de que volvieras!

Me dio un abrazo y le correspondí contenta.

—Yo también te he echado de menos —le dije.

—¿Sinceramente? Lo dudo —me dijo poniendo morritos.

—¿Y eso por qué?

—No te hagas la tonta. Has estado días junto al vecinito del ático. Solos. Los dos.

—¿Y?

—¿Puedes parar y soltar prenda?

—¿Qué quieres saber, cotilla? ¡Pareces la vieja del visillo!

—¡Todo! ¡Absolutamente todo! He estado preguntando por ti al tarot y en todas las tiradas salía la carta de Los Enamorados —me explicó.

—¿En serio?

—Que sí, tía. Que estoy casi convencida de que cuando te salió aquel día, fue para avisarte de que Alejandrito andaba cerca —me dijo emocionada.

—Sí, después me tiré un cuesco en su cara. ¿Recuerdas? No digas tonterías.

—No son tonterías. Te digo que estoy casi…

—Tú lo has dicho —la interrumpí—, casi. Lo pasamos bien juntos, nada más.

Mentí.

Mentí, porque sabía perfectamente que había algo más.

—¿Tengo que recordarte que dejaste de seguir a Héctor?

—¿Y qué?

—¿Y tengo que recordarte cómo os miráis? ¡Tía, por favor! Venga, cuenta, ¿hubo intercambio de energías?

Me reí.

—Si te refieres a si nos hemos acostado…

—¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—¡No he dicho nada! —exclamé.

—Pero han pasado cositas…

—¿Qué sabrás tú?

—Yo nada, las cartas.

Bufé, resignada completamente a que Lili no cerraría la boca hasta tener información, así que la puse al día de todo lo acontecido hasta el momento.

—Tenía razón, pero que sepas que aunque no haya habido penetración, lo que habéis hecho se llama sexo.

—¿No era intercambio de energías? —pregunté poniendo los ojos en blanco.

—También.

—Dios, eres muy pesada.

—Pero tú estás feliz y eso me hace feliz a mí también.

Sonreí, agradecida.

—Eso es muy bonito —le dije—. Y sí, estoy feliz, pero agotada también.

Lili sonrió.

—¿Quedan muchas firmas?

Negué con la cabeza.

—No, menos mal.

—Pero ese tiempo juntos os ha venido de lujo.

—Ha sido una experiencia preciosa, la verdad. Acompañarle, ver cómo el trabajo que hemos hecho ambos da sus frutos…

Sonreí como una boba.

—Madre mía, estás loca por él…

—¡No!

—Sí, Alba. Te hace reír y suspirar. Ya te está haciendo el amor, lo que pasa que no te das cuenta.

Me levanté como un resorte.

¿Amor?

¿Había dicho amor?

No.

No, no, no.

Alejandro me gustaba.

Mucho, sí.

Pero yo no había dicho nada acerca del amor, ni siquiera me lo había planteado, estaba demasiado ocupada intentando precisamente lo contrario: no sentir nada más allá a parte de una atracción extremadamente fuerte hacia él.

No obstante, no tardaría en cambiar de opinión.

Dame un par de horas o tres, justo lo que tardé en descansar un rato junto a Lili, comer algo, y ponerme un vestido ibicenco para bajar al concierto que iban a dar Marta y Juan, una vez Alejandro pasó a recogerme.

—Anda, si vais iguales y todo —dijo Lili con sorna cuando Alejandro apareció en nuestro rellano.

Mi vecinito no se cortó ni un solo pelo en darme un beso en los labios al encontrarnos.

Con aquella camisa blanca oversize que dejaba el fino vello oscuro de su pecho al aire, estaba increíblemente guapo.

—¡Wow! —exclamó Lili cuando juntamos nuestros labios—. Quién lo diría…

—Oh, ¿puedes cerrar el pico de una vez? —la amonesté riéndome.

Alejandro me imitó y los tres bajamos al patio interior.

El lugar se encontraba lleno de encanto y magia. Unas luces tenues y cálidas iluminaban el espacio, creando una atmósfera acogedora y romántica.

La mesa de madera en la que Don José solía trabajar las plantas estaba decorada con centros de flores silvestres en tonos suaves, aportando un toque de frescura y naturalidad.

El escenario improvisado, situado en un rincón, estaba adornado con cortinas blancas que se movían suavemente gracias a la brisa nocturna y veraniega.

Un arco de pequeñas bombillas de luz blanca lo rodeaba, creando así una especie de marco mágico para la actuación de Marta y Juan.

Los vecinos, emocionados y expectantes, nos saludaron alegremente cuando llegamos.

Después nos fuimos sentando en las sillas dispuestas para ello, frente al escenario.

Los artistas en cuestión todavía no habían llegado, por lo que nos pusimos a conversar entre todos mientras esperábamos, creando un ambiente de camaradería y alegría.

Me cercioré entonces del aroma de las velas perfumadas que había dispuestas aquí y allá y del suave roce de las hojas de los potos que crecían pegados a las paredes, obra de Don José.

Fue entonces cuando Marta y Juan aparecieron en el escenario y mi vecina comenzó a cantar su versión de la canción *Me muero x ti*, de la cantante Vicco.

El patio se envolvió con una energía especial.

La melodía, estaba segura, resonaba en nuestros corazones, y las palabras cobraban un significado aún más profundo.

Las miradas se encontraban, los cuerpos se balanceaban al ritmo de la música y sentíamos

que éramos parte de algo más grande, algo que trascendía el espacio y el tiempo.

Los ojos de Alejandro se posaron en los míos y mi corazón se saltó un latido.

El tiempo pasa lento y solo quiero que esto no se acabe.
Sintiéndonos, ya somos dos estrellas en el Universo.

Me cogió de la mano y la estrechó en un apretón cariñoso.

Si tú supieras, todo lo que quiero, todo lo que siento por ti.
Si tú supieras, que quiero conocerte y ver a dónde va.

Ni siquiera pensé en que estábamos rodeados de todos los vecinos, me acerqué a él y atrapé sus labios entre los míos.

Si tú supieras, que ya quiero verte, creo que me muero por ti.

Los vecinos comenzaron a aplaudir, pero no sabría decir si era porque Marta había terminado de cantar o por nuestro beso.

Ambos nos reímos y aplaudimos nosotros también, disimulando por aquella pérdida de control tan inesperada.

Algunas canciones más tarde, el concierto terminó y todos estuvimos de acuerdo en que fue un regalo para nuestros sentidos.

Lo hacían realmente bien y nos unió como comunidad, reafirmando los lazos que nos unían y recordándonos la importancia de celebrar la vida y el amor en todas sus formas.

Fue ahí cuando me di cuenta que Alejandro no me gustaba simplemente, sino que había más dentro de mí, mucho más.

Todo lo que estaba dispuesta a entregarle y que todavía ni me imaginaba.

Otra vez, el amor acababa sorprendiendo a quien lo experimenta y no lo sabe, porque aunque no lo sepamos, está ahí.

Siempre está ahí, no importa la forma.

29
Alejandro y Alicante

Lili soltó un quejido lastimero cuando encendí la luz del salón.

Eran las ocho de la mañana.

—¿Es necesaria esa luz? —gimió todavía con los ojos cerrados.

La noche anterior se había quedado dormida en el sofá viendo un documental sobre veganismo en una plataforma de pago.

Estaba espatarrada y sus trencitas multicolor caían esparcidas por el sofá hasta rozar el suelo.

—Tengo que dejar las cosas aquí y no veo, Lili —le expliqué.

Aquel día viajaríamos a Alicante. Nuestro avión salía dentro de un par de horas y Alejandro ya me había avisado de que el taxi estaba esperando abajo.

—¿Y yo? —preguntó mi compañera de piso sin abrir los ojos, cerrándolos con fuerza por la luz.

Reprimí una carcajada.

—Tú no, acuérdate que vas con los demás mañana. En un Blablacar.

En efecto, Alejandro y yo llegaríamos primero a Alicante para su firma de libros y pasaríamos una noche solos en la casa de sus padres, en la playa, concretamente en la zona de El Cabo de las Huertas, por lo que había metido varias prendas de ropa de baño en la maleta.

Al día siguiente, Juan, Marta, Laura y Lili llegarían junto a nosotros para llevar a cabo la actividad de Laura y después celebrar la noche de San Juan en la playa.

—Ah, es verdad. Bueno, pues buenas noches —dijo dándose la vuelta y colocándose con el culo en pompa tras atrapar su cabeza con un cojín de estampado *hippie*.

—Hasta mañana, *Bella Durmiente* —me despedí tras darle un beso en su cabello y una palmada en el trasero.

Lili soltó un gritito frustrado y yo me reí.

Después apagué la luz y cerré la puerta con llave.

Alejandro me esperaba abajo, junto al taxi.

—Buenos días, preciosa —me saludó. Después nos besamos y advertí el sabor a café en su boca.

—Mmm café —murmuré—, yo solo desayuno leche de avena con *matcha* desde que vivo aquí.

Álex sonrió.

—Lili y su alimentación —dijo él.

—Es una dictadora total —me reí, pero lo cierto es que me encontraba mejor desde que seguía sus consejos alimenticios.

—Y tú una presa débil —dijo riéndose.

Tú sí que eres mi debilidad, pensé.

Alejandro metió mi maleta en el maletero del taxi y me abrió la puerta del asiento de atrás.

Después se apeó él, sentándose a mi lado.

—Al aeropuerto, por favor —le dijo al taxista.

El señor asintió con la cabeza y puso el coche en marcha.

—¿Estás lista para ver las mejores playas y las mejores fiestas de Alicante? Allí las Hogueras las viven desde el corazón —me dijo sonriendo.

—Me encantaría.

*

Suerte que no viajamos en coche propio hasta allí.

El centro de Alicante estaba en pleno apogeo, iluminado y lleno de vida por las fiestas de Hogueras.

Las calles se llenaban de gente, risas y música, mientras los monumentos de cartón piedra se alzaban imponentes, esperando su destino final en las llamas.

Un amigo de Alejandro de toda la vida se ofreció a llevarnos las maletas hasta la casa de la playa y también nos dio una copia de las llaves, a lo que mi vecinito estuvo muy agradecido, por lo que pudimos ir a la firma sin agobios ni cargados con nuestras pertenencias.

La librería *Pynchon&Co*, ubicada en una de las calles principales, era testigo del bullicio festivo que envolvía la ciudad.

Al entrar nos encontramos con un ambiente vibrante y animado.

La librería había adaptado su decoración para la ocasión, incorporando elementos festivos y alusivos a aquella fiesta.

Figuras de cartón piedra, representando escenas tradicionales, se alzaban en los rincones del local, añadiendo un toque festivo y folclórico al ambiente.

La firma de Alejandro en este contexto se convirtió en un evento aún más especial.

La librería estaba abarrotada de fans y curiosos, todos deseando tener la oportunidad de conocer al aclamado autor y obtener su firma personalizada.

Una vez nos sentamos en una mesa decorada con flores y pequeñas hogueritas de cartón, sonrió con la amabilidad de siempre a los admiradores que se acercaron emocionados.

Los ejemplares de *Lágrimas negras* se apilaban frente a nosotros, esperando ser dedicados con palabras especiales y llenas de cariño.

El sonido de las conversaciones se mezclaba con los acordes de la música festiva que se oía desde el exterior.

Aquellos días Alicante olía a pólvora y fuego, y la energía contagiosa del entorno se reflejaba en los rostros emocionados de los lectores, quienes compartían historias y anécdotas relacionadas con la obra de Alejandro.

Entre toda aquella algarabía, me sorprendí observando con orgullo y gratitud el amor y el reconocimiento que Alejandro recibía una vez más de parte de sus lectores.

Era un momento especial, un hito en su carrera literaria que lo acercaba aún más a sus seguidores, permitiéndoles formar parte de su universo creativo.

Compartimos miradas y sonrisas y, después de horas de firmas y dedicatorias, la librería cerró sus puertas.

No obstante, la fiesta continuaba en las calles de Alicante, así que decidimos tomarnos lo que quedaba libre del día para nosotros y disfrutar del ambiente festivo que nos rodeaba.

Picamos algo de comer en los bares que había alrededor de La Plaza de los Luceros, y

caminamos por las calles iluminadas, rodeados de las esculturas que arderían al día siguiente, llevándose con ellas todo lo que ya no sirve, y gente vestida con trajes tradicionales.

Nos dejamos llevar por el bullicio y la alegría de la ciudad en fiesta, compartiendo risas y confidencias en cada esquina.

Incluso acabamos bailando algunas canciones con sendos vasos llenos de cerveza, disfrutando del ambiente.

Aquel día fue increíble, pero no sabía cuánto necesitaba la calma que nos envolvió cuando llegamos a la casa de la playa.

El Cabo de las Huertas era una hermosa zona costera situada en el extremo sureste de la ciudad. Conocida por sus impresionantes acantilados, calas y aguas cristalinas, se trataba de un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza y la tranquilidad.

La casa de los padres de Alejandro, ofrecía vistas panorámicas al mar Mediterráneo y al horizonte infinito.

Rodeada de vegetación y con acceso directo a calas de aguas turquesas, era un refugio perfecto para descansar y desconectar.

—Dime que tus padres son traficantes sin decirme que tus padres son traficantes —dije cuando entramos dentro.

Estaba totalmente anonadada con aquel lugar, y lo cierto es que no era para menos.

Habíamos cogido el tram, gratuito aquellos días por las fiestas, para llegar hasta allí.

Después de caminar algunos minutos, por fin habíamos llegado.

Alejandro soltó una carcajada por mi comentario.

—Para nada, solo que se ha ido heredando de generación en generación. Sí que hubo un antepasado mío empresario que hizo muchos ceros en su cuenta corriente.

—Madre mía… —murmuré mirando a mi alrededor.

Aquella casa era un verdadero tesoro escondido en la costa de Alicante.

Construida con un estilo mediterráneo y rodeada de vegetación, se encontraba en perfecta armonía con el entorno natural que la rodeaba.

Contaba con un espacioso vestíbulo que daba paso a una sala de estar que de día debía ser muy luminosa y diáfana, pues los amplios ventanales permitían que la luz natural inundase cada rincón.

Aquella noche se filtraba a la perfección la luz de la luna, que se habría llenado completamente al día siguiente, justo la noche de San Juan.

Los tonos neutros de las paredes y los muebles, combinados con colores vivos en los detalles decorativos, creaban un ambiente acogedor y relajante.

La cocina, situada justo al lado de la sala de estar, era un espacio moderno y funcional, equipada con electrodomésticos de última generación y una amplia isla central.

Una ventana sobre el fregadero permitía disfrutar de las vistas a un pequeño jardín.

Las habitaciones, distribuidas en la planta superior, eran acogedoras y estaban decoradas con un estilo sencillo pero elegante.

Cada una contaba con amplios lechos, ropa de cama suave y armarios espaciosos para guardar todas las pertenencias.

Desde las ventanas se podía contemplar el mar y eso me encantó.

Pero, sin duda, la joya de la corona era su terraza. Amplia y bien amueblada, invitaba a pasar momentos inolvidables al aire libre, disfrutando de las vistas del mar, sintiendo la brisa marina y escuchando el suave sonido de las olas rompiendo en la costa.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó entonces—. Mis padres me dejan la casa estos

días y han comprado cosas para que estuviéramos cómodos.

—Tus padres son muy amables —sonreí—. ¿Qué tal un vinito?

Alejandro me guiñó un ojo y se marchó al interior en busca de una botella de vino y dos copas.

Mientras, me senté en uno de los sillones de mimbre con los que estaba equipada aquella maravillosa terraza y contemplé el mar desde allí, alumbrado por la tenue luz de la luna y de las luces cercanas.

Alejandro no tardó en regresar y, tras servir el vino blanco y fresco en las copas, se sentó a mi lado.

—Quería agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —me dijo.

Después me miró y sus pupilas se clavaron en las mías.

—Solo me limito a hacer mi trabajo lo mejor que sé —respondí halagada por sus palabras.

Alejandro negó con la cabeza, sonriendo.

—No hablaba del trabajo, que también —reconoció.

—¿Entonces?

—Cuando estoy contigo… —se humedeció los labios con la lengua— me gusta lo que soy y cómo soy.

Sonreí, sintiendo mi corazón trotando como un loco dentro de mi pecho.

—Imagino que eso se lo dirás a todas las chicas con las que has estado —dije.

—¿Tantas crees que han sido? —preguntó sonriendo de lado.

—Unas cuantas, seguro.

—Sí, pero no me he enamorado demasiadas veces en la vida.

Parpadeé varias veces.

—No irás a decirme que estás enamorado de mí y que me pides la mano porque me caigo muerta aquí mismo.

Alejandro rio.

—No, joder… Pero me siento muy bien a tu lado.

—Yo también me siento muy bien cuando estoy contigo —reconocí, cogiéndole la mano.

—Me gustas mucho, Alba.

No supe qué contestarle, así que le di un beso en los labios.

—¿Tú te has enamorado muchas veces?

Negué con la cabeza, sonriendo.

No sabía si aquello era triste o una suerte, pero lo cierto es que podía contar con los dedos de una mano las veces que me había enamorado.

En ocasiones pensaba que hacerlo no le rentaba a mi salud mental, sobre todo, después de lo de Héctor.

—No. Además, con la última tuve suficiente.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó entonces.

Lo miré, no entendía del todo aquella proposición.

—Se supone que Doña Rosa ya te contó mi vida —contesté haciendo una mueca.

—Doña Rosa solo me dijo que acababas de romper con tu pareja y que todo te estaba saliendo mal.

—¿Crees en la mala suerte? —le pregunté.

—La suerte se la busca cada uno, ¿no?

—Entonces, ¿crees que yo me busqué que Héctor me dejara en mi peor momento? —pregunté siguiendo con mi mentira.

—¿Lo hizo?

—Hizo algo peor.

—Pues qué cabrón…

—Todo empezó con un amuleto…

Le conté toda mi historia desde el principio, y me sorprendió no dejarme nada en el tintero ni ningún detalle por el camino, por muy escabroso o vergonzante que fuera.

Le conté la verdad, toda la verdad. Incluido el papel de Cloti en toda la historia.

Alejandro daba confianza, era sensible y empático.

Puso el grito en el cielo, se cagó en toda la estirpe de Héctor, me dijo que me ayudaría en todo lo que necesitara y después volvió a cagarse en mi exnovio.

—¿Cómo te puedo ayudar? —me preguntó de nuevo.

Negué con la cabeza.

—No puedes.

—¿Nada?

—Bueno, si escribieras la historia de una hija de puta que le hace la vida imposible a una publicista, te lo agradecería. Siempre podemos añadir los dibujos que guardaba en mi mesita de noche en cada página —le dije riéndome.

—Dalo por hecho.

Me reí más fuerte.

—¿Qué dices? —le pregunté pensando que estaba completamente loco.

—Lo haré.

—¿En serio?

—Puede ser una venganza perfecta. Además, usaría el seudónimo para ello —me guiñó un ojo.

Me tendió la mano y yo la estreché, aunque pensaba que era una de esas cosas que se dicen, pero que luego nunca se hacen.

—¿Y qué crees que ha cambiado para que las cosas hayan vuelto a ir mejor? —me preguntó para cambiar de tema.

—Pues no lo sé… Conocí a gente nueva que se esforzó en hacerme sentir bien, como Lili, Doña Rosa, Don José… Incluso Madame Celeste me dio consejos muy buenos —dije recordando cada palabra, consejo y detalles que habían tenido conmigo mis nuevos vecinos—. No sé si todas las cosas esotéricas que me regaló Lili sirvieron realmente o no, pero me esforcé en poner de mi parte y cambiar mi actitud. A veces nos empeñamos en querer retener cosas que ya no van con nosotros o que no pueden quedarse durante más tiempo en nuestra vida. Solo… me dejé fluir. Y entonces…

—Aparecí —dijo sonriendo.

—Sí, apareciste siempre que he necesitado ayuda —dije.

Aquella frase me removió por dentro, aunque no sabía exactamente a qué recuerdo me transportaba.

—Así que te ayudó tener un cambio de actitud frente a los problemas.

Suspiré.

—Imagino que sí. Debo aceptar que mi vida ha cambiado y ya está.

—No creo que haya cambiado tanto. Sí en aspectos importantes, pero tú sigues siendo tú. A ti no vas a perderte nunca. Solo era un trabajo, Alba. Y solo era una relación que no funcionó porque ese idiota te jugó una mala pasada.

Me sorprendió mucho aquella faceta de *coach* emocional de Alejandro, pero lo cierto es que

me estaba haciendo sentir alivio escucharle y hablar con él.

—¿Crees que fue un error estar con él?

—No sé, pero sí sé que yo, al menos, no te hubiese dejado escapar. Pero sí creo que todos somos el error de alguien y todos tenemos un error que cometemos siempre.

—¿A qué te refieres?

—Pienso que para todos hay alguien importante a quien no olvidaremos nunca, pase lo que pase. Alguien con el que nos conectamos, incluso cuando queremos evitarlo. Ese dolor de muelas del que nunca nos podremos librar.

—Eres un bohemio, se nota que escribes.

Soltó una risita y me miró.

—No digas tonterías…

—Lo digo en serio.

—¿Lo has olvidado?

Le interrogué con la mirada.

—A Héctor.

Aquella pregunta picó, lo reconozco.

Y quemó.

Eso también.

Alejandro se removió incómodo en su sillón.

—Tardas mucho en contestar, eso es un no —dijo haciendo una mueca.

—No siento lo de antes, pero algo queda, claro. Sobre todo el miedo a que me vuelvan a hacer lo mismo.

Aquellas últimas palabras hicieron que Alejandro me mirara.

Suspiró y me acarició la mejilla.

—¿Me dejas hacer una cosa?

—¿El qué?

—Lo suficiente para que me llames loco después.

Sonreí a medias y asentí con la cabeza, preguntándome qué sería.

—Espera un segundo. Ahora vengo.

—¿Dónde vas?

—Confía en mí.

Un par de minutos después volvió con su teléfono móvil y unos auriculares.

—¿De qué va todo esto?

—Necesito que guardes silencio y escuches.

—Vale.

—Cierra los ojos —me pidió colocándome uno de los auriculares en el oído. El otro se lo puso él—. Relájate y siente.

—De acuerdo.

Los primeros acordes de la canción *Voy a quedarme* de Blas Cantó comenzaron a sonar.

Quédate esta noche para ver amanecer.
Para sentir tu voz acariciándome.
Quédate un segundo más, no hay nada que perder.
Mientras dibujo un mar de memorias en tu piel.
He bajado el cielo para descubrir qué se esconde en tu mirada, solo a unos centímetros de mí.

—Álex, yo…
—Shhh —Posó la yema de su dedo índice en mis labios de forma suave y cálida.

Voy a quedarme y prometo quererte más que él.
Voy a besarte muy lento, como la primera vez.
Y dejar atrás el miedo, con tu alma entre mis dedos.
Quédate…

—Porque yo voy a quedarme —dijo mirándome a los ojos.

30
La mágica noche de San Juan

Sé lo que estás pensando y, quiero adelantarte que tu gozo se hundirá en un pozo, porque, tal y como decía Lili, Alejandro y yo NO intercambiamos energías aquella noche.

Por raro que pueda parecer, nos limitamos a besarnos hasta desgastarnos nuestros labios, como en aquella canción de Álex Ubago, a conocernos más y a acariciarnos la piel hasta que pensamos que se había tatuado bajo las yemas de nuestros dedos.

Y no es que faltara el deseo, es que sobraban las ganas de saber más el uno del otro, de confesarnos cosas, de conocer hasta nuestro más íntimo secreto.

Hablar con alguien mirando las estrellas y la luna hasta que te den las mil, también es un intercambio de energía importante, y eso fue exactamente lo que hicimos.

Al día siguiente nos levantamos bien entrada la mañana, casi al medio día, dándonos cuenta de que teníamos varios mensajes de Lili y compañía, quienes estaban a punto de llegar.

Desayunamos tostadas con jamón y zumo natural y nos dimos un baño en el mar mientras los esperábamos.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Lili cuando entró dentro de la casa, tras tocar el timbre.

Habían tenido mucha suerte con la conductora de *Blablacar*, quien les había hecho el favor de acercarlos hasta allí por el mismo precio, por lo que me tocó pasarle a Lili la ubicación de la casa.

—Menuda mansión, tío —dijo Juan dejando la maleta en el suelo.

Nos saludamos con abrazos, besos y risas y, una vez estuvieron instalados, Laura hizo una paella de verduras en la terraza para todos.

Jarras de sangría con mucho hielo y rodajas de limón y naranja y patatas de bolsa.

El verano, que sabía muy bien.

Después de una placentera siesta, nos pusimos ropa cómoda y salimos al exterior.

El olor a mar era increíble y muy placentero.

Laura había organizado una actividad de recogida de residuos en la playa como parte de su compromiso con el medio ambiente.

Había quedado con algunas personas de la ciudad para ello y nos reunimos todos en un punto de la playa de El Faro, justo debajo de la casa de los padres de Alejandro, cuando cayó la tarde y el sol dejó de picar.

Nos proporcionaron guantes y bolsas de basura.

La playa se extendía frente a nosotros, con su arena dorada y el murmullo del mar.

Laura nos explicó la importancia de mantener limpios nuestros entornos naturales y cómo nuestros pequeños esfuerzos podían marcar la diferencia.

Armados con determinación y conciencia, nos adentramos en la playa.

Nos dividimos en grupos y comenzamos a recoger los residuos que encontrábamos a nuestro

paso: botellas de plástico vacías, envoltorios de alimentos, colillas de cigarrillos y otros desechos que fuimos acumulando en nuestras bolsas.

A medida que avanzábamos, la playa comenzaba a lucir más limpia y despejada. Era gratificante ver cómo nuestras acciones podían transformar el entorno, devolviéndole su belleza original.

Compartíamos sonrisas y palabras de aliento, animándonos mutuamente mientras realizábamos aquella labor tan importante.

El sol poco a poco se fue escondiendo y el viento marino nos acarició el cuerpo.

Aunque al principio podía parecer un simple acto de limpieza, pronto se convirtió en una experiencia enriquecedora, pues nos conectó con la naturaleza y con nuestra responsabilidad de cuidarla.

Después de unas horas de trabajo, nos reunimos para admirar el resultado de nuestros esfuerzos.

La playa brillaba con una nueva vitalidad, y nos sentimos orgullosos de haber contribuido a preservarla, aunque sabíamos que aquella labor no se detenía allí, sino que era un compromiso constante con el medio ambiente.

Con el corazón lleno de gratitud y conciencia renovada, nos despedimos de la playa, sabiendo que habíamos dejado una huella positiva, listos para prepararnos para la noche más mágica del año.

Llegamos a la casa, nos dimos una ducha refrescante y nos vestimos acorde para la ocasión: ropa cómoda, pero elegante.

Las chicas optamos por vestidos largos y estampados, y Alejandro y Juan por bermudas y camisas abiertas.

¿He dicho ya que Alejandro estaba totalmente exquisito vestido así?

Cuando bajamos a la playa no nos quedó más remedio que mimetizarnos con el ambiente que allí se respiraba: el aire estaba tintado de magia y expectativa.

Las olas rompían suavemente en la orilla, mientras el cielo estrellado nos brindaba un espectáculo celestial.

El sonido de la música y las risas de la gente creaban una sinfonía festiva.

Alejandro y yo fuimos los primeros en llegar a la playa, y poco a poco fueron bajando los demás.

Lili se acercó emocionada, llevando consigo una cesta llena de cosas para la fiesta.

—¡Chicos, estoy lista para celebrar la noche de San Juan! —exclamó irradiando alegría.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Alejandro.

—Todo lo necesario para esta noche —respondió resuelta—. Espero que no te importe que haya atracado tu cocina. Mucha carne y poca verdura, también te digo.

Alejandro puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo has preparado todo eso? —pregunté yo alucinada.

—El tiempo es oro, nena.

En ese momento llegaron los demás.

—¿Tenéis todos vuestras toallas? —preguntó Laura.

Alejandro y yo nos miramos. Ninguno de los dos había cogido toallas.

—No importa —pareció adivinar Laura—, yo he cogido una gigante.

—Deja que vea todo esto —le pedí a Lili, cogiéndole la cesta de las manos una vez llegamos al punto que elegimos para ponernos.

Allí había una variedad de alimentos y bebidas de las que disfrutar durante la noche.

Sándwiches y bocadillos vegetales, hummus y tostaditas, fruta a raudales, hielo dentro de una nevera y bebidas.

Desde luego, Lili se había asegurado de que no nos faltara nada mientras celebrábamos y nos divertíamos.

Además, también había bolígrafos y cosas extrañas que no sabía para qué podían servirnos.

No obstante, si Lili las había traído, era porque nos serían de utilidad.

Además, también había traído una bolsa con leña y todo lo esencial para nuestra hoguera.

Alejandro, junto a Juan, se encargó de encenderla en el punto exacto que queríamos.

Aquella noche la playa estaba plagada de focos de fuego por doquier.

Cenamos alrededor de la hoguera, pues lo cierto es que estábamos hambrientos, y después de unos cuantos vasos de sangría helada, Lili nos explicó los rituales que debíamos hacer.

—¿Va en serio? —preguntó Alejandro riéndose.

Yo le di un codazo.

—Nunca he hablado más en serio, vecino huraño del ático —le respondió Lili con sequedad.

—Si es que… —rezongué mirando a Álex.

—Veamos… —comenzó Lili—, lo primero que haremos será saltar sobre las llamas para purificar nuestras energías y alejar las malas vibras. Alba, ¿quieres ser la primera? —me miró.

—¿Yo?

—Mejor que nadie. Venga, dale.

Mis vecinos comenzaron a jalearme, así que me levanté, divertida, me remangué el vestido y salté al otro lado de la pequeña hoguera, llevándome sus aplausos.

¡Qué divertido! ¡Y qué a gusto me estaba sintiendo!

Después saltó Lili, Laura, Alejandro, Juan y, por último, Marta.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Marta.

—Ahora —dijo Lili haciéndose la interesante—, voy a coger el atado de hierbas que he preparado y utilizaré una brasa para quemarlo.

—¿Atado de hierbas? —preguntó Juan interesado.

—Ajá —dijo Lili sacándolo de su bolsa para mostrárnoslo—. Es un atado de ruda, verbena, romero, manzanilla y lavanda. Esto servirá para protegernos, atraer la suerte, el amor y la prosperidad, relajar el ambiente, alejar las energías negativas y purificar. ¿Quién hace los honores?

Marta se ofreció como voluntaria y Lili la ayudó a prender el atado.

—¿Qué hacemos mientras eso se quema? —preguntó Laura.

—Escribir nuestros deseos en un papel y arrojarlos al fuego, para que el Universo los escuche —dijo Lili.

—Tenía entendido que se tiraba al fuego aquello de lo que queríamos desprendernos —respondió Laura dubitativa.

—También, según el lugar.

—¿Y arrojarlo al mar? —preguntó entonces Álex, alejando de mi cabeza aquellos deseos que ya empezaban a aparecer en mi mente para trasladarlos al papel.

Lili lo miró, sonriendo.

—Como he dicho, según el lugar, hay tradiciones distintas y costumbres locales que pueden variar. En algunas zonas, especialmente aquellas cercanas al mar o algún río, es común hacerlo así. Simboliza el acto de liberar los deseos al agua, confiando en que el mar los llevará y ayudará a que se cumplan. Es una forma de dejar atrás lo viejo y abrir espacio para lo nuevo.

—Entonces yo lo haré así, me he criado viniendo aquí cada verano —dijo sonriendo.

Después me miró y yo le devolví la sonrisa.

—Genial —dijo Lili.

Después sacó lápices y papel para todos y los repartió.

Fue entonces cuando me decidí a escribir mis deseos en aquel pedazo de papel. Y nunca me resultó tan fácil.

Tener paz mental.
Quererme más a mí misma.
Conseguir conservar un amor verdadero.
Ser feliz.

Cuando Alejandro terminó de escribir aquello que deseaba, dobló su papel en varios cuadraditos pequeños.

—¿Estás lista?

Asentí con la cabeza, haciendo lo mismo con mis deseos.

Acto seguido nos acercamos a la orilla y lanzamos nuestros deseos al mar.

Nos quedamos unos segundos contemplando las olas subir y bajar que me parecieron mágicos.

Ambos, cogidos de la mano, anhelando que verdaderamente se cumpliera aquello que habíamos escrito.

—¿Qué has pedido? —me preguntó.

—Si te lo digo, no se cumplirá —le contesté sonriendo—. ¿Tú?

—Te lo diré si se cumple en algún momento —dijo.

—-Vaya, qué interesante —comenté riéndome.

—¡Chicos! ¡Vamos! ¡Aún queda sangría! —chilló Laura.

—¡Y un ritual!

—¡¿Cuál?! —preguntó Alejandro a gritos desde nuestra posición, divertido.

—¡Enseñarle el culo a la luna, por supuesto! —exclamó Lili.

—¿Qué acaba de decir? —pregunté muerta de risa.

—No lo sé, vayamos a comprobarlo.

Volvimos junto a los demás y pregunté a Lili:

—¿A quién quieres enseñarle el culo tú?

—¡A la luna llena! ¡Vamos! —exclamó eufórica—. Sumergirse en el mar durante la noche de San Juan purifica el cuerpo y el espíritu, eliminando las malas energías y atrayendo la buena fortuna.

No lo vi venir, pero mientras observaba cómo entre risas y un poquito beodos por el alcohol mis nuevos amigos se quedaban en ropa de baño, Alejandro me cogió en volandas y corrió hacia la orilla.

Una especie de *Deja Vu* de Galicia, pero en las cálidas aguas alicantinas.

Grité, partiéndome de risa, y pronto nos vimos sumergidos en el oscuro mar Mediterráneo.

—¡Estás loco! —exclamé peinándome el cabello suelto y mojado hacia atrás.

—Sueles decírmelo bastante a menudo —dijo riéndose.

Y qué risa.

Qué labios tan bonitos.

Qué dientes más blancos y qué ricura de tío.

Me latía el corazón a toda velocidad y ya no sabía qué hacer con eso cuando lo tenía cerca.

Era brutal.

—Ven aquí, me muero por besarte —me susurró acercándose a mí.

Me besó con vehemencia, mezclándose nuestra saliva con la sal del mar.

Con mucha lengua y mucho frenesí.

La fiesta continuaba en la distancia, pero en ese instante, solo existíamos nosotros dos, compartiendo aquel momento íntimo y significativo.

Nos dejamos llevar por la magia del momento, permitiendo que nuestras miradas y nuestros labios expresaran todo lo que no decíamos en voz alta.

Rodeé su cintura con mis piernas y pronto su mano acarició mi sexo bajo el agua.

—No te imaginas las ganas que tengo de ti… —me dijo mirándome a los ojos.

—Y yo de ti. Y aún así, anoche…

—Anoche solo quería conocerte más, estar contigo, saber de ti lo que todavía no me habías contado. Eres especial para mí, y no me preguntes por qué, porque no lo sé. Primero me robas la inspiración, y después…

—¿Después?

—Quiero hacerte el amor, Alba.

—¿Ahora?

—Aquí —me dijo casi en un gruñido.

Mi sexo palpitaba como nunca, ardiendo por él, por su cercanía y por el roce de su piel mojada y salada.

—Me estás… poniendo…

—¿Caliente? —preguntó dándome un lametón en los labios.

—Sí… —dije con un gemido.

En un rápido movimiento, liberó su sexo de las bermudas e hizo presión contra el mío, tan solo separados el uno del otro por la fina y empapada tela de mis braguitas.

—Me muero… —dije en su oído.

—Entonces yo lo haré contigo.

Apartó la tela y se coló dentro de mí de un empellón.

Solté un grito en su oído y, con la ventaja que el agua nos daba de no pesar sumergidos en ella, Alejandro balanceó mi cuerpo arriba y abajo, haciéndonos gozar en las aguas del Mediterráneo.

Gemimos bajito, dándonos cuenta de que evitar ser descubiertos era de lo más excitante.

Escuchar sus quejidos de placer al oído me excitaba demasiado, y no tardé en derramarme junto a él.

—¡Dios! —exclamó para después morderse el labio—. Eres increíble.

—Estamos pirados, tío —me reí mirando al cielo.

—Yo sí, muy pirado por ti, la verdad.

—¿Y si esto es solo un amor de verano? —le pregunté, todavía tenía los brazos alrededor de su cuello.

—Tú nunca vas a ser un amor de verano para mí —dijo entonces.

—Ni tú para mí.

Nos besamos de nuevo, esta vez de forma lenta y suave.

Cuando salimos del agua comprobamos que los demás estaban bailando alrededor de la hoguera, demasiado pendientes de pasárselo en grande como para estar mirando qué hacíamos, por lo que nos sentamos en la orilla y contemplamos el mar iluminado por la luz de la luna.

Las olas susurraban secretos ancestrales, incluido el nuestro, y el viento nos acariciaba con su

suave brisa nocturna.

Nos perdimos en el misterio y la belleza de aquella noche, sintiendo una conexión profunda y especial entre nosotros.

—Menuda noche mágica, ¿verdad? —susurró entonces Alejandro.

—Ya te digo.

—Alba.

—¿Sí?

—¿Sería muy loco decirte que creo que te quiero?

Mi corazón se saltó tres latidos de golpe, y una especie de vértigo picó mi sistema.

—¿Qué?

—Soy sincericida, ¿te acuerdas? —me dijo mirándome.

—Alejandro, yo…

—Entiendo que tú no sientas lo mismo y que esto solo…

—Shh, iba a decirte que uno de mis deseos se ha cumplido —le dije con los ojos brillantes.

—¿Cuál?

—Me siento muy feliz en este momento.

Alejandro me besó y sus labios me supieron a promesas.

Aquella playa se convirtió en nuestro refugio de amor y encanto, mientras las hogueras ardían y las estrellas brillaban en el cielo.

Guardamos en nuestros corazones los recuerdos de aquel momento tan especial, donde el amor y la magia se entrelazaron en medio de la oscuridad y la luz de la noche de San Juan.

31
Luz y oscuridad

Recuerdo aquellos días llenos de luz, colores y magia.

La frase de “qué bien se está cuando se está bien”, tuvo mucho significado para mí en aquel momento, porque así era como me sentía: bien.

Satisfecha.

Alegre.

¿Enamorada?

Quizá no llegaba a ese punto, pero sí sentía cosas muy fuertes por Alejandro.

Casi no pasábamos tiempo separados, y los momentos que pasábamos juntos eran muy especiales.

Porque él era especial, y cuando alguien tiene esa luz por dentro, ilumina todo cuanto llega a su paso.

Escribía mientras yo le miraba y eso era algo que me encantaba hacer.

Su mente creativa había vuelto a fluir sin restricciones cuando terminó la gira de firmas pasando por Toledo, Cantabria, Valencia y Teruel, últimas ciudades que también sellamos con nuestro amor en nuestro paso por allí.

Tenía una capacidad innata para sorprenderme con sus ideas y perspectivas, cosa que me cautivó por completo.

Cada encuentro con él prometía aventuras emocionantes y una conexión que iba más allá de lo físico, como si nuestras almas estuvieran destinadas a encontrarse de todas las maneras posibles.

Desde que había llegado a mi vida, se había despertado una chispa en mi interior, algo así como la sensación de que todo era posible.

Me adentraba más y más en su mundo sin saber qué sorpresas me depararía el futuro.

Pero nunca la incertidumbre había sido tan dulce.

Aprendí que tenía obsesión por la puntualidad, parecía que el propio tiempo conspirara a su favor para llegar a la hora acordada a pesar de las circunstancias que se pudieran dar, era un perfeccionista empedernido, aficionado a las cosas antiguas y llenas de historias, amante de la mitología griega y siempre llevaba consigo una botellita de salsa picante, su ingrediente secreto para agregarle emoción a la vida.

Aquellas manías le daban un toque peculiar y encantador, formando parte de su personalidad única, haciéndolo aún más cautivador y formando cada una de ellas la intrincada tela que tejía su ser.

Describir a Alejandro era como intentar atrapar un rayo de sol entre los dedos. Una mezcla perfecta de misterio, seducción y magnetismo indiscutible.

Estaba completamente loca por él, tanto, que todo mi tiempo se dividía entre pasar las horas

en su ático y mi trabajo en la editorial, aunque durante aquellos días quedé en algunas ocasiones con Sonia, Inés y Maca, y también hacía cosas con Lili, pero mayoritariamente estaba con él.

Y cómo gusta cuando la persona a la que quieres te dedica tiempo, atención y cariño.

Quizá el destino tuviera razón al quitarme de en medio a Héctor: resultaba que tenía que llegar Alejandro a mi vida, aquel artista en constante búsqueda de la belleza y la perfección, un espíritu tan libre, que fue imposible de atar en corto.

Y, al igual que se dice que después de la tormenta siempre llega la calma, la tormenta también puede ser sembrada y recoger una tempestad más tarde.

Aquel momento llegó, por supuesto, cuando la gira terminó y Salvador Arenas nos convocó para una reunión en el despacho de la editorial.

Ambos pensábamos que sería para felicitarnos por el éxito de Alejandro y lo bien que habían ido las ventas tanto en diferentes plataformas de Internet como en las firmas.

No obstante, aquello no sucedió, y fue entonces cuando todo volvió a torcerse.

*

—Buenos días, Salvador —lo saludé cuando llegué a la oficina, un rato antes que Alejandro, pues él había sido citado algunos minutos más tarde y yo debía ser puntual en mi horario de trabajo.

—Hola, Alba —contestó de manera cortante.

—Alejandro vendrá en unos minutos, ¿no es así? —le pregunté para cortar aquel silencio incómodo que se había instalado entre nosotros.

—No tardará, imagino. No obstante, me gustaría hablar antes contigo.

Le miré con atención, no tenía ni idea de qué podría querer decirme.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

Salvador suspiró y alzó las manos al aire, pues las tenía apoyadas sobre la mesa.

—Sabes perfectamente que desde la sede nos encargamos de los gastos de las firmas de cada autor.

—Claro, así es. —Asentí con la cabeza, aunque seguía sin comprender a qué venía aquello.

—Eso incluye la estancia en los hoteles si es necesario pasar la noche en la ciudad elegida para firmar.

—Claro —contesté.

—¿Puedes darme una explicación de por qué en Alicante no disteis uso a vuestras habitaciones de hotel? ¿Y por qué en las demás ciudades solo pedisteis una habitación?

Parpadeé varias veces.

¿Eso era verdad? Quiero decir…

¿Era verdad que Salvador me estaba pidiendo explicaciones de lo que hacía fuera de aquella oficina?

—Contéstame, Alba.

Yo apreté los labios. No sabía qué responder.

Bueno, sí lo sabía, pero no estaba muy segura de si sería lo más correcto.

Acababa de entrar a trabajar allí, no quería perder ese trabajo, pero…

—¿Eso es relevante? —pregunté entonces.

Salvador se mordió el labio, pensativo.

—Sí, cuando corre de mi cuenta. Yo no pago picaderos.

—¿Cómo?

—¿Hay algo entre Alejandro Ibañez y tú? —preguntó.

—¿Perdón?

—No lo repetiré dos veces.

—Lo siento, pero esa información a ti ni te va ni te viene.

—Te recuerdo que soy tu jefe —se atrevió a decir.

—Y yo te recuerdo que por muy empleada tuya que sea, lo que pase fuera de aquí no te importa. —No estaría bien visto que el trabajo se mezclase con otro tipo de asuntos. Además, es una cláusula del contrato —dijo muy resabido.

Todo el atractivo y la amabilidad que le había visto el primer día, se esfumó de un plumazo en ese instante.

—No recuerdo haber leído esa cláusula en el contrato que me enviaste al correo. Aun así, Alejandro no trabaja para ti, no es un empleado tuyo.

Salvador se rio con sorna.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —pregunté, ya molesta por aquella conversación sin sentido.

—Claro que Alejandro trabaja para mí. Escribe para mí, para mi editorial que, te recuerdo, es mi empresa.

—Los libros son suyos, solo los cede a vuestro sello durante un tiempo determinado y a cambio de un escaparate de publicidad.

—Y una remuneración económica —dijo sonriendo son suficiencia.

—Faltaría más, es su trabajo.

—Y el mío es enseñarlo al mundo. No quiero líos de faldas aquí.

—Te repito que…

—Ay, Alba… —dijo acercándose a mí de una manera que no me gustó en absoluto.

—¿Qué haces? —pregunté andando dos pasos hacia atrás.

—Cuando te vi aquel día sentí que entre nosotros sí podían surgir fuegos artificiales —susurró más cerca de lo que me hubiera gustado.

—Salvador, yo no…

—¿Y te lías con ese desarrapado? —preguntó entonces en un tono más furioso.

—No le llames así. Es culto, inteligente y sensible —le dije enfadada.

—Y yo soy empresario, y tú… joder, Alba, tú estás que te rompes con esa ropita que te pones para venir aquí. Además, cada vez que recuerdo aquel vídeo… —dijo intentando meterme mano.

Me zafé cuanto pude, pero Salvador era grande y fuerte.

—¡Salvador, para! —exclamé asustada.

Fue entonces cuando Alejandro, una vez más, apareció en la oficina en mi ayuda.

—¡Eh!

Se acercó en dos zancadas y emperchó a Salvador de la camisa.

El puñetazo que le dio en la nariz fue épico, y el cuello blanco de la camisa de mi jefe fue salpicado de sangre.

—¿Qué haces? —le preguntó llevándose las manos a la nariz. Debía dolerle de lo lindo, al menos eso demostraba con el gesto torcido de su rostro.

—No, ¿qué haces tú? ¿Crees que no se nota con la cara de baboso que la miras?

—¿Estás celoso, escritor? —le preguntó riéndose.

—No, gilipollas, pero no aguanto a los tíos como tú —le espetó Alejandro de malos modos.

Tenía el ceño fruncido y los puños apretados.

—¿Y cómo son los tíos como yo? ¿Los que pagan los hoteles en los que te la has follado?

Abrí la boca por la sorpresa.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué se creía ese idiota?

Alejandro volvió a encararse a él, pero yo fui más rápida y le cogí del brazo, negando con la cabeza.

—No merece la pena.

Él resopló.

—No es la primera vez que te molesta, y no creo que seas la primera chica con la que lo hace tampoco. Te tocó el culo hace tiempo delante de mí, ¿no te acuerdas?

—Así que, se trata de eso, estáis juntitos y no quieres que…

—Mira, pedazo de mierda, como digas una palabra más…

—¿Qué? —Salvador se rio.

—¿Sabes qué? Se acabó.

—¿Qué dices? —le pregunté atónita.

—Se acabó, Alba, no pienso escribir para este tío ni para su maldita editorial —dijo entonces.

—Te recuerdo que, ahora mismo, soy yo quien tiene los derechos de *Lágrimas Negras.* Y los contratos para los demás ya están listos.

—Pero no para siempre, rescindiré el contrato cuando sea pertinente. Haz lo que debas hacer con mi novela, pero no pienso cederte más.

—Debes acudir a cada acto durante el tiempo que esté vigente.

—No voy a acudir a ningún sitio. —Alejandro se cruzó de brazos.

—Estarás incumpliendo el contrato, pues. Yo puedo saltármelo también a la hora de pagarte las royalties.

—Álex, para… —le pedí horrorizada, pero él se limitó a reírse de forma amarga.

—Amenázame con eso si es lo que quieres, no quiero tu sucio dinero ni nada de ti. Lo que voy a hacer es ir a la policía a denunciarte por baboso y por asqueroso.

—Vámonos, Alejandro…—le pedí estirándole del brazo.

—Eso, idos. Idos como una parejita feliz —dijo Salvador con resquemor, recibiendo una dura mirada por mi parte.

—Por supuesto que nos vamos. No quiero estar aquí ni un minuto más —dije caminando hacia la puerta de la oficina.

—Por cierto, Alba —reclamó y yo le miré, aguantando las ganas de gritar y de llorar—, estás despedida.

—Que te jodan, Arenas —le dijo Alejandro haciéndole una peineta.

*

—Estás completamente loco, dejar la editorial así… —le recriminé de camino al edificio.

—¿Va en serio? ¡Ese tío es un cerdo! —exclamó en medio de la calle.

—¡No grites! ¡A nadie le importa! —le dije enfadada.

No me podía creer lo que acababa de hacer, después de todo el curro que había detrás de su promoción y la venta de su novela.

Tenía sentimientos completamente encontrados.

Por un lado, agradecía que hubiera entrado ahí, porque estaba completamente asustada por el comportamiento de Salvador, pero, por otro, mi trabajo había sido clave para con su novela.

No era justo para mí ni para el tiempo que había invertido en aquello.
—¿Que a nadie le importa? ¡Salvador Arenas es un cerdo y un baboso que acosa a sus empleadas! —gritó a pleno pulmón.
Me llené de rabia.
—Pero ¿qué se supone que haces?
—¿Yo? ¿Qué haces tú? ¡Se ha portado fatal contigo! Si no llego a acudir antes a la reunión, yo no sé…
—¿De qué vas tú ahora? ¿De príncipe azul? ¡No necesito que venga ningún tío a defenderme! —le dije furiosa.
—¿Cómo? Podrías estar agradecida, al menos.
—¿Agradecida? ¿Por qué? ¿Por medirte el ego con mi jefe? ¿Por pegarle como si tuvieras quince años? Está claro que todos sois iguales, vuestro orgullo de machito no se puede tocar…
Alejandro paró en seco y me hizo frenar a mí también. Casi habíamos llegado al edificio.
—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué haces ahora?
—Estás muy equivocada conmigo —dijo de forma seria, algo que nunca había visto en él.
—No, tú eres el que se ha equivocado. ¿Te crees mejor por saber dar un puñetazo? ¿Más hombre? Has tirado por tierra todo el trabajo que he hecho con tu maldito libro. Y me han despedido —dije echando a andar de nuevo.
—Ah, eso es lo único que te importa, el maldito trabajo.
—¡Necesito comer de algo!
—¿Qué pasa con tu integridad y tu dignidad? —me preguntó entonces.
—Deja de darme lecciones, ¿vale? Y de mirarme por encima del hombro y en plan paternalista, porque no soy ninguna niña.
—Pues te comportas como una —dijo en la portería. Ya habíamos llegado al edificio.
—Ah, ¿sí? Pues muy bien… ¡Todos iguales, joder! —exclamé subiendo los primeros peldaños de las escaleras.
—No, Alba, no te equivoques. Todos iguales, no. Yo no te he metido mano sin tu consentimiento como el jefe que te da de comer ni tampoco he grabado ni subido nuestras intimidades a Internet.
Abrí la boca.
No dije nada.
La cerré.
Volví a abrirla.
Mi corazón galopando histérico en mi pecho.
Las lágrimas inundando mis ojos.
—Vete a la mierda —le dije antes de meter la llave en la cerradura.
—Alba —me llamó, pero le ignoré—. Alba, espera…
Cerré de un portazo y me llevé las manos a la cara, totalmente desconsolada.

32
El pasado siempre vuelve, esta vez en forma de tuna

A estas alturas, querido lector, creo que no puedo mentirte, porque me conoces demasiado como para creerme, así que no fingiré que los siguientes días a aquel incidente, estuve bien, porque para nada fue así.

De nuevo sin trabajo.

De nuevo sin amor.

¿No era así?

Ni una palabra por parte de Alejandro.

Cero unidades.

Adelante, llámame desdichada, porque así era exactamente cómo me sentía.

Tenía la sensación de que había retrocedido en el tiempo.

Volvía al punto inicial, esa casilla de salida que tanto me había costado enfrentar.

Otra vez al principio, incapaz de pasarme el juego.

—Come, no puedes estar así —dijo Lili ofreciéndome palitos de zanahoria y hummus de garbanzos.

Negué con la cabeza y le retiré la mano con la mía de forma delicada.

—Alba, no me toques la figa —dijo esta vez en un tono más duro—. Estoy harta de tener este *Deja Vu* día tras día.

—¿Es que no puede salirme nada bien? —le pregunté rompiendo a llorar otra vez.

—¿Ves de lo que te hablo? Parece que acabes de llegar aquí otra vez.

—Pues sí, solo que ahora sí conozco al vecinito del ático y es él quien me ha jodido.

—Alba, solo fue una discusión.

—¿Una discusión? No, Lili, no. Se pasó. He perdido el trabajo que había encontrado. Esto es…

—Esto te pilla más fuerte que al principio. Solo tienes que relativizar para poder ver las cosas de otra manera. ¿Por qué no me haces caso?

—Es que no tiene sentido lo que dices —le dije de malos modos.

—Perdona, pero creo que tiene todo el sentido del mundo. Más, por lo menos, que tu llanto desconsolado y tu pesimismo —me respondió molesta.

—Es que no sé qué quieres que relativice.

—Pues muy fácil.

La miré, esperando ser iluminada una vez más por su luz.

—Sorpréndeme.

Lili se sentó a mi lado en el sofá, cruzó las piernas y me di cuenta de que no llevaba ropa

interior.

—Lili… una cosa.

—Que sí, que ya voy con mi discurso. —Mordió un pedacito de palito de zanahoria.

—No, no es eso. Es que te estoy viendo el *chirri*…

—Ah, ¡era eso! Jo, tía, es que hace mucho calor, y es muy bueno que esté al fresco.

—Estás chalada —le dije riéndome por primera vez en días.

Lili tenía esa capacidad, y si por algo debía estar agradecida, era por haberla encontrado y tenerla en mi vida.

Hubiera sido mucho más complicado de lo contrario.

—Anda, si sabes reírte, creía que no te acordabas —se burló de mí.

—Sigo esperando —canturreé, aunque sin ganas.

—Lo de Alejandro es una bronca, sin más.

—No lo creo, no me ha hablado.

—Ni tú a él.

—Es diferente, él se pasó conmigo.

—¿Y tú qué sabes cómo le sentó a él todo lo que le dijiste? Te defendió de ese gilipollas —me dijo Lili muy seria—. Y eso es porque le importa tu bienestar, solo quiere lo mejor para ti.

—No, Lili —negué con la cabeza—, te aseguro que fue una cuestión de ego.

—¿Tanto te cuesta ver lo que siente por ti? ¡Pero si se ve a leguas!

—Que sí, que nos gustamos y eso. Me dijo que me quería, pero de ahí a estar enamorado…

—Todavía no lo sabe. Ni tú tampoco.

—Yo no…

—Tú eres tonta. Te sobrepasó la situación, cosa normal, también te digo, y colapsaste y lo pagaste con él.

—Es mi puto trabajo —le dije enfadada.

—Un trabajo que desempeñas para alguien que se sobrepasó contigo. ¿Es que no lo ves?

Lili tenía razón, y lo sabía.

Pero no servía para estar parada y debía sustentarme a mí misma.

Estaba perdiendo la cabeza, no tenía otra excusa para pensar así.

—Alba, sé que eres coherente, y también sé que esto es otro golpe para ti, pero Salvador no se merece que tú le saques el curro ni trabajes para él. Eres una tía increíble, tanto como persona como trabajando, así que ese trabajo no era para ti por mucho que Maca y Guille te hicieran el favor.

Suspiré.

No podía rebatirle absolutamente nada.

—Estoy cansada de las cosas que no son para mí, Lili. ¿Cuándo voy a encontrar mi sitio? —le pregunté.

—Cuando seas sincera contigo misma, puedas ver con claridad todo lo que la vida tiene para ofrecerte y mires las oportunidades con otros ojos. Si no es en la editorial, será en otro lugar.

—Puede que tengas razón.

—En cuanto a Alejandro, te llamará. O lo harás tú. Estoy cien por cien segura. Nunca he visto una conexión como la vuestra, te lo ju…

Lili interrumpió su discurso, pues una música comenzó a sonar en el exterior.

—¿Qué es eso? —le pregunté sin entender nada.

Lili se encogió de hombros y ambas nos levantamos del sofá.

Se escuchaban guitarras, maracas y un grupo de hombres cantando.

¿Qué diantres…?

Nos acercamos al balcón, abrimos las cortinas, pues el aire acondicionado estaba a todo trapo aquella noche, y salimos al exterior.

No pude dar crédito a lo que vieron mis ojos, incluso me los froté por si estaba flipando.

—No me lo puedo creer… —susurré a Lili, que estaba a mi lado, acodada en la barandilla del balcón.

Mocita, dame el clavel.
Dame el clavel de tu boca…

—¿Qué se supone que es esto?

—Una tuna, joder… una puta tuna —dije furiosa entrando de nuevo a la casa, dispuesta a bajar y no para derretirme por los huesos del descerebrado que había bajo mi balcón—, ¿cómo se atreve?

Lili me siguió hasta la puerta y bajamos las escaleras a toda velocidad.

Y no fuimos las únicas, pues aquel escándalo también había sido escuchado por los demás vecinos.

—Alba, espera —dijo Lili bajando los escalones de dos en dos—, que no llevo bragas pero sí vestido.

Clotildo, Laura, Don José, Marta, Juan y, por supuesto, Doña Rosa, ya estaban fuera cuando salimos al exterior.

—¿Es para ti? Es muy bonito, pero ¿quién es ese mozo? —preguntó Doña Rosa.

La miré y dije:

—Héctor.

—Virgen del Carmen… —susurró Doña Rosa.

—Debo hacer que se calle, pero ya —dije acercándome al bochornoso espectáculo que estaba dando mi ex novio en plena calle, con un clavel en la boca y cantando junto a los componentes de la tuna.

—Pues espero que se dé prisa, Alejandro está bajando, oigo sus pisadas —le dijo Don José a Doña Rosa, pero aquello no pude escucharlo, pues ya estaba ante Héctor, que se arrodillaba ante mí.

Si algún día, clavelitos, no lograra poderte traer.
No te creas que ya no te quiero, es que no te lo pude coger.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Qué haces aquí? ¡Levanta, por el amor de Dios! —le dije cogiéndole del brazo.

—Estás descalza —apuntó mirándome los pies. Todavía llevaba un clavel blanco entre los dientes.

Era cierto, pero ¿qué más daba eso?

—Y tú estás haciendo el ridículo. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté.

Héctor me hizo caso, se levantó y se quitó el clavel de la boca.

—Bueno, digamos que me costó mucho convencer a tus amigas de que me dieran tu dirección.

—¿Qué? —pregunté atónita.

Putas, putas, putas, pensé.

—No me lo puedo creer…

—Solo… solo quería darte una explicación y ellas pensaron que necesitabas escucharla —dijo.

Ahí estaba.

Otra vez.

Héctor.

Mi Héctor, que ya no era mío porque la cagó de un día para otro.

Y mi propia mentira, que sentía que se me escapaba de los dedos.

—No sé cómo tienes la cara de venir aquí después de lo que hiciste —le recriminé cruzándome de brazos.

—Lo sé, lo sé —dijo Héctor nervioso.

—Vi una storie tuya en Instagram… —le dije a punto de llorar, porque no me creía que aquello estuviera pasando, y los recuerdos del pasado tampoco me ayudaban demasiado.

¿Lo quería todavía? ¿Seguía sintiendo algo por él?

¿O solo era el rencor de aquella traición?

Héctor movió los brazos arriba y abajo, nervioso, y el aroma de su perfume llegó hasta mis fosas nasales, tan familiar como destructivo.

—Eso no…

—Eso sí. ¿Qué mierda era eso, tío? Estabas muy cariñoso con esa chica después de destrozar mi intimidad.

—Por favor, Alba. Escúchame, hazlo por Salmoncín —dijo el muy cretino.

—¡Que no metas a Salmoncín en esto! —grité histérica, recordando mi precioso y querido dildo color salmón.

—Solo quiero explicarte las cosas —dijo.

—¿Con una tuna? —le pregunté.

—*Te lo prometo, mocita* —canturreó Clotildo.

Le miré de forma reprobatoria.

Que se callara el cejas, que se callara porque no respondía.

—No creo que sea el momento, presidente —le dijo Laura.

—Pobre… ahora que tenía alineados todos los chakras —comentó Doña Rosa.

Apreté los labios de impotencia.

¿Acaso teníamos Heć tor y yo cara de payasos?

Estábamos montando un circo, eso es cierto, pero…

¡Un poquito de intimidad!

—¿Qué hace toda esta gente aquí? —preguntó entonces Héctor.

—Son mis vecinos.

—¿Todos?

—Sí, eh…

—Joder, Alba… —Colocó una hebra de mi cabello tras mi oreja.

Dios, que no haga eso. Que no haga eso, el muy… , pensé.

Amiga, estás jodida, susurró la mala vieja de mi subconsciente.

—Es que no entiendo qué haces.

—Pedirte otra oportunidad. He borrado el vídeo, tal y como me pediste. Puedes comprobarlo, si quieres —me dijo acercándose a mis labios.

—Eh, ¿qué es todo es…?

Justo en el momento en el que los labios de Héctor rozaron los míos, despegué mi boca de la

suya para girarme hacia su voz, la cual se interrumpió.

Alejandro acababa de bajar y miraba atónito la escena.

—A buenas horas… —dijo Don José.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandro sin entender.

—Ese tío la ha besado —le explicó Laura.

—¡Laura! —exclamé molesta, desorientada y con la sensación de que la cagaba continuamente a la vez.

—¿Es el ex? —preguntó Marta.

—El mismo —contestó Clotildo.

—Alba, ¿qué es todo esto? —me preguntó entonces.

Capté exactamente el instante en el que Alejandro posó la mirada en Hećtor.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Héctor con el ceño fruncido.

Alejandro se acercó a nosotros con pasos lentos pero seguros.

—¡Movida, movida! —exclamó Doña Rosa.

—Señora, calle —le espetó Lili—. Alba, ¿no sería mejor que… no sé, subiérair a casa y…?

—No lo sé, ¿quién soy yo, Alba? ¿Y qué hace aquí?

—Alejandro, yo… —intenté responder haciendo caso omiso a Lili.

—¿Por qué te hace esa pregunta? —cuestionó Hećtor entonces.

Alejandro y yo nos miramos, y por primera vez no supe leer sus ojos.

No supe lo que sentía, salvo un atisbo de decepción que vi brillar en su pupila.

—Héctor, calla.

—Tú te has liado con él —dijo, y no fue una pregunta.

—Y tú me dejaste en la mierda y subiste una storie con una chica después de ignorarme completamente —le eché en cara.

—¿Es cierto? ¿Estás con él? —dijo acercándose a Alejandro.

—Eh, frena, tío. No sé qué haces aquí después de lo que hiciste, pero…

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Héctor.

—¿El qué? ¿Que rehaga mi vida? —le pregunté con los brazos cruzados, aunque por dentro estaba muerta de miedo por tener que presenciar otra escenita de machitos empoderados.

—Pero si… si… —dijo mirando a Alejandro de arriba abajo.

—¿Qué vas a decir? —se encaró entonces mi vecino del ático.

—Alejandro…

—Te advierto, chaval —Héctor le señaló con el dedo—, que yo sé capoeira.

Fue entonces cuando Héctor se puso a hacer movimientos extraños con los pies y las manos, moviéndose de un lado a otro.

Alejandro me miró.

—Pero ¿qué hace este *random*?

Me llevé una mano a la frente, abochornada.

—No lo sé, pero no… no ha pasado nada.

—No, solo te ha besado, Alba —me dijo molesto—. Mira, hablaremos cuando tengas las cosas claras. Creía que lo nuestro había sido importante para ti.

—¡Y lo ha sido! —exclamé, ahora sí, muerta de miedo por sus palabras.

—¿Lo ha sido? —preguntó Héctor.

—¡Cállate de una vez y márchate! —le grité como una desequilibrada.

—Pero, Alba…

Alejandro se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras hacia el ático.

—Álex, espera… —le seguí, dejando allí a Héctor, la tuna y todos los demás—. Y vosotros, ya os vale.

Pero Alejandro subió las escaleras sin hacerme caso ni decir ni una palabra.

Solo cuando llegamos a la puerta de su casa, se giró para mirarme y hablar conmigo.

—No me has dicho nada estos días —le susurré.

—¿Para qué? Ya me dejaste claro lo que pensabas de mí.

—Estaba…

—Alba, ya está bien, ¿no te parece?

—¿Qué?

—Primero eso, ahora esto… ¿De verdad vas a volver con ese idiota? —me dijo.

—No, yo no…

—¿Sabes qué? Déjalo.

—¿Cómo?

—Todas las personas vienen a nuestra vida por algo. Yo aparecí en la tuya para sacarte del pozo. Estás fuera, estás a salvo. Mi misión ha terminado y da igual lo que sienta —dijo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que me marcho. He estado pensando estos días en qué hacer. Ordenando mi cabeza, mis pensamientos, mis… sentimientos.

—¿Có…cómo que te vas? ¿Dónde? ¿Y la editorial? ¿Tus libros?

Alejandro sonrió de forma amarga.

—Ser escritor tiene la parte mala de la soledad, pero también tiene algo positivo, y es poder trabajar desde donde quiera.

—¿Qué significa eso?

—Que he puesto en orden mis prioridades. Algo que deberías también hacer tú.

Aquello fue un mazazo.

Uno grande.

Uno de verdad.

De esos que duelen y queman.

Que arden.

—Y yo… no entro ahí —dije sin un atisbo de duda en mi voz.

—Al igual que yo no entro en tu vida, a la vista está. Vuelve a ese trabajo de mierda, y con él. Vuelve a tu vida de antes, que se ve que es lo que quieres, porque te da tanto miedo el cambio, Alba —me dijo señalándome con el dedo, aunque no de forma despectiva—, que ese temor se ha convertido en miedo a vivir.

Me quedé sin respiración.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunté en un susurro.

—Eso es lo que me has demostrado —dijo él.

—Estupendo —dije poniendo los brazos en jarras.

—Adiós, Alba.

—¡De puta madre! —exclamé llorando, bajando los primeros escalones hasta llegar a mi apartamento.

Lili me esperaba en el rellano.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—La consecuencia del miedo —le dije hecha un mar de lágrimas.

33
La consecuencia del miedo

ALEJANDRO

Una chispa de vida que me inspiraba a salir de la zona de confort. Tenía una energía tan contagiosa que me impulsaba a querer estar cerca de ella en todo momento, y eso que no habíamos empezado con buen pie.

Nuestro comienzo había sido digno de una comedia romántica en toda regla.

Y me daba la vida picarla con mis bromas y ver su cara cada vez que me metía con ella.

Lo que ella no sabía era que haciendo eso no hacía más que negarme a mí mismo lo que estaba empezando a sentir: esa corriente eléctrica que picaba mi sistema cada vez que la tenía cerca.

Veía en ella una mujer genuina y sin pretensiones a pesar de su racha de mala suerte.

No le daba miedo lo que pudieran pensar los demás.

Me escuchaba sin juzgar y me apoyaba de forma incondicional, tal y como había hecho todos y cada uno de los días en mi gira de firmas.

Había tenido un papel esencial en ese momento de mi vida, y siempre le estaría agradecido.

Sentía que podía abrirme a ella como si fuera una de mis novelas, algo que potenciaba todavía más aquella conexión que teníamos y que, personalmente, nunca había tenido con nadie.

Claro que me había enamorado en ocasiones anteriores, por supuesto, pero Alba…

Alba era increíble, y en aquellos momentos tenía el corazón *partío* como Alejandro Sanz.

No me cabía en la cabeza todo lo que había sucedido en tan poco tiempo.

Apenas unos días.

¿Qué pretendía que hubiera hecho con el asqueroso de Salvador, seguirle el royo?

Entendía que estaba asustada por perder aquel nuevo empleo, pero no podía quedarse de brazos cruzados.

Y que yo renunciara a trabajar para semejante sapo, ¿por qué le había sentado tan mal?

Ella había hecho una excelente labor en cuanto al escaparate de mis novelas, aquello no podía discutirlo, pero me pertenecía a mí esa decisión.

Se había pasado.

Se había pasado conmigo y me había hecho daño.

Y lo de Héctor…

Bueno, lo de Héctor, mejor, lo dejamos a parte.

Vi perfectamente cómo juntó sus labios con los de ella, y admito que una oleada de celos me cegó y por eso me marché.

Ya estaba dolido de antes, y eso terminó de rematarme.

Quizá aquello que tuvimos sí se tratara realmente de un amor de verano y nada más.

Al menos, eso pensaba yo.

Desde que le dije que me marchaba hasta el momento que voy a relatar ahora, habían pasado varios días.

Sentí aquella distancia entre nosotros como un puto abismo lleno de palabras no dichas y emociones demasiado fuertes como para gestionarlas a la perfección.

El día que dejé el edificio miré por la ventana, contemplando la calle, como tantas otras veces había hecho buscando inspiración.

Sentía un nudo en la garganta cada vez que recordaba aquella última discusión que tuve con ella y cómo dejé que se alejara.

Pero debía enfrentarme a lo que sentía, porque tampoco podía marcharme de allí sin tener con ella una última conversación.

Sentía tantas cosas al mismo tiempo…

Un galimatías de sentimientos que no me dejaban pensar con total claridad.

Sabía que yo también había cometido errores, porque no era perfecto ni de lejos, que mis palabras y acciones le habían hecho daño.

Nunca quise eso, nunca fue mi intención.

Todo estaba empacado, y lo cierto es que tampoco tenía demasiadas pertenencias.

Así que me armé de valor y bajé al tercer piso.

Llegué a su puerta y cogí aire antes de tocar el timbre.

No tardó en salir a recibirme, y nos quedamos mirándonos el uno al otro sin decir nada, en un silencio demasiado incómodo como para soportarlo durante mucho tiempo.

Quizá es que no había nada que decir después de toda la intensidad con la que habíamos pasado esos días juntos.

O quizá había demasiado y éramos sencillamente unos cobardes.

—Tengo que hablar contigo —dije con voz firme, pero temblorosa, lanzándome al vacío.

—Dime —contestó ella.

Llevaba puesta una camiseta que le quedaba demasiado grande y no llevaba zapatos.

Sus ojos hinchados y rojos.

—¿Has estado llorando? —le pregunté, evitando la tentación de acariciarle la mejilla como tantas otras veces.

—No —dijo ella haciéndose la fuerte.

Asentí con la cabeza lentamente.

—Alejandro, esto no… —intentó decirme.

—Siento si en algún momento te he hecho daño con mis palabras, no era mi intención —le dije de forma casi atropellada.

—Yo también siento todo lo que ha pasado. No he sabido manejar ciertas situaciones… supongo.

Me miraba con ojos tristes y decepción.

La entendía.

Quizá yo la miraba también así.

—¿Qué pasa con él? —me atreví a preguntar.

Ella negó con la cabeza, llenándose sus ojos de lágrimas.

—Que me hizo daño, pero…

—¿Pero?

—No lo sé, Alejandro —dijo rompiendo a llorar.

—Pues yo creo que sí lo sabes —le dije con un nudo en la garganta, a punto de romperme yo también.

—No, no sé nada. Estoy…

—Siento no ser suficiente para ti —le dije.

—¿Por qué me dices eso? ¿Por qué eres tan inseguro ahora?

Sonreí de forma amarga.

—Porque su sombra sigue estando ahí, Alba. Siempre ha estado ahí. Creí que lo que había habido entre nosotros era más fuerte, más real…

—Y lo ha sido.

—No lo creo.

—¿Por eso te vas?

—Sí. Porque no soportaría verte sabiendo que estás con él. Y porque voy a hacer el mayor acto de amor que puedo regalarte: dejar que elijas.

—¿Alejándote, Alejandro?

—Exactamente.

—No quiero perderte —me dijo cogiéndome de las manos y manchando de lágrimas mi camiseta cuando la abracé.

Contuve las ganas de llorar, porque sí, los tíos también lloramos.

—Yo a ti tampoco —le confesé—. Pero necesito hacer esto, y tú también necesitas que lo haga, aunque ahora no te des cuenta.

—Dijiste que no te irías, que te quedarías —me dijo más enfadada que triste.

Sonreí.

—Y no me voy. Toma —dije sacando un sobre de mi bolsillo trasero y tendiéndoselo—, esto es para ti.

—Pero…

—Te estaré esperando si es lo que quieres. —Fueron mis últimas palabras antes de besarle la frente y marcharme de allí.

Aquella tarde puse rumbo a Alicante, la casa de la playa era todo lo que necesitaba.

34
Chicas, copas y Madame Celeste

Bendita fue Lili las dos semanas posteriores a la marcha de Alejandro.

Aguantó como una jabata mi mal humor, mis llantos inconsolables, mis noches sin dormir, mis ataques de ansiedad, las conversaciones con Inés y Sonia recriminándoles haberle dado a Héctor mi dirección y haciendo posible que acabara entendiendo que ellas pensaban que lo que necesitaba era que mi exnovio me diera aquella explicación, todas las veces que colgué las llamadas de Héctor cuando entraron en mi teléfono…

Lo que yo digo: Santa Lili, la Yogui Resucitadora.

—Creo que deberías leer la carta, Alba —me dijo al fin.

Cobarde.

Eso era.

Una cobarde que guardaba aquel sobre debajo de la almohada como el bien más preciado, pero que todavía no había tenido el valor suficiente para saber exactamente las palabras que había escritas sobre el papel.

Y quemaba cada noche.

Susurraba ser abierto y leído.

Pero sabía que su voz haría eco en mi mente, abriendo un poquito más aquella herida de amor que me hacía sangrar.

¡Qué complicado todo!

—No.

—Sí.

—No, no quiero leer cómo se despide de mí otra vez. Tengo la cabeza que me va a estallar por no saber decidir qué hacer con mi vida.

—Mira, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué? —le contesté con un puchero.

—Que la leeré yo.

—No.

—Te digo yo a ti, que sí —dijo echando a andar hacia mi habitación para deshacer la cama, quitar la almohada y coger el sobre entre sus manos.

—Lili, espera —dije saliendo tras ella para impedirlo.

Pero cuando llegué ya era demasiado tarde, pues mi mente adormecida hacía que mi cuerpo fuese lento.

—Lo tengo.

—Dámelo.

—Ni hablar, bonita de cara —contestó volviendo al salón y sentándose en el sofá.

—Lili, para. No quiero.

—Sí quieres. Debes enfrentarte a esto. Eres una muerta en vida, una mutante, una…

—¡Vale! Lee y calla —le dije con nerviosismo.

—¿Leo o me callo? ¡Decide!

—Ay, Lili, que me va a dar un ataque al corazón. Y moriré por un paro cardíaco, así —hice un ademán con la mano—, como si me hubiera caído un rayo encima.

—Dios mío —dijo poniendo los ojos en blanco.

Después, abrió el sobre y sacó aquella hoja de papel que, sin duda, contenía la caligrafía de Alejandro.

Entonces comenzó a leer en voz alta.

Querida Alba,

Antes de irme necesito que sepas todo lo que hay en mi corazón y en mi mente, y no encontraba mejor forma de hacértelo saber que escribiendo.

Al final, es lo único que se me da bien y en lo que me siento seguro.

Sé que han sido días difíciles para ambos, llenos de incertidumbre y dolor, y no puedo dejar de pensar en cómo saldrá esto ni cómo podremos llegar a sentirnos.

Desde el momento en que te conocí, supe que había algo especial entre nosotros.

Como Eros y Psique, sentí que nuestras almas se reconocían en un nivel más profundo, como si estuviéramos destinados a cruzarnos en el camino de la vida.

Pero, al igual que tú, también sentí miedo, miedo de dejarme llevar por lo que sentía y perder el control de mi corazón.

En cada palabra, en cada mirada, en cada gesto, veía reflejado el amor que crecía en mí, y también veía mis propios demonios internos que me recordaban lo vulnerable que puedo ser al lado de él.

O, más bien, al lado de lo que sientes por él, que parece no estar olvidado todavía.

Pero, joder, debo ser sincero y decir que llegaste a mi vida y derribaste una a una todas mis barreras.

Me enseñaste a amar de una manera que nunca había imaginado, con pasión, entrega y valentía.

Arriesgándome a pesar de la sombra de Héctor, a pesar de tu miedo a enamorarte otra vez.

Cada momento a tu lado fue una prueba de fuego para mi corazón, y aunque a veces tenía la tentación de huir, fui sincero al decirte que YO SÍ me quedaría a tu lado, pasara lo que pasara.

He vivido cada momento contigo como si fuera el último, porque en mi mente siempre estuvo presente la idea de que esto podía terminar en cualquier momento si él volvía.

Pero también me he dado cuenta de que no puedo seguir huyendo de lo que siento, ni tampoco seguir negando que te amo con todo mi ser.

Por eso, he decidido marcharme, y nada tiene que ver con la valía de mis sentimientos hacia ti, sino por la necesidad de dejarte libre para que elijas el camino que quieras.

Reconcíliate contigo, con la idea de quién quieres ser y cómo quieres vivir.

De qué personas quieres rodearte.

Valora si en ese destino que tanto anhelas, estoy yo.

Quiero que sepas que eres lo más importante que ha sucedido en mi vida o, al menos, lo más intenso, lo más real.

Me llevo a Alicante un trocito de ti dentro de mí, vuelvo a ese lugar mágico que dejamos marcado la Noche de San Juan.

No sé si algún día nos volveremos a encontrar, espero que sí.

¡Qué locura, joder!
Ahora entiendo que el amor no entiende de tiempo, ni de condiciones, ni de nada.
Que está hecho para sentirlo, sin más.
Espero que puedas perdonarme por alejarme, y que algún día puedas encontrar la felicidad que te mereces, porque eres una mujer maravillosa y mereces todo el amor y la alegría del mundo.
Te estaŕe esperando si así lo quieres.
Con todo mi amor,
Alejandro.

Cuando Lili terminó de leer la carta, las dos estábamos llorando como dos idiotas.

—*Oh, my god* —dijo entre hipidos—. ¡Anda y que le den a la tuna!

—Léela otra vez —le pedí con la cara mojada de lágrimas.

—¿Todavía dudas? Dime que no tienes dudas, porque entonces seré yo la que dude si matarte o no. Recuerda que medito mucho, Albita, y tengo la mente entrenadísima para no sentir ningún tipo de remordimiento si lo hago.

—Lili, lee otra vez, por favor —le pedí.

¿Cómo iba a tener dudas, si mi corazón galopaba con aquellas palabras?

¡¿Cómo?!

Maldita sea.

—Alba, este chico te quiere. Te quiere que flipas. ¿Lo ves?

—¿Qué hago?

Lili calló antes de responder.

—¿Y si te arreglas y salimos? Llama a tus amigas, creo que esto merece una buena conversación.

—Tal vez tengas razón.

—Siempre la tengo, mi niña —me dijo con ternura—. No te importa que vaya, ¿no?

—En absoluto.

Chicas, he decidido salir de la caverna. Necesito una dosis extra de diversión y una terapia exprés. Por favor, y gracias, escribí en nuestro grupo de Whatsapp.

Después avisé a Maca.

¡Aquí estoy yo!, escribió Sonia, después añadió un emoticono de una mano levantada.

¡Me uno al plan!, dijo Inés con el emoticono del monedero.

No me quedo atrás, ¡cuenta conmigo!, me respondió Maca, dispuesta a darlo todo.

Después las avisé de que Lili me acompañaría y que Maca también estaría con nosotras.

Quedamos sobre las siete de la tarde en Callao y después buscamos un bareto donde nos sirvieran cervezas buenas, bonitas, baratas y casi congeladas.

Nada de beber meado de burra, necesitaba toda la atención aquella noche.

Buscaría las respuestas en el fondo de una buena jarra congelada, porque después de saber lo que ponía en aquella carta, me sentía como una mezcla entre un drama de telenovela y un meme viral.

Estaba tan perdida que no sabía si reír o llorar, pero tenía la esperanza de encontrar pronto una salida.

Cuando llegamos al lugar, nos acomodamos en una mesa apartada del bullicio del bar y pedimos grandes minis de cerveza, listas para hacer catarsis de alcohol y carcajadas.

Las puse al día de todo lo acontecido con la carta, porque el resto ya lo sabían, aunque me

habían dejado aquel lapso de dos semanas para que lamieras mis heridas y llorara a mares.

—¿Y qué ponía en la carta? —preguntó Sonia.

—Nada, lo que ya sabía, que se marcha cual fugitivo —contesté.

—No mientas —dijo Lili—, le ha declarado su amor de una forma súper especial y bonita. Dice que la espera, y que se merece todo lo mejor.

—¡Lili!

—¡Ah, no! Es que si cuentas las cosas, debes contarlas bien —dijo Maca tras dar un trago de cerveza—. Por cierto, que sepas que Guille y yo hemos cortado la relación con el cerdo de Salvador, me pasó algo parecido en el bufete de abogados en el que curraba, ¿te acuerdas? Es muy incómodo y has hecho bien en no seguir con él.

Suspiré.

Claro que había hecho bien, ya me lo había advertido Alejandro.

Pero yo era una cabezona de mucho cuidado.

—Entonces, si se ha ido, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó Inés.

Todas pusimos la vista en la pantalla de mi móvil, donde aparecía otra vez el nombre de Héctor.

—Mándale a tomar por el culo, no se merece ni que le escuches —dijo Sonia.

Suspiré y rechacé la llamada.

—Lo sé.

—Y ha jodido lo que tenías con Alejandro —me recordó Maca.

—También lo sé. Siente mucha inseguridad por él.

—Normal. Pasa página de una maldita vez. No hay color, Alba.

—Me siento como una patata abandonada —confesé dejando caer mi cabeza sobre la mesa.

—Porque quieres.

—Él necesita tiempo —me quejé.

—No, no, él te ha dado ese tiempo a ti. Para que te aclares. Es distinto, nena —dijo Lili.

—Creo que sabe perfectamente lo que está haciendo —dijo Sonia.

—La que no lo sabe, eres tú —añadió Maca.

—Ya. Esto ha sido una montaña rusa emocional y no sé en qué punto estoy ahora.

—Alba, lo tienes más claro de lo que crees —dijo Lili.

Suspiré.

—Oye, tengo una idea —dijo entonces Sonia.

—Bueno, miedo me das —dije yo.

—A ver, dispara —la apremió Inés.

—¿Y si vamos a ver a Madame Celeste? —Levantó las cejitas repetidas veces.

—¿Quién? —preguntó Maca sin entender.

—Madre mía… —rezongó Lili llevándose una mano en la cabeza.

—Una pitonisa —contestó Sonia a Maca.

—¿De verdad? ¿Creéis en esas cosas? Debo admitir que yo tuve sueños muy lúcidos con las monjas de mi colegio de los que saqué respuestas. La mente… tela.

—¿Con las monjas? —preguntó atónita Inés.

No pude evitar reírme.

—Sí, ya os contaré otro día. ¿Alba, quieres que vayamos?

—¿Os apetece a todas? —pregunté.

Las demás afirmaron con la cabeza.

Todas, menos Maca, a la que miré esperando una respuesta.

—Vale, pero solo si nos lee las cartas con la predicción de que esto acabe bien entre Alejandro y tú —dijo con una sonrisa traviesa.

Maca era una muy buena amiga, agradecí que todavía estuviera guardando mi secreto del vídeo. Era lo mejor.

Ojalá, pensé, porque lo cierto es que le echaba muchísimo de menos, y aquellas palabras me habían traspasado el corazón.

Quizá ya había elegido, pero todavía no quería verlo.

*

Madame Celeste nos recibió de la misma forma que las veces anteriores: con su sonrisa enigmática.

Amablemente, nos invitó a tomar asiento en un íntimo rincón de aquel lugar lleno de misticismo, velas e incienso.

Después de la breve charla de bienvenida, escuchó mi petición, sacó su mazo de cartas y, después de barajarlas y pedirme que dividiera el montón en dos, comenzó a desplegarlas sobre la mesa.

Las chicas se sentaron a mi alrededor, ansiosas por escuchar lo que el tarot tenía que decir.

—Veo aquí la historia de un amor apasionado y sincero —dijo Madame Celeste al tiempo que señalaba con sus dedos ensortijados la carta de Los Enamorados—. Representa una unión especial y profunda entre dos personas.

Sonreí casi sin querer.

—Pero también veo dudas y miedos que han afectado a la relación. —Señaló la carta de El Diablo con una mirada significativa.

—Os ha leído el pensamiento, no fastidies —comentó Sonia.

De reojo vi cómo Inés le daba un codazo.

¿Sería posible que Alejandro y yo estuviéramos destinados a estar juntos? Pero ¿qué había de todo lo que había sucedido entre nosotros? ¿Y si esos miedos y dudas eran insuperables?

—Es importante que os enfrentéis a los miedos y os atreváis a vivir este amor plenamente —continuó la vidente, señalando la carta de La Estrella, la cual Lili me explicó después que representaba una conexión mágica y espiritual entre dos personas, algo que trasciende lo terrenal.

Madame Celeste sacó una carta más.

La Rueda de la Fortuna.

—Señala un momento de cambio y transformación —dijo con una sonrisa—. Una decisión que podría cambiar el rumbo de vuestras vidas.

Inés me miró con complicidad.

—Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad?

Me mordí el labio sin contestarle. Las emociones comenzaban a abrumarme de nuevo.

Claro que algo tiene que cambiar, no puedo seguir sintiéndome así, pensé.

Entonces, Madame Celeste me cogió de la mano con suavidad.

—Recuerda, querida, que el amor verdadero está allí, esperándote. Hay agua y sal a su alrededor, y siempre ha acudido cuando lo has necesitado.

—Agua y sal… —repetí como si estuviera hipnotizada.

Madame Celeste sonrió, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué debo hacer? —pregunté ansiosa porque la señora me guiara.

—Sé que has dejado que las cosas fluyan, a veces es mejor dar un paso atrás para verlo todo

con más claridad. Has hecho bien.

Asentí con la cabeza.

—Muchas gracias, Celeste —le dije entonces.

Mi corazón trotaba a toda velocidad de pronto.

—Adiós, señora vidente, siempre es un gusto venir —dijo Sonia.

—Alba, olvida el pasado y no temas seguir los dictados de tu corazón y luchar por lo que realmente deseas.

Tragué saliva.

Estaba casi segura de lo que tenía que hacer.

—Ha sido de gran ayuda —le dije con una sonrisa temblorosa.

—Vuelve cuando quieras —me dijo.

Salimos de allí y agradecí respirar aire fresco.

—¿No es increíble cómo esas cartas parecían reflejar exactamente lo que siente Alba? —preguntó Maca.

Debía estar flipando, se le notaba en la cara.

—Totalmente —estuvo de acuerdo Lili.

—Dan más respuestas que las monjas —dijo Maca asintiendo.

—Oye, nena, ¿tú estás segura de que no tomaste nada para tener esos sueños? —le preguntó Sonia con curiosidad.

Maca negó con la cabeza, sonriendo.

—Te aseguro que no.

Me sentí realmente reconfortada por el apoyo de mis amigas y por aquella conversación con Celeste.

Pero notaba la urgencia dentro de mi pecho, sintiendo la imperiosa necesidad de dar un paso al frente de una vez por todas.

—¿Y bien? —preguntó Inés.

—¿Qué vas a hacer? —siguió Maca.

—Pues…—dudé algunos segundos más, pero no tardé en sacar el teléfono y hacer una llamada.

—¡Le está llamando! —exclamó Sonia.

—Ay, Alejandro, espero que contestes… —dijo Lili poniendo las manos juntas bajo su barbilla.

—Héctor —dije entonces.

—¿Cómo? —preguntaron mis amigas al unísono sin entender.

Normal, seguro que tú tampoco.

Pero, espera, sigue leyendo.

—Que dejes de llamarme —le dije en tono duro—. Lo nuestro está muerto y enterrado.

—¡Toma! —exclamó Lili.

—Dale ahí —me animó Inés.

—No puedes buscarme cuando te dé la gana e ignorarme cuando te canses —le recriminé.

—Fuerte, nena —dijo Sonia.

—Pues eso, que ya no estoy para ti —terminé.

—*Oh, yeah* —bailó Maca como si fuera el paso estrella de la canción *Mayonesa*.

Colgué.

—Cuánto necesitaba esto. Solo era el recuerdo… —confesé.

—¡Ole tu papo! —exclamó Sonia dando saltos.

—¡Esa Alba cómo mola, se merece una ola! ¡Weee!

Y la hicieron, me hicieron la ola.

Y me sentí la chica más afortunada del mundo por tener amigas así.

Las amigas son un tesoro, ese pañuelito de colores que siempre, siempre, te limpiará los mocos.

Y las lágrimas.

Y ese *pa' luego* que se te queda en el diente y del que nadie te avisa.

Son ese "amiga, date cuenta" que nunca caduca.

Las quería, las quería mucho.

—Chicas, esto ha sido lo mejor. Gracias por esta tarde —les dije mientras nos despedíamos en Callao para volver a casa.

—Siempre, amiga. Recuerda, aquí estamos para lo que necesites, como si tengo que volver a hospedarte en mi casa —dijo Sonia cogiéndome las manos.

—No creo que eso haga falta —sonreí.

Apreté sus manos y después abracé a Inés.

—Si necesitas más cervezas, cuenta conmigo para ser tu bartender personal —dijo Inés, haciéndonos reír.

—Y si necesitas hablar, llámame. Estaré siempre para escucharte y para hacer la idiota contigo —dijo Maca tras darme dos sonoros besos en las mejillas.

Lili se despidió de ellas y juntas volvimos a casa.

Tenía el corazón ligero y la cabeza con las ideas más claras.

Ya era hora de ser un poco kamikaze, de lanzarme al vacío con o sin paracaídas.

Ya era hora de amar sin miedo y sumergirme en agua salada.

35
Reencuentro bajo las estrellas

—Suerte, amiga —me dijo Lili dándome un abrazo—. Si esto no es amor, que baje Dios y lo vea.

—Prometo avisarte cuando llegue —le dije agarrando sus manos.

—Alejandro te está esperando, que yo lo sé —me dijo Doña Rosa dándome una bolsa llena de fiambreras llenas de comida.

—¿Qué es?

—Para que no paséis hambre.

—Oh, Doña Rosa… —La abracé.

—Y recuerda, mi girasol, pase lo que pase, hay que seguir buscando el sol —me dijo Don José.

Con el abrazo que le di a mi anciano vecino no pude contener las lágrimas.

Me sentía tan querida allí, me habían ayudado tanto…

Los demás vecinos se despidieron de mí entre besos y deseos de buena suerte, y me acerqué al taxi que me llevaría al aeropuerto.

Fue entonces cuando lo vi.

Ahí estaba, brillando en el suelo.

—No es posible… ¡Lili! ¡Lili! —exclamé todavía con un pie fuera del coche.

Mi amiga corrió hasta el taxi, todavía estaba limpiando una lagrimita traicionera de su mejilla.

—¿Qué ocurre?

—Lili… —susurré agachándome para recogerlo y salir del coche.

—Oiga, señorita, esto corre —me avisó el taxista.

—Espere un segundo, por favor —le rogué.

—Alba, ¿qué pasa?

—Lili, es él.

—¿Qué?

—El amuleto.

—¿Cómo?

—El amuleto tía. ¡Es el amuleto! Míralo, tiene la forma de media luna y estas piedritas brillantes. ¡Es el amuleto!

—Tía, qué fuerte.

—¿Crees que…?

—Creo que la vida te está sonriendo, mi niña. Ha vuelto a ti. ¡Corre! ¡Corre a Alicante! ¡Te está indicando el camino! —exclamó Lili saltando.

—Te quiero —le dije subiendo al coche con el corazón en un puño.

—Y yo, Alba. Adiós.

Si tiempo atrás me había machacado, ahora el destino me estaba dando una salida.

Un respiro.

Una tregua.

Era mi momento, y quizá era la mayor locura de mi vida.

Pero el amor te hace hacer ese tipo de cosas.

Viajé hasta Alicante con una maleta llena de esperanza y el corazón lleno de expectativa.

Esperaba encontrar eso que Alejandro me había prometido en su carta.

Nunca fui tan valiente como en el momento en el que estuve delante de él, sudando de nervios, en aquella noche en la que las estrellas brillaban en el Cabo de las Huertas.

El mar rugía esplendoroso a mis espaldas, como si vaticinara lo que fuera a suceder a continuación.

—Álex —dije con el teléfono pegado al oído.

—Hola, Alba. ¿Cómo estás? —me preguntó al otro lado de la línea.

Sonreí como una idiota, sintiendo cómo mi corazón parecía oxigenarse de nuevo al escuchar su voz.

—Estoy haciendo una locura —le dije como si fuera una niña con zapatos nuevos.

—¿Qué? Alba, no me asustes.

—No, no es nada malo.

—Pues me temo que no te entiendo. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—¿Por qué no te creo?

—Porque eres bobo —le dije riéndome.

—Alba, dime qué haces.

—¿Qué haces tú?

—Yo, pues aquí, en la casa de la playa, intentando escribir.

—Ajá. ¿Por qué no bajas a la cala de El Faro? —me mordí el labio.

—¿Cómo?

—¿Confías en mí?

—Sí, pero…

—Pues haz lo que te digo.

—Alba, ¿estás aquí?

Entonces colgué.

Con la maleta a rastras, porque solo se me ocurre a mí meterme en esos berenjenales, llegué corriendo a la calita y me senté en la orilla del mar.

Aquellos instantes antes de que llegara me vinieron muy bien para calmar mi sistema.

Entonces escuché unos pasos y reconocí sus pies descalzos.

Respiré hondo y me levanté.

—¿Estás aquí? —Fue lo primero que dijo al verme, pero no pasó desapercibida para mí aquella sonrisa radiante que se pintó en su boca.

—Sí —dije.

Ya no me sentía tan valiente, lo admito, solo era un ser enamorado hecho un manojo de nervios.

—¿No te has perdido? —preguntó riéndose.

—¿Por qué iba a hacerlo si sabía el camino? —Sonreí.

Entonces se acercó a mí y una ola murió en la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —Me cogió las manos.

—Buscarte.

—¿A mí?

—¿A quién, si no?

—Héctor…

—Héctor es historia, Álex. Solo un recuerdo que vino aquel día, sin más.

—¿Entonces…?

—No podía dejarte escapar. No, cuando todas las señales apuntaban a ti. No estaba viendo ni escuchando lo que la vida trataba de decirme. Estaba ciega y…

—Ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda, como Shakira.

No pude evitar reírme, por la alusión que hizo a aquella canción de la famosa cantante.

—Eres idiota…

—Pero estás aquí.

—*Estoy aquí, queriéndote, ahogándome entre fotos y cuadernos, entre cosas y recuerdos que no puedo comprender* —canturreé otra de las canciones de la artista, entre risas y vergüenza.

—Dios, para… —Sus manos aterrizaron en mi cintura.

—No canto igual, lo sé.

—Para nada igual. —Alejandro soltó una carcajada.

Sin decir palabra, nos fundimos en un abrazo apretado, como si el mundo entero desapareciera a nuestro alrededor.

No hacía falta decir nada, nuestras miradas se hacían cargo de todo.

Había tanto amor en el aire, y había tardado tanto en darme cuenta…

—No sabes cuánto he echado de menos esto— dijo Alejandro para besarme la cabeza después.

—Yo también lo he pasado mal.

La brisa marina acarició nuestra piel y sentí cómo mi sistema se calmaba cuando él me abrazaba.

Era ahí.

Alejandro era hogar.

—Cuando me fui pensé que sería lo mejor para ambos, pero no he podido dejar de pensar en ti ni un solo día, torturándome con la idea de que te había perdido.

—Tu carta fue…

Entonces cogió de forma delicada mi barbilla tras deshacer el abrazo y me miró a los ojos:

—Alba, quiero estar contigo. Pero necesito que estés segura.

—Puedes estar tranquilo. Estoy segura al cien por cien —le contesté con el corazón en la mano.

Entonces acercó su boca a la mía y me besó como si el día fuera a terminar de un momento a otro.

—Te quiero, Alba.

—Eres el amor de mi vida. Ahora lo sé.

Volvimos a abrazarnos con fuerza, sintiendo cómo el corazón parecía querer salir de nuestro pecho.

—¿Recuerdas cuando dijiste que éramos como Eros y Psique? —le pregunté sonriendo, todavía pegada a su cuerpo.

—Y lo sigo creyendo. Esto que nos ha pasado es único, y nunca se borrará. Pase lo que pase.

La luna brillaba en el cielo, y nunca una noche me pareció tan bonita como aquella.

—¿Hacemos una promesa? —dije de pronto.

—Dime.

—Prometamos que siempre seremos sinceros el uno con el otro, que lucharemos juntos contra cualquier obstáculo y que nunca dejaremos que nuestros miedos nos separen.

Alejandro sonrió y asintió.

—Lo prometo.

Fue entonces cuando saqué el amuleto del bolsillo de mi pantaloncito corto y se lo enseñé.

—Ha vuelto a mí. No me expliques cómo, pero este es el amuleto que tiré a la basura.

—¿Qué dices, tía? —dijo Alejandro sonriendo y mirándolo—. Qué fuerte, ¿no?

—A mí ya nada me sorprende —dije—. Para ti.

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

Nos besamos de nuevo, con la certeza de que nuestra historia de amor estaba lejos, muy lejos de terminar.

Tomados de la mano, Alejandro cogió mi maleta, ahora llena de ilusión por un futuro a su lado, y caminamos de vuelta a la casa de la playa, donde juntos escribiríamos la mejor historia de amor, magia y complicidad que jamás se haya leído.

Epílogo

Dos años más tarde

Había llovido bastante desde aquellos días tumultuosos en los que nuestras vidas se entrelazaron de manera inesperada.

Tras aquella noche estrellada en la que las horas se nos pasaron volando hablando de todo lo que había ocurrido y aclarando cualquier cosa que nos ocasionara malestar o incertidumbre, todo había ido a mejor.

A pesar de aquellos altibajos del principio, el destino nos tenía preparada una nueva y emocionante etapa.

Alejandro, tras romper su compromiso con la editorial de Salvador Arenas, decidió no cederle sus obras a ninguna otra, al menos por el momento, por lo que siguió autopublicando sus libros y ganándose un lugar en el corazón de sus lectores, cosechando éxito tras éxito con cada obra.

Se había convertido en un referente para muchos escritores noveles que recientemente habían comenzado su carrera literaria y que admiraban su valentía y talento, sobre todo después de publicar el libro que me prometió que escribiría. ¡Incluso salían los dibujos de Cloti!

Por otro lado, yo decidí dar un giro a mi vida profesional.

Tras mucho reflexionar y al tener claro que mi pasión estaba en el mundo de la publicidad y el marketing, decidí emprender y montar mi propia empresa de publicidad para escritores noveles.

Ya tenía experiencia y sabía que lo hacía muy bien. Para prueba, el éxito en la campaña publicitaria de *Lágrimas Negras*.

Además, conté con el apoyo de todas mis amigas y el de Alejandro, que se convirtió en mi socio.

Ofrecía cursos y asesoramiento para aquellos autores que, al igual que Alejandro en su día, querían darse a conocer en el competitivo mundo editorial.

La empresa fue creciendo rápidamente y pronto me encontré rodeada de talento.

Los éxitos de los autores a los que asesorábamos eran también los nuestros, y cada logro nos llenaba de orgullo.

Mi vida profesional se había vuelto estable, fuerte y placentera, y nuestro amor se consolidó a lo largo del tiempo, aprendiendo a valorar cada instante que compartíamos juntos.

Ya no había miedos ni dudas, y solo espacio para enamorarnos más y más.

Nos fortalecíamos día a día, y eso me llenaba por dentro.

Los viajes de firma continuaban, porque Alejandro era un autor consagrado que, a la vista estaba, no necesitaba ningún editor que respaldase su valía.

Me encargaba de hablar yo misma con librerías de todas partes.

Así que juntos seguimos recorriendo ciudades y pueblos de España, disfrutando cada lector

que recibía a Álex con cariño y admiración.

Nuestros corazones estaban llenos de gratitud y amor, y nuestra complicidad en cada viaje y en el trabajo nos hacía invencibles.

Así que ahí estábamos dos años después, bailando entre el ático de Madrid y la casa de la playa cuando hacía buen tiempo, escribiendo juntos nuestra historia.

Una historia en la que aprendimos a vencer nuestros miedos más internos y a amarnos a nosotros mismos para poder amar al otro.

Una historia que comenzó con un encuentro inesperado y que nos llevó a descubrir que, a veces, el amor verdadero se esconde donde menos te lo esperas.

Y a hacer caso a las tripas, a la intuición, a las señales.

A eso también aprendimos.

Por eso siempre decoraban nuestras muñecas las pulseras rojas de siete nudos, y nuestros cabezales al dormir ya no estaban vacíos, sino adornados con preciosos atrapasueños.

Mejoré en yoga y conseguí que Alejandro dejase de reírse de mí, porque una vez me dio tal tirón en el culo al empeñarme en hacer una postura imposible, que tuvo que llevarme a urgencias.

¡Ah! Y me hice vegetariana, pero la leche de avena que se la bebiera otro, porque finalmente descubrí que no me sentaba bien al estómago.

Ejem, ejem.

Seguimos pasando momentos increíbles junto a Lili y los demás, fuimos juntos a la boda de Maca y Guille y nos planteamos incluso dar un paso más en nuestra relación.

¡Estábamos buscando un bebé!

En dos años pasaron muchas cosas bonitas, aunque también hubo algún momento que otro que pudo resultar desesperante, pero lo importante es que seguíamos navegando juntos en la aventura de la vida, sabiendo que mientras estuviéramos unidos, siempre habría un final feliz.



FIN

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

-Un canalla encantador

-La luz de Luna
-Llámame fuego
-Con tu camiseta y unas bragas
-Niñero por sorpresa

Gracias por llegar hasta aquí.

Para enterarte de todas las novedades puedes seguirme en mi perfil de Instagram: @natalia_escribe